

12 (39-)

Vértice



NOVIEMBRE 1946

“VERTICE”

Revista del Centro de Estudiantes
de Pedagogía de la Universidad
de Chile

Directora:
IVY VALAZZI

Sub-Director:
PABLO LAMADRID

Secretario de Redacción y Canje:
WASHINGTON SILVA T.

Portada:
LUIS OVIEDO GUERRERO

Dibujos:
OSVALDO SALAS

Administradora:
INES MARTINEZ

AVDA. B. O'HIGGINS 2289

PRECIO \$ 10.-

SUMARIO



	Págs.
LITERATURA	
EDITORIAL	3
Raíces de la Estilística Castellana. — Eleazar Huerta	5
Sarah. — Marta Espinosa	11
Se engendró en una cárcel. — Antonio Doddis	12
Proyección del Quijote en Miguel de Unamuno y Jugo. — Fernando Cuadra	20
Címbalo lúgubre. — Claudio Solar	27
Un poema del mar y dos estampas de la tierra. — Mariano Latorre	30
Lo nuevo en los clásicos.	37
¿Qué es el existencialismo? — Robert Salmon	39
En torno a la novela europea de este siglo. — Ivy Valazzi	45
Poesía erótico-panteísta de Pablo Neruda. — Mario Osses	50
Nueva poesía española. — Luis Nicollini	54
La ciudad detenida en el tiempo. — Luis Drogueyt	58
ARTE	
La poesía plástica de Edmundo Campos. — Washington Silva T.	60

FILOSOFIA

Sobre la Dialéctica. — José Ferrater Mora	63
---	----

Ontología y Dialéctica. — Jaime Castillo	67
--	----

Dialéctica. — César A. de León	70
--------------------------------	----

UNIVERSIDAD Y EDUCACION

Misión de la Universidad americana. — Eduardo Hamuy	73
---	----

“Manifiesto al país” de la revista “Mástil”.	80
--	----

El problema de la generación actual.	83
--------------------------------------	----

La tarea del estudiante del Pedagógico. — Hernán Godoy	90
--	----

Manifiesto de los estudiantes de Francés	94
--	----

ACTUALIDAD.

En el cincuentenario de la muerte de Paul Verlaine. — Edmundo Nowodworski	98
---	----

Actividades del Centro de Castellano. — Luis Drogueyt	100
---	-----

Crónica del viaje al Brasil. — Eugenio Araya	101
--	-----

VERTICE

AÑO IV

NOVIEMBRE DE 1946

Nº4

Directora: IVY VALAZZI M.

EDITORIAL

Aquí tenemos a "VERTICE" por cuarta vez entre nosotros. ¿Qué pretenden "VERTICE" y los que en esta publicación colaboran? ¿Cuáles son sus finalidades y a dónde tienden sus esfuerzos?

Digámoslo una vez más.

Nosotros, es decir, "VERTICE", somos aquellos que, conociendo el estado lamentable en que se encuentra nuestro país, cultural y conómicamente, queremos con todas las fuerzas de nuestra voluntad y nuestra juventud, elaborar una patria nueva, un pensamiento nuevo y una nueva grandeza para nuestro Chile; queremos encontrar un horizonte sobre el cual se levanten astros de inenarrable idealidad hacia donde dirigir nuestras aspiraciones y nuestro vuelo.

No se nos oculta el ambiente de monstruosa mediocridad en que nos debatimos; que los culpables de todo este lamentable estado de cosas son los personeros de una o dos generaciones de gentes de corazón anquilosoado, miras cómodas y pionerorientas mentalidades; no se nos oculta, en fin, que la lucha contra todo esto debe ser fiera y fatigante, precisamente porque nosotros, la generación que aquí se manifiesta, no dispone de medios de lucha suficientemente efectivos como para aplastar de una vez para siempre el espíritu limitado que reina a su alrededor.

Pero, precisamente también por todo esto, nuestra actitud debe ser más viril y también más gozosa. Elaboramos esas armas con materia de nuestro ser, con la sangre de nuestro espíritu juvenil, y si así hacemos, estaremos seguros de que la victoria será de nuestra parte.

Nunca de la comodidad y de la holganza salió nada grande. Abundancia, implica estagnación debilitante y empequeñecedora. Nuestro momento presente es miserable, cultural y económicamente. Sólo poseemos nuestra juventud, nuestros anhelos y una gran voluntad de superación: he aquí la clave de un gran futuro.

Al reconocer estas cosas, nuestra generación sabe que sobre ella recaen todas las responsabilidades y las acepta con alegría. Partiendo del estado de depresión en que estamos, queremos elevarnos a la más cenital altura.

Año a año pasan por el Pedagógico dos clases de alumnos: aquellos que, obtenido un título, van a dedicarse a la enseñanza y que, por lo tanto, reservan para ella sus fuerzas y sus brios; y aquellos otros que han venido a las aulas del Instituto con el objeto de obtener una determinada formación, y que, una vez graduados, se dedicarán a actividades ajenas a la decencia. Tanto a los unos como a los otros, nuestra revista ha de servir de portavoz y estandarte.

"VERTICE" órgano de los estudiantes del Pedagógico, quiere y debe ser la avanzada en esta reconstitución de la cultura entre los chilenos. Y para serlo llama a colaborar en sus páginas, dejando a un lado toda especie de división, a los que sientan en sus almas lo que dejamos dicho el presente obscuro y el futuro grande al cual pensamos llegar con inquebrantable voluntad.

Compañero:

Si el presente número no es nada en comparación con los ideales a que aspiramos, seas de la tendencia que fueres, cualquiera que sea tu situación, en tu mano está el que el próximo se acerque un poco más a tales ideales, que sabemos, son los tuyos.



ma, sin atender normas ni seguir modelos, de un modo puramente instintivo, el genio creador de Homero había sabido expresarse de manera insuperable.

De haber comprendido este hecho — que ha estado ahí durante siglos — el planteamiento de los problemas estilísticos y su acertada solución hubieran podido adelantarse extraordinariamente.

Todas las obras maestras con que una lengua ha pasado de jerga coloquial a idioma literario ofrecen la misma característica: ser lengua hablada, transmitida por edas, juglares o cantores cualesquiera, que sólo más tarde se recoge y fija en una versión escrita. Sin embargo, la Historia Literaria, con una visión miope, atendió ante todo el problema del autor. ¿Había existido Homero? ¿Eran de David los Salmos y los Proverbios de Salomón? ¿Quién pudo componer el poema del Cid? Explicaciones peregrinas, como la de que estas obras magnas se habían ido formando solas, por aglutinación de poemas cortos, han centrado la atención sobre estas épocas "anónimas". blada — quedaba oscurecido. Y eso que, para avivar el contraste, estas épocas medievales ofrecen siempre, junto a una épica y un refranero perfectos, una prosa erudita y torpe, un mester de clerecía en que la desorientación del lenguaje escrito, su falta de estilo, es tan sorprendente como la seguridad de aquéllos.

Hoy, la Estilística pone especial interés en señalar que el verdadero lenguaje, el vivo, el que posee todo hombre, es el hablado. Que hablando, apoyándose en el tono de voz, en los gestos de la cara, en los ademanes del cuerpo entero, no hay nadie que no consiga decir a otro que tiene delante lo que quiere. Y más, todavía: que al hablar según a quien nos dirigimos — un amigo, un jefe, un subordinado — sabemos escoger instintivamente las palabras y los giros que permiten decir lo deseado, produciendo en el oyente el efecto querido por nosotros. En suma, que hablando es lo normal, lo natural, que poseamos un estilo.

El ciudadano ínfimo o el campesino que no puede hilvanar una carta y que, en cambio, pueden hablar con gracejo, de un modo gráfico, expresivo, los tenemos a la vista. Se trata de algo sobradamente conocido. Igualmente, estamos cansados de leer artículos, de oír discursos en que, tras mucha retórica, notamos la pobreza de creación, la forma mazorral, lo feo y chato del estilo. Unicamente los grandes escritores saben escribir sin fosilizar y matar el idioma. Por eso les llamamos estilistas. El resto de las gentes, al escribir, destruye la expresión y nos ofrece una lengua correcta a lo más pero helada, sin esas vitaminas psicológicas que llamamos rasgos estilísticos.

Ahora bien, aplicando este principio estilístico de que la verdadera lengua es la hablada a la historia de una literatura — concretamente a la nuestra — es evidente que el castellano pasó de dialecto románico, preliterario, a verdadera lengua, en el gran género juglaresco, épico, **hablado**, cuando la pobre lengua de los cronistas leoneses se debatía en la impotencia expresiva. Nuestro gran clásico en lengua hablada, el que compuso el Poema del Cid, se adelantó 300 años a los clásicos de la lengua escrita, a los del Renacimiento. Y aun aquí habría mucho que aclarar, pues, como ha explicado Menéndez Pidal, el verdadero estilo de la prosa castellana — tras el período cortesano de los Reyes Católicos y el Emperador — se logra a base de

la lengua hablada de Castilla por Santa Teresa y Cervantes, reaccionando contra los modelos latinos y toscanos.

Si volvemos a fijarnos en nuestro ejemplo anterior — en aquel campesino que escribe, tras muchas fatigas, una lamentable carta, y que en cambio habla con amenidad y soltura, hasta con malicia — veremos que, en una fiesta, animado por un público afín del que se siente parte, con el cual se halla identificado, dicho campesino es capaz de improvisar una copla. De modo que el paso de la lengua hablada a lengua literaria se nos ofrece en su forma típica en ciertas ocasiones. Sólo cerrando los ojos y los oídos ha podido escapar a cierta clase de eruditos esta gran verdad.

Con un mínimo de imaginación, y a base del citado ejemplo, podemos reconstruir el ambiente de aquella Castilla en que surgió la lengua vigorosa y sobria que hablamos. Castilla es la frontera del mundo cristiano con el Islam, el país de la guerra permanente, de donde escapan los pusilánimes y adonde acuden los hombres resueltos de toda la España cristiana. Y no sólo de España sino de Europa, como es el caso de aquel don Jerome, que llegó atraído por la fama del Cid, para luchar a su lado. En esta Castilla esteparia, arrasada por la guerra, el paisaje es monótono y duro. Lo que importa y vale es el hombre, la gente. Es Castilla la gentil, y en esto se diferencia de la dulce Francia y otras comarcas de la Europa feudal. El siervo que huye de su señor, el aventurero, el ambicioso, llegan a ella y encuentran un país en donde nadie les pregunta qué fueron antes y en donde — si son valerosos, sostenedores de su palabra y tenaces, "hombres de pro" — adquieren algo más que la ciudadanía: la estimación cordial de la sociedad entera. En la frontera no hay clases cerradas, a diferencia de lo que acaece en la retaguardia feudal. El que adquiere un caballo pasa a ser de la nobleza infantzona. Y hasta puede volverse despectativo al conde leonés, de nobleza heredada, para quitarle la palabra.

**E eres fermoso, más mal varraqán.
¡Lengua sin manos, como osas fablar!**

dice Pero Vermúdez al Infante de Carrión, al godo, en las Cortes toledanas.

En la frontera castellana existían, pues, unos sentimientos colectivos tan elementales como firmes: una fe religiosa que no estaba minada por distintos teológicos; una vida familiar, solidísima, patriarcal, en que la fidelidad mutua, la venganza del agravio inferido por los extraños, destacan como anverso y reverso; y, sobre todo, la hombría, el "tanto eres, tanto vales". acreditándose a diario de verdad, con la espada en la mano y no con pergaminos ni retóricas. Estos sentimientos colectivos de honor bárbaro y humano permitieron al juglar castellano apoyarse en algo sólido al crear sus cantares de gesta. Se dirigía con seguridad a quienes sentían lo mismo que él, teniéndose por uno de tantos, identificándose con el grupo. La torpeza estilística, cuando es analizada, vemos que arranca casi siempre de una inseguridad en el que habla o escribe, respecto a los sentimientos del destinatario. Escribimos para un público desconocido, que no tenemos delante, y esto nos desorienta. Hay quien escribe inclusive para la posteridad, para los hombres futuros. Pero al párrafo siguiente, suele ocurrir que el escritor piensa en voz alta, reflexiona, escribe para sí mismo; o bien que se dirige a

una minoría de gentes de su profesión o de su misma formación intelectual. De ahí que el estilo sea algo arriesgado, desigual. Alcanza las excelencias de lo clásico cuando sabemos dirigirnos a todo el mundo, con palabras de fuerza permanente; y tropieza en la pedantería al dirigirse a un grupo que es circunstancial y de gustos cambiantes.

El juglar componía pensando en su público, cuando no improvisaba ante él mismo. Y, desde luego, sometía inmediatamente su obra a la prueba directa, a la recitación. De ahí que por instinto idiomático, sin necesidad de reglas, supiera encontrar la frase justa: la que interesaba y arrastraba a su auditorio.

Pero el juglar, no solamente recitaba: dramatizaba su relato y lo apoyaba en la música y en el verso, como el payador de nuestro ejemplo. Y aquí volvía a encontrar nuevos apoyos para su seguridad expresiva. La dramatización le permitía aligerar su texto de frases explicativas, verbo introductor, enlaces, de todo ese peso muerto que hoy mismo ahoga a los novelistas: ("X dijo", "Entonces, su interlocutor, replicó", etc.). El estudio estilístico que del Mío Cid hizo Dámaso Alonso dejó bien en claro que lo vivo y lo imperecedero en la lengua del juglar de Medinaceli está en haber eliminado, apoyándose en la recitación dramatizada, la palabra copulativa y el verbo introductor, que pesaron por tanto tiempo — aún después de Alfonso el Sabio — sobre la prosa erudita de la Edad Media. Toma un trozo del Poema, aquel en que el Cid habla a Martín Antolínez, le explica su penuria y la necesidad de recurrir al engaño para obtener dinero; en seguida lo coteja con su versión prosificada de la Crónica General. Habla el juglar y dice:

Fabló Mío Cid, el que en buen ora cinxo espada:
"Martín Antolínez, sodes ardida lanza!
Si yo vivo, doblar vos he la soldada.
Espeso e el oro e toda la plata.
Bien lo veedes que yo no trayo nada.

Huebos me serié para toda mi compañía:
ferlo he amidos, de grado non avrié nada.
Con vuestro consejo bastir quiero dos arcas.
Inchámoslas d'arena, ca bien serán pesadas,
cubiertas de guadalmecí e bien enclaveadas...

En cambio, el autor de la Crónica, al refundir dicho texto, escribe, años después:

ET, pues que el Cid ovo comido, apartóse con Martín Antolínez, ET dixol cómo non tenié de qué guisasse su compañía, ET que querié mandar fazer con su consejo dos arcas cubiertas de guadameci ET pregarlas ET clavarlas muy bien ET enhirlas de arena; ET AUN DIXOL:...

En el primer texto, observa Dámaso Alonso "la total ausencia de los pesados, machacones enlaces que va a tener un siglo más tarde la prosa de las crónicas y que no dejarán de pesar en el verso de clerecía". Y exclama, finalmente, ante el texto escrito: "Difícil era crear una prosa. Muchos mé-

ritos tiene la Primera Crónica General. Pero ¡Cómo mata la vívida frescura del poeta, cómo vemos en ella la pesada pedantería razonadora de las tristes jergas científicas, como la vemos a la cabeza de nuestras modernas jerigonzas filológicas, médicas y —ay— filosóficas!"

Por otra parte, el ritmo y la rima, como el papel pautado para quien aprende a escribir, permiten concentrar la frase, decir lapidariamente. Antes de que la rima haya adquirido calidad temporal y lírica —antes de ser, conforme a la definición de Antonio Machado, el encuentro de un sonido con el recuerdo de otro— la rima ha sido un molde lógico, un modo de avivar, por la identidad de sonido, la identidad o el contraste de dos pensamientos. Al mismo tiempo, orientaba la descripción, dándole un límite justo. La división del verso en dos mitades de a ocho silabas, así como la tendencia a parear, fragmentando la tirada en unidades estróficas de cuatro octosílabos —que acaba por triunfar en el Romancero, indica una trayectoria estilística en que la expresión se va ejercitando con los andadores tanto sonoros como lógicos del verso.

Mío Cid Ruy Díaz por Burgos entróve,
En sue compañía sesenta pendones;
exien lo ver mugieres e varones,
burgueses e burguesas por las finiestras sone...

En este fragmento, escogido al azar, vemos cómo la sobriedad descriptiva de "sesenta pendones" encaja en el 2º hemistíquio del segundo verso. Luego, sigue el juglar diciéndonos que salían a verlo mujeres y varones y logra una repetición, "burgueses e burguesas", que robustece la espectación de la ciudad al paso del desterrado pero que, evidentemente, se apoya en la necesidad de completar el último verso. La repetición no es redundancia, retórica hueca o sobrante y si un recurso estilístico limpio, precisamente porque no rompe el molde del verso sino que lo completa.

Con todo, los grandes aciertos estarán siempre en la simplicidad y seguridad de sentimientos que comparten el juglar y sus castellanos. De ahí el lenguaje directo, apenas con imágenes, pero fuertes y eternas cuando surgen, como el dolor de la separación del Cid y Jimena (así parten uno de otro como la uña de la carne), la afirmación del valor por encima de la estirpe, en aquel lengua sin manos... antes recordado y en suma, el valor del héroe, como hombre cabal, sobre el propio rey (Dios, qué buen vasallo, si oviese buen señor!).

El refranero, otra de las raíces estilísticas de la lengua castellana, ofrece en menor escala el mismo caso de la épica. Con razón, frente a la Gramática que empezaba a cerar Nebríja, invocaba Juan de Valdés en su Diálogo de la Lengua la ejemplaridad idiomática del refranero, en quien la lengua hablada se eleva a literaria apoyándose igualmente en los sentimientos comunes y en la pauta lógica y poética de la forma. El vigor de refranes como *Al pan, pan, y al vino, vino*, radica en la supresión de enlaces y en la identidad elemental. En otros (*A Dios rogando y con el mazo dando, Al que madruga, Dios le ayuda*, etc.), observamos que al apoyo lógico se suman recursos de rima.

S A R A H

Marta Espinosa

Es Sarah que juega. Ojarasca de plata.
Es Sarah que charla. Pájaro al viento.
Campanas jubilosas repican en lejanías. Tambores mayores se acercan.
Cascabeles juegan rondas de niños.
Caracoles marinos se adornan. Torres silenciosas se llenan de voces.
Sarah viene, Sarah viene!
Sarah!
Viento: empujad las nubes. Tocad, clarines. Lebreles! Traed las barchas cargadas de risas y sueños.
Ciervos, nardos, juncos, ríos y selvas y campanarios...
Oh, Sarah!
Danzas triunfales, murmullos de seda, cantos de alondras.
Alegria! Primavera!

Seminario sobre Cervantes

SE ENGENDRO EN LA CARCEL...

En la cátedra de Literatura Clásica Española, a cargo del señor Mariano Latorre, se está desarrollando, en el tercer año de Castellano, un Seminario sobre Cervantes, dirigido por el profesor auxiliar de Literatura Española señor Antonio Doddis M.

A continuación, damos una muestra resumida de los materiales empleados en un aspecto de este Seminario. El tema del trabajo en común es el comentario del siguiente trozo del Prólogo de la Primera Parte de *El Quijote*:

“Desocupado lector, sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir a la orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?”

Además, en relación con este texto, se ha dado como tema de estudio la frase: “En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”

Antonio Doddis

El Quijote comenzó a escribirse en la cárcel. Es ésta la más corriente y fecunda interpretación del texto y la que ha predominado entre la multitud de comentadores de la obra cervantina. Se basa, en primer lugar, en que el mismo autor lo dice. Pero no sólo afirman lo de la cárcel, sino también el nombre del lugar, y se cita la casa, la ergástula misma donde nació la novela de las novelas. Esta interpretación literal de la palabra cárcel, se enfrenta con otra — tal vez más fuerte, más justa, pero menos frecuente — que sostiene que este término está empleado aquí con una significación metafórica, lo que iluminaría el texto con una luz diferente de la tradicional. El estudio de estos dos aspectos de la voz cárcel — a través de los diversos autores citados en este resumen — ha sido tema de varias sesiones de trabajo con los alumnos del tercer año de Castellano.

El primero que se refiere a la frase cervantina, tomándola en sentido literal es el autor del llamado *Quijote Apócrifo*, que conocemos con el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda, quien, en el enconado prólogo de su obra, dice: “Pero disculpa los yerros de su Primera Parte, en esta materia, el haberse escrito entre los de una cárcel; y así no pudo dejar de sa-lir tiznada de ellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados”.

Martín Fernández de Navarrete en su "Vida de Miguel de Cervantes Saavedra", Madrid, 1819, viejo libro pero todavía útil y aprovechado por biógrafos del autor del Quijote, explica cuáles serían las razones del encarcelamiento de nuestro autor, sobre lo que han fantaseado un tanto los manchegos. Es preciso decir que el cuidadoso Fernández Navarrete, comprende plenamente que se trata sólo de una tradición. "Unos aseguran — dice — que, comisionado para ejecutar a los vecinos morosos de Argamasilla a que pagasen los diezmos que debían a la dignidad del gran priorato de San Juan, lo atropellaron y pusieron en la cárcel". "Otros suponen" que la prisión propino del encargo relativo a una fábrica de Argamasilla, para la cual empleó las aguas del Guadiana, dañando a los vecinos que las empleaban en regar sus campiñas. "Y no falta, en fin, quien crea" que la prisión fué no en Argamasilla, sino en El Toboso, porque Cervantes dijo a una mujer un chiste un poco subido de color. Insiste el citado autor en que "lo más singular es que en Argamasilla se ha transmitido sucesivamente, de padres a hijos, la noticia de que en la casa llamada de Medrano, en aquella villa, estuvo la cárcel donde permaneció Cervantes largo tiempo, y tan maltratado y miserable, que se vió obligado a recurrir a su tío D. Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de San Juan, solicitando su amparo y protección para que le aliviase y socorriese, debiendo ser su situación tan apurada como lo daba a entender el exordio de su carta que decía: "Luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, o mejor dicho, caverna".

Fernández Navarrete no deja de anotar que esta carta, que se asegura existía hasta su tiempo, no pudo examinarla, a pesar de las diligencias que realizó para ello.

Angel Dotor, en "La Mancha y El Quijote", Ed. Cervantes, Barcelona, 1930, varía la versión. Cervantes, en el ejercicio de su ingrato mester de alcabalero, fué a Argamasilla. Vió allí un día salir de una iglesia a una joven de singular hermosura, acompañada de la infaltable dueña. Impresionado por la belleza de la dama, le rindió el homenaje de un piropo; quejóse ella ante el alcalde-corregidor, Medrano, quien lo encarceló. En la cárcel de Medrano, según Angel Dotor, el autor de la Galatea terminó la primera parte de El Quijote y — ¡ahí es nada! — tenía planeada ya la segunda. Para salir de este encierro, hubo Cervantes de recurrir a una estratagema: escribió una carta al Conde de Lemos, su amigo y protector, primer ministro por ese entonces. El ardido surtió efecto, pues los carceleros, al ver que el preso tenía tal poderoso amigo, juzgaron peligroso no dar libertad a quien, en mal momento, se había sentido herido por la belleza de una dama.

Conocido y proverbial es el amor del español a su terruño, a su región, a su pueblo, tan certeramente expresado por Martin Hume en su "Historia del Pueblo Español": "...La verdadera patria del español, era su pueblo, o el repliegue particular de los montes que formaban su mundo". Este localismo hispánico se prueba una vez más, contemplando cómo los pueblos manchegos se disputan ser, cada uno, — y con documentos fidedignos e irrefutables según los interesados — la cuna de Cervantes o de alguno de los héroes cervantinos. No sin razón, Jaccaci (*) dice: "Según los alegatos

(*) "El Camino de Don Quijote". Ediciones "La Lectura", Madrid, 1915

de algunos de estos pueblos — cuento sólo los testimonios al parecer, más firmes — Cervantes nació en seis sitios diferentes". Y el mismo autor, que visitó la casa de Medrano y estuvo en el subterráneo que servía de cárcel, afirma que, cerrada la puerta, "es tan absoluta la oscuridad, que desaparece la suposición de que Cervantes hubiera podido escribir allí. Pero esto no debe decirse a los de Argamasilla. Sólo tal duda es una injuria para ellos".

Diego Clemencín, en sus conocidas anotaciones al Quijote, al comentar la frase "...de cuyo nombre no quiero acordarme", nos atirma que no se duda de que es Argamasilla de Alba este "lugar de La Mancha", y cita como pruebas, la constante creencia del país, el testimonio de Fernández de Avellaneda y los versos burlescos con que al fin de la Primera Parte se ridiculiza, bajo nombres fingidos, a los académicos de Argamasilla.

En realidad, es interesante la dedicatoria que Fernández de Avellaneda pone en su libro, primer documento que da a Argamasilla como patria de El Quijote: "Al Alcalde, Regidores e Hidalgos de la noble villa de Argamasilla de la Mancha, Patria Feliz del Hidalgo Caballero Don Quijote, Lustre de los Profesores de la Caballería Andantesca".

¿En qué se basó el émulo de Cervantes para creer que don Quijote era de Argamasilla? Seguramente, en los versos que puso Cervantes al final de la Primera Parte. Varios académicos de Argamasilla figuran como autores de esos versos: El Monicongo, El Paniaguado, El Caprichoso, El Burlador, El Cachidiablo y El Tiquitoc.

En el siglo pasado, uno de los más tenaces en creer que la cárcel de Medrano había sido la cuna del Quijote fué don Juan Eugenio Hartzenbusch, quien influyó en el Infante don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, que compró la casa de Medrano e hizo instalar en ella una imprenta bajo la dirección de Manuel Rivadeneyra, propietario que fué de El Mercurio de Valparaíso y editor de la conocida Biblioteca de Autores Españoles. Se hicieron allí dos ediciones del Quijote, tirando el principio, por su propia mano, el primer pliego.

Ramón Jaén, traductor de Jaccaci, dice que cuando él estuvo en Argamasilla, 1914, la tan citada casa era un solar, pues un incendio la había destruido.

Y así ha quedado sentado que Argamasilla de Alba es la patria de don Quijote y que comenzó a escribirse su historia en el encierro de la casa de Medrano. Fecundas afirmaciones que han dado tan sazonados frutos. Ese pueblo ha sido un centro de peregrinaciones para visitar la cuna de Nuestro Señor don Quijote y las letras se han enriquecido con las relaciones del itinerario a través de la desolada tierra manchega. Recordemos a algunos romeros. En 1848, J. Jiménez Serrano (3) visitó algunos lugares por donde peregrinó el Caballero de la Triste Figura y publicó sus impresiones en el "Semanario Pintoresco". Más tarde, Rafael Sanhueza Lizardi, chileno, en "Viaje en España" (4) nos describe emocionado su viaje por los lugares

(3) Citado por Azorín en "Los Valores Literarios, Una noble indignación". "La patria de Don Quijote, del mismo libro es un comentario a los artículos de Jiménez Serrano.

(4) Garnier Hermanos, 2.a edición, 1898. París.

santos de La Mancha, que él pinta "árida como una roca, negra como una bóveda y triste como un cementerio".

Después, el libro más conocido sobre este tema: "La Ruta de don Quijote", de Azorín. La generación del 98 gira en torno de don Quijote. Los noventayochistas quieren una nueva cruzada de idealismo para regenerar a España y ansian como símbolo que el héroe manchego salga de su sepulcro y Rocinante vuelva al Camino, según la expresión de John Dos Passos. Quieren entender a España a través de Castilla y a Castilla a través de don Quijote. Por ello, nacen los numerosos artículos sobre Cervantes de Azorín, dispersos en sus varios libros en que actualiza a los clásicos. Unamuno, desde su púlpito de sacerdote laico, lanza su "Vida de don Quijote y Sancho"; Maeztu ensaya con simpatía la interpretación de "Don Quijote, Don Juan y La Celestina"; Ortega y Gasset inicia la serie de sus libros de elegante pensador con "Meditaciones del Quijote".

"La Ruta de don Quijote" de Azorín fué escrito en 1905 con motivo del tercer centenario de la publicación de la Primera Parte del Quijote. Hizo el viaje el autor por encargo del periódico madrileño *El Imparcial*. El autor de "La Voluntad" se detiene especialmente en Argamasilla de Alba y con su estética de lo microscópico, haciendo "primores de lo vulgar" — justa definición de Ortega y Gasset — nos describe el ambiente del pueblo, conversa con sus académicos y dibuja sus siluetas.

Pero antes, hacia 1890, August F. Jaccaci, había escrito en inglés un hermosísimo libro con el mismo tema que más tarde escribiera Antonio Azorín. Este libro traducido, en 1915, por Ramón Jaén, en Estados Unidos, patria de Jaccaci, es "El Camino de Don Quijote", "Por tierras de La Mancha", publicado por "La Lectura", Madrid, con interesantes ilustraciones fotográficas. Este viaje, que sigue las andanzas de Alonso Quijano, está escrito con gran amor por España y su libro máximo y es sensible que sea tan poco conocido. Este extranjero, que viene desde las industriosas y dinámicas ciudades de Norte América, capta en forma nítida el contraste con esos pequeños y sencillos pueblos manchegos, donde hay estatismo y quietud sedentarias. ¡Desde la confusión indescriptible de Nueva York al silencio propicio a la meditación de la desolada y parda planicie castellana!

Y citemos, por último, a nuestro Augusto D'Halmar. El también dirigió su proa de viajero incansable hacia la tierra quijotesca. El almirante de su "Buque Fantasma", navegó también en el sólido mar de La Mancha y arrancando páginas a su bitácora dió nacimiento a "La Mancha de don Quijote", que antes de entregar a las prensas de la Editorial Ercilla, hizo conocer a los alumnos del Instituto Pedagógico cuando regresaba a su tierra, después de un cuarto de siglo de andariega ausencia.

Según lo visto, El Quijote comenzó a escribirse en la cárcel, en Argamasilla de Alba, en la casa de Medrano. Pero hay también discrepancias al respecto. En 1897, el gran cervantista Cristóbal Pérez Pastor escribía que si Cervantes "procuró despistar a sus contemporáneos poniendo la escena "...en un lugar de La Mancha", lo consiguió sobradamente; porque van pasados cerca de tres siglos y los españoles de hoy seguimos tan despistados como los de principios del siglo XVII".

Clemente Cortejón, en su edición crítica y anotada del Quijote, Madrid, 1905, niega rotundamente las tradiciones argamasilenses; revisa con

detenimiento los documentos sobre Cervantes hasta la prisión del escritor en Sevilla, en 1602, y afirma: "Queda probado ser físicamente imposible que estuviese en La Mancha en los días y años que arriba se citan. Para Cortejón, *El Ingenioso Hidalgo* comenzó a escribirse en la cárcel de Sevilla. Opinión semejante sostiene Francisco Rodríguez Marín en su edición del *Quijote* — Clásicos Castellanos, 1911-13 — y en la edición crítica, 1916. "Destruida la absurda fábula para siempre — dice — de la prisión de Cervantes en la de Argamasilla de Alba, no cabe dudar que se retiró a la de Sevilla". Por lo demás, este mismo comentador había ya expuesto su teoría en una conferencia pronunciada en Sevilla, en 1905.

José María Asensio participa también de la opinión de los dos autores citados. Y no hay que olvidar, además, que Aureliano Fernández Guerra, había establecido, con pruebas irrefutables, que Argamasilla no tuvo cárcel durante el siglo XVI y comienzos del XVII. Américo Castro, autor de "El Pensamiento de Cervantes", obra que rectifica tantos juicios sobre la obra del Manco de Lepanto, se pronuncia acerca del tema con opiniones diferentes a las ya conocidas. En "Los Prólogos al Quijote" (*) afirma: "Se ha escrito mucho sobre la cárcel en que pudo empezar a forjarse el Quijote; lo evidente para mí, es que tuvo que ser concebido en la más apartada reclusión del ánimo cervantino, allí justamente, donde toda incomodidad tiene su asiento". Y más adelante, agrega: "El libro brincaba al aire de la vida desde la cárcel del alma cervantina..."

Según estos juicios, Cervantes habría empleado el vocablo cárcel en sentido metafórico, acepción que comparte Nicolás Díaz de Benjumea en su edición anotada del Quijote, Montaner y Simón, Barcelona, 1880. Así, *El Quijote* no habría comenzado a escribirse en ninguna prisión, siendo un caso similar — y largo de tratar — al del Arcipreste de Hita, que habría compuesto su obra estando preso por orden del Arzobispo Gil de Albornoz. Sin embargo, la opinión que predomina en la crítica actual — Appel, Félix Lecoy, Leo Spitzer, María Rosa Lida — sostiene que Juan Ruiz no empleó la palabra prisión en sentido literal, sino traslaticio en la primera composición de su obra: la vida terrena del pecador. A veces en otras partes, la emplea en sentido amoroso. Además, estos sentidos eran corrientes en la poesía provenzal y en España.

(Como ejemplos del empleo de la palabra cárcel, o prisión, en sentido metafórico, en la época clásica española, van los siguientes:

"...y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego, sin lumbre, en cárcel tenebrosa".

Garcilaso de la Vega.
(Egloga Primera)

(*) Revista de Fisiología Hispánica, año III, N° 4. Octubre-Diciembre 1941.

“¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo
contemplar la verdad pura, sin velo?”

Fray Luis de León

(A Felipe Ruiz)

“...el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, escura?”

Fray Luis de León
(Noche Serena)

“Ay, qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida”

Santa Teresa de Jesús
(Glosa)

“Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
desta prisión adonde
padece, a tu manada
viviera junta, sin vagar errada”.

Fray Luis de León
(De la Vida del Cielo)

“Fernando.— Ay, paredes! Ay, puertas! Ay, rejas de la cárcel hermosa de mi libertad! Quiero besaros mil veces!”

Lope de Vega. (La Dorotea, acto III, escena VII).

Anteriormente, se encuentra en España este sentido metafórico en La Danza de la Muerte, Cancionero de Baena, Cárcel de Amor, de Diego de San Pedro, Marqués de Santillana, etc.

Pedro Henríquez Ureña, en su libro “Plenitud de España”, Losada, 2.a ed. B. Aires, 1945, resume de esta manera el pensar de la crítica, diferente del tradicional: “La probabilidad de que el Libro del Buen Amor se haya escrito mientras el autor estaba preso, no resulta, pues, mucho mayor que la ya desvanecida de que el Quijote se haya — literalmente engendrado “En una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación”.

Veamos ahora lo que se refiere a aquello de “...en un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...” Se ha dicho tantas veces que

el autor del Quijote no quería traer a la memoria ese nombre — Argamasilla de Alba — por los tristes recuerdos que tenía asociados a ese lugar. Explicación convincente, porque son muy naturales las represiones, voluntarias o involuntarias, en casos semejantes, estudiadas por Freud, en especial en su Psicopatología de la vida cotidiana".

En el Seminario, la revisión de este asunto fué hecha a base de un artículo de María Rosa Lida, publicado en la Revista de Filología Hispánica, año I, N° 2. Abril-Mayo, 1939. El artículo presenta una teoría interesante. Sostiene que la frase citada no encierra ninguna alusión a hechos desagradables que no quisiera recordar Cervantes para evitar su reviviscencia. Va rastreando la autora, cuál podría ser el origen de tan discutida frase y va rastreando también expresiones más o menos semejantes en otros autores. Encuentra así, que las usan Heródoto, La Historia de Aladino y la Lámpara Maravillosa'. (...“en una ciudad entre las ciudades de China, de cuyo nombre no me acuerdo en este instante...”) El Infante Don Juan Manuel, en el último Enxiemlo del Conde Lucanor (“...en una tierra de que non me acuerdo el nombre...”). Juan de Timoneda en Sobremesa y Alivio de Caminantes. Antonio de Torquemada en los Coloquios Satíricos (“Un rey que hubo en los tiempos antiguos, de cuyo nombre no tengo memoria...”) III: “...Un rey de Francia, de cuyo nombre no tengo memoria...) y Lope de Vega en Guzmán el Bravo.

Esa fórmula es propia del relato popular, y así dice María Rosa Lida, en el artículo citado: “El olvidar, con intención o sin ella, es un modo de llegar a la vaguedad característica del cuento popular que trata de alejar su ambiente de lo real, mientras la narración literaria se abre con profusión de detalles, que dan fe de su veracidad”.

Las novelas de caballería — observación de Casalduero — no olvidan detalles sobre la patria y abolengo de sus héroes; Cervantes procede al revés y emplea para hacer resaltar la oposición, “una formulilla propia de conseja”. Esa fórmula puede ser de origen oriental, según el artículo que seguimos, y Cervantes pudo haberla asimilado cuando estuvo cautivo en Argel, lugar también de origen de “El Celoso Extremeño”, cuyo comienzo tiene mucho de semejante con el del Quijote: “No ha muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo...”

Termina María Rosa Lida su trabajo diciendo: “No parece, pues, que con ese comienzo Cervantes aludiera a ningún resquemor personal, sino que al encabezar el primero entre todos los libros de imaginación con la fórmula inmemorial del cuento popular, la hace suva con un nuevo sesgo (“no quiero”) que dió pie a la interpretación biográfica”.

Cervantes, además, parece confirmar que nada doloroso quería olvidar, porque escribe lo siguiente en el último capítulo de su obra maestra: “Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de La Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de La Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero”.

Ya dijimos al principio que el término cárcel en el Prólogo del Quijote puede ser interpretado desde dos ángulos diferentes: en sentido literal y en sentido traslaticio. El primero, basado sólo en tradiciones, no en documentos, cuenta con un mayor número de partidarios y ha sido origen de valio-

sas obras que describen los lugares por donde tuvo Vida y Pasión el Caballero del Ideal. Tal vez, es sólo una leyenda la afirmación de que la obra de Cervantes se originó en una prisión. Pero bendita leyenda para la exégesis literaria, para los manchegos y para todos los romeros que emprendieron la Cruzada por las anchas y austeras llanuras, donde quedaron santificados todos los caminos con el paso augusteo de la heroicidad del noble peregrino de los peregrinos, según los versos de Rubén Darío.

El sentido figurado de la palabra cárcel, en cambio, tiene menor número de adeptos, pero no es extraño ese significado en la literatura española, según vimos en ejemplos dados anteriormente. El cuerpo fué considerado como un obstáculo — una cárcel — para el perfeccionamiento del alma o para las ansias místicas de unión con Dios. Esta envoltura material, plena de instintos, era un enemigo que había que vencer con la penitencia, con la mortificación ascética. Es la persistencia del medievalismo hispánico en el Renacimiento, medievalismo intensificado por la Contrarreforma, la cual explica muchos aspectos de la obra cervantina, según Américo Castro.

Para Cervantes, el término cárcel, parece no tener ese sentido metafórico — cuerpo, prisión del alma — sino que los hierros de su cautiverio son sus angustias, su vida fracasada de soldado, sus infructuosas tentativas de evasión de Argel, sus encarcelamientos reales, su vida matrimonial infeliz, sus pretensiones de ser burócrata en América, su propósito de labrarse un nombre como dramaturgo, su lucha sin tregua por alcanzar un bienestar material. Tranquilidad, aspiraciones, dinero, que no conquistó nunca, para felicidad de España y del mundo, pues así, en la cárcel del martirizado espíritu de Cervantes, como en nuevo pesebre, nació Nuestro Señor Don Quijote.



Proyección del Quijote en Miguel de Unamuno y Jugo

Fernando Cuadra

Don Miguel de Unamuno y Jugo, se ha dicho en todos los tonos y semitonos sinfónicos posibles, es una paradoja viviente, realizada a través de su vida con cabal y aguda percepción de la realidad. Como no hay vida que no deje de ejecutarse dentro de la burguesa proyección de un nacimiento y una muerte, diré que don Miguel nació en su Bilbao ensouñadora para morir en Salamanca erudita de sus triunfos académicos. En 1936 tuvo setenta y dos años menos de vida, puesto que fué entonces cuando murió.

Se ha dicho, repito, que Miguel de Unamuno fué una paradoja personificada; se ha repetido tanto, que esto hoy se acepta como algún conocimiento empírico que no necesita mayor explicación. No obstante, trataré de explicar, si es que se puede hacerlo con una vida tan plena y saturada, las profundas razones psíquicas y sociológicas que hicieron del autor de "Amor y Pedagogía" el hombre del pragmatismo positivo y negativo, ya que se aúnan en él, en un sincretismo perfecto el anarquista y el creyente, el materialista y el cristiano; febril acumulación de sentimientos contradictorios que hicieron de él, el hombre fuerte que señala el Evangelio, dejando trás de sí, la estela definida de su obra también definida.

Antes, me abocaré al zarandeado problema de la Generación del 98 y, no como María de Maeztu que se pregunta sobre la realidad o no de esa generación, para terminar afirmando su existencia; creo, sin ánimo de ser tachado de "snob", que la generación del 98 como tal no existe. Esta generación, en sí, no ha existido nunca y la razón de su vivencia es casi el lugar común que de ella han hecho sus panegiristas y detractores.

La Generación del 98 (hay que darle un nombre), sólo fué la explosión lógica, fatal, de hechos, sucesos, asucesos y mutaciones que se habían gestado durante años y, tal vez, durante siglos. Generación no es únicamente nacer, no sólo es pasar del estado oscuro del No Ser a la irradiación fortísima del Ser o mejor, que es el Ser, no es sólo afirmarse en determinados principios que hacen su entrada más o menos furtiva en la mente de una masa que no piensa, porque no puede hacerlo como masa. Generación es también causa y consecuencia, efecto posterior, cuyas razones hondas se hallan en el constante, en el inacable devenir de los tiempos y en su perpetuo movimiento de flujo y reflujo. La Generación noventayochista se gestaba ya en la mente de un Campoamor, de un Galdós, de un Echegaray y de un José María de Pereda que berrea y ladra en contra de melenudos escritores modernistas, para terminar en una alabanza frenética no de las melenas, sino de los modernistas.

Las causas primeras — benditas causas primeras que gobiernan al mun-

do — es preciso ir a buscarlas no en mantometros cansadores, sino en la historia viva, eterna maestra de la vida que, sin caer en tópicos vulgares, se resiste eternamente. España estaba, años antes del 98, en el apogeo de su decadencia, hipersensibilizada, sufriendo en su gobierno y en su territorio, maquinaciones mezquinas, promesas falaces de hombres-borregos que esquilmaron a Méjico, para luego esquilmar a España en forma vergonzosa y degradante no para ella, sino para ellos, pero ¿qué concepto de honradez, de limpieza, de castidad en promesas y tratados se le puede pedir a un pueblo o mejor a los gobernantes de ese pueblo que ignoran lo que es fe y cultura y se permiten derrumbar los sueños de un hombre idealista que esbozara catorce puntos para una utópica paz mundial?

España pareció ser vencida en Cuba; cayó, pero con hidalguía, como corresponde a quien llevó en sus entrañas a un Cid Campeador, héroe máximo de la realidad inmediata y a un Don Alonso Quijano, máximo héroe de la ilusión mediata. España no fué vencida, pero cometió el error de vencerse ella, a sí misma, en su interior. Se dejó arrastrar por politiqueros bellacos e inmundos que demagogiaron a un pueblo siempre niño, con panderetas y castañuelas. Y España perdió el patrimonio exclusivo de su gente que es su risa y es su alegría.

Enmudecieron las fuentes de Granada, se tiñeron de rojo intenso los anaranjados naranjos de Murcia y el "muezzín" hizo resonar en Córdoba la voz doliente de una plegaria desgarradora.

Enmudeció España y, como en el "Eclesiastés", en su interior se convirtió en león de suave rugido que más tarde ha de empezar a asustar al mundo. España — mi España de los naranjos — calló y su voz fué amordazada con jirones de su propia bandera y ahogados sus quejidos con sangre de sus propios hijos. Y es que España estaba podrida en sus gobernantes y gran parte de sus gobernados; estaba podrida por haberle echado siete llaves al sepulcro del Cid y por desear una forma de gobierno que fuera un cocktail delicioso de "dictadura científica, ejercida por un Cromwell darwinista, inerto en un Luis XIV, que fuera a la vez implacable y espléndido, y quien dice uno, dice varios".

Amordazaron a España y pretendieron sepultar su alegría, sus cantos, sus valores estéticos y literarios; quisieron mostrarla como factor de retroceso, porque era capaz de gritarle a todos que era el baluarte de un tradicionalismo que se aunaba y completaba en el progreso, en la cultura y en la ciencia; pero, no se asustó tampoco y siguió viviendo... Siguió viviendo, ya que ¿qué puede hacerle un pueblo que ignora lo que es tradición y cultura? ¿qué puede hacerle a España que es vida, muerte y resurrección a un mismo tiempo?

Finalmente, pretendieron arrebatarle lo que era la esencia de su alma y eso no lo pudieron conseguir. No se arrebata con discursos ni explosiones repletas de mentiras, revestidas con el áureo ropaje de la verdad, lo que es fundamento de una existencia, ratificada a través de siglos de cultura y fe.

La reacción española, proyectada en el alma de sus hijos, fué la única y fatal, a la que daba cauce la rotunda confirmación de su bullada deca-

dencia. No fué reacción de tinte religioso, sino precisamente lo contrario. Fué la manifestación, en un principio, hostil a cualesquiera afirmación religiosa y sus intelectuales fueron ateos por convicción y pose; línea matriz de todo español que escribe es el estar siempre en la ribera opuesta del Guadalquivir.

Volvió la política aparentemente sana y entraron en ella, los hombres que más tarde, el consenso general, llamó generación del 98. En España, el intelectual no debe ni puede permanecer al margen de la política y un Maeztu, un Ortega y Gasset, un Miguel de Unamuno, dieron en sus obras la visión de una España mutilada, pero trasmutada en un país que, según ellos, recién hallaba la verdadera ruta de su destino.

El ambiente literario, ateo y revolucionario, fué la ratificación de una fe profunda, ajena a supercherías y consejas de viejas castellanas supersticiosas. Se apoderó de los espíritus noventayochistas la admiración por el pasado que tanto se había negado y supieron gustar de nuevo la poesía ingenua y robusta de Gonzalo de Berceo, la musa pícara y maliciosa del Arcipreste de Hita y la prosa galana y flexible del Infante don Juan Manuel.

Volvió el Cid a cabalgar por las polvorrientas calles de Burgos, sin impedírselo Cédulas Reales, ni sostener encuentros fatídicos con niñas de nueve años — todas ojos azules — que le negaran sal, mesón y bienvenida. Cabalgó el Cid, pendón al cierzo castellano, y los campesinos se asomaron jubilosos a contemplar su figura caballeresca, rompiéndose contra el hosco cielo de Castilla.

Salió también por tercera vez, don Alonso Quijano, el Bueno, en busca de galeotos que librar, de gigantes molinescos que rendir, pero esta vez, bien provisto para la tremenda aventura extraña que emprendía. Porque ahora los galeotos venían en Ford, Mercedes Benz o en un Hispano-Suizo y los gigantes de viento eran la máquina, la mecanización, la idiotización, en fin, de un pueblo que olvidaba sus canciones.

El Rocinante de este nuevo Mesías hizo su entrada de hosanna en los intelectos del 98 y recogió palmas de alabanzas y esperanzas de salvación. Pero hoy, su figura no es triste, sino que está saturada de una suave melancolía alegre. El mundo para don Quijote no ha cambiado y los hombres—pobrecitos asoñadores — tienen las mismas flaquezas del ventero, las idénticas debilidades de Cardenio y la semejante filosofía práctica de Sancho. Mienten igual que entonces, mienten siempre, porque esa es la razón y base de sus triunfos, mienten convencidos de la verdad sospechosa de sus vidas comercializadas.

Don Quijote no se entristece y emprende una vez más su aventura caballeresca, para enseñarles que no sólo hay que soñar con los ojos abiertos, sino poner también el alma en esos sueños. De nada vale abrir los ojos, sino se advierte en sus pupilas el reflejo decidido de llevar a cabo la realización de un sueño solo.

Afortunadamente, los Gabriel Miró, los Azorín, los Valle Inclán supie-

ron comprender que don Quijote esbozaba de nuevo su filosofía idealista y espantosamente negativa; pero sólo Unamuno y Jugo supo llevarla hasta sus consecuencias últimas; comprendió además que don Quijote elevaba dentro de sí una filosofía humana hecha por un hombre de carne y hueso para hombres de carne y hueso y, una religión que cumplir. Esa religión era la que miles de años antes revolucionara al mundo desde el "interior" de un humilde galileo, llamado Jesús de Nazareth que, mirado humanamente, es la más extraordinaria personalidad que han producido los siglos. Miro a Cristo como hombre, despojado, si es que se puede, de su esencia divina. No solamente Jesucristo tuvo su Camino, su Verdad y su Vida; la tuvo de igual manera, Don Quijote: su camino, el ensueño; su verdad, el ensueño, su vida, el ensueño.

Decantados principios pretenden negar la preferencia manifiesta de los escritores del 98 hacia este libro que es el complemento de la Biblia, porque la Biblia no alcanzó a bosquejar tan siquiera que también se puede conseguir la sublimación a otra vida superior, mediante los sueños.

Es innegable que la vida de Alonso Quijano, el Bueno, fué el libro predilecto y las razones de esta preferencia son más hondas de lo que generalmente se cree.

El mundo intelectual español estaba asfixiado por el bullicio externo del teatro grotesco y archipatético de Echegaray y por la sutileza sutil de Campoamor. No deseaba ahora doloras ni refraneros, sino que ansiaba una consagración de la realidad inmediata. El intelectual deseaba la soledad, el aislamiento para dejar ancho cauce a la salida perentoria del pensamiento; deseaba contemplar el cielo estrellado que las luces de Bengala de las grandes ciudades alejan de la gente; deseaba alcanzar al fin, la completa, la absoluta, la máxima soledad que no admite ni la compañía de sí mismo. Salió a los campos a encontrar a los pueblos y a descubrir su encanto; salió a Castilla, salió por las rutas manchegas y, necesariamente, se topó con Alonso Quijano y lo hizo suyo y lo poseyó en un delirio patológico de embriaguez intelectual.

Don Quijote fué el "amor de los amores", y cual el alma, esposa de Dios, escribió un nuevo y dulce y apasionado "Cantar de los Cantares". Había perdido su biblioteca, pero hoy se la reintegraba Unamuno, se la aumentaba Azorín y se la analizaba Maeztu. El mago Frestón fué vencido y la sobrina y el ama fueron sorprendidas en su pueril embuste. Don Quijote podía rehacer su vida y gritar a voz en cuello a su tío carnal, oh noble marqués de Mantua. Pero, no hizo esto y se conformó con sonreír. Bajó de su antes Rocín y ofreció su escudo y su lanza a los escritores del 98 para que probaran que a España — mi vieja y querida España — "no le mana, cañalla infame, eso que decis, sino ámbar y algalía entre algodones y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis hecho" a España, politi-

castros descastados, mercaderes del poder y aventureros del gobierno que han transformado a este pueblo en un conglomerado de seudo invertidos, gobernados por una verdad que en vosotros jamás podrá hacerse tangible.

He aquí, sucintamente, tres o cuatro razones caídas de las manos que prueban la causa de esta predilección por la creación cervantina.

El mundo español convulso, desviados sus valores fundamentales, no era capaz de volver solo a tomar su antiguo rumbo, sino por medio de españoles que lo amaran de corazón, para poder comprender sus virtudes y defectos, para poder amar su tradición y su futuro, que se confundían en un presente de repercusiones inmediatas en la vida española de fines de siglo y principio de una era radicalmente opuesta.

Así comprendió su misión, don Miguel de Unamuno, con visión exacta del derrotero que había de seguir. De ahí que, si en un principio pudo gritar ¡Muera don Quijote! para terminar, paladín de una nueva cruzada, en rescate de su sepulcro, fué únicamente porque este era el proceso ineludible que había de transformar a su alma tremendamente eanárquica.

Unamuno amó al Quijote con amor apasionado, lleno de instintos primitivos y lo odió con odio apasionado, pleno de rencores intelectuales. Lo amó con odio y blasfemia, ya que es imposible un gran amor sin un gran de odio. Se acercó a Alonso Quijano con su grave figura de pastor protestante y, en medio de diatribas y sarcasmos, encarnó en su espíritu la figura magnífica que ingenio alguno pudo producir. Poseyó al Quijote en forma integral y, en el instante de su posesión efectiva, supo cambiar sus voces acres en suaves arpegios de tierno enamorado. Y Unamuno vió en el Quijote el Dios, el Redentor reencarnado que dejando atrás sus ideales domésticos se lanzaría — caballero en su caballo — tras la redención de España. Unamuno creyó en un Dios y por eso es una torpeza de lesa intelectualidad denominarlo ateo; el engaño es fácil, ya que su eterna vida paradojal fué ortodoxa y su Dios esencialmente heterodoxo.

Don Quijote, para poder realizar su magna gesta, fué por lógica ley psíquica, un contemplativo que supo volverse hacia adentro, expulsando lo vacuo, lo amorfó, a fin de obtener de este modo, la divinización de su orden de caballería. Unamuno también fué solitario y silencioso. Supo hallar la inencontrable soledad absoluta y allí, despojado, desnudo, divinizó el Quijote que abrigaban su espíritu y sus facultades.

La trilogía formidable que siempre lo acompañó, es decir — yo, yo y yo — lo convirtió en un "Cristo a la jineta", bufador y amargo, caustico y revolucionaria y desorientada de su época.

De este modo, se puede apreciar en forma clara, los dos factores intelectuales que influyeron en su pensamiento, en la época mediata y desquiciadora de su decepción del falso tradicionalismo imperante: la ideología anárquica y el realismo literario. La influencia intelectual en Unamuno es

unilateral y, aunque se manifiesta en escritores tales como Ibsen, Tolstoi, Amiel, el resultado se convierte en una escuela sola, cuyo maestro y discípulo se identifican en él mismo. Los escritores citados y otros que se me escapan, fueron sus autores dilectos que armonizaron con su temperamento, aunque nunca desvirtuaron la concepción original de sus obras. Su posible desvirtuación generadora fué impedida por la observación directa de la vida en forma tal que, en vez de ser dominado, se sobrepuso a esas influencias, dando origen así a sus extraordinarias creaciones.

Muchos han creido ver en la última etapa de su vida una desviación estética, ignorando que siempre aspiró a una universalización española.

El otro gran problema que aquejó a Unamuno fué el terrible dualismo que significó para él, su tan amada lengua vasca y su terrible amante que fué la castellana. Nacieron en él, dos tendencias paralelas, no antagónicas, que se confundieron más tarde en una prosa vibrante, plena de insospechadas sugerencias.

Unamuno creó su propia doctrina: su evangelio, el Quijote; su doctrina, las órdenes de caballería. Fué caballero andante que tuvo también su Mago Frestón que lo expulsara de su España querida a tierras donde se cantó la Chanson de Roland.

No analizaré tampoco sus méritos literarios, dejo esa tarea para los peudos y soporíferos preceptistas y, trataré de indagar, de hurgar con amor en las posibles causas de su pasión por el Quijote.

Unamuno, hombre genial, no sabía jugar al amor como los demás mortales e intuyó que para amar integralmente, es necesario una comprensión espiritual que sea total entrega; no basta contemplar por el cristal de la ilusión que mañosamente impide ver los defectos del ser amado, sino hay que contemplar la fase negativa del amor y sólo entonces, está completo.

El Vasco Genial se abrazó al Quijote, como quien corre al campo después de la lluvia y se abraza de la tierra y de su fragancia, con delirio de pasión solitaria y lo insultó con sus caricias y lo abofeteó con sus quejas. Y Alonso — mi buen Alonso — lo dejó subir a la grupa de su cabalgadura y, juntas dos almas en íntima comunión, marcharon Castilla adentro, Castilla adelante, camino abierto al Universo entero, persiguiendo su ideal: Dulcinea.

Se unieron para no morir nunca, puesto que el pasaje de Miguel de Unamuno de vivo en muerto, fué el paso definitivo que lo acercó a Alonso Quijano en los monótonos caminos de la severa Castilla.

Estuvieron solos, más solos que nunca. Qué conversaciones sublimes sostuvieron... Como se rieron entonces de la locura de los cuerdos que gobernan el mundo y son incapaces de arrostrar la cristalización de sus sueños; como contemplaron regocijados la búsqueda eterna de las islas por los Sanchos modernos, como vieron también melancólicos que los conglomerados humanos pierden sus ideales caballerescos lastimosamente.

Caminan ambos por las rutinarias sendas manchegas y no hallan una

sola aventura; pero, no se puede ser caballero sin tenerlas ni ver a su Dulcinea sin ejecutarlas. Eso va en contra de las más elemental orden de caballería. Y pensar que allá, allá lejos está Dulcinea, sonriente y grácil, ofreciendo su gloria a cambio de una aventura que realizar.

Don Quijote y don Miguel aman ahora más suavemente, con lánguido amor otoñal, como si la frialdad de la llanura castellana hubiera detenido sus impulsos primarios y tuvieran temor al grotesco; aman con tierna melancolía, como cuando llegan las noches de invierno y todo es quietud en el viejo fogón de la venta: el gato duerme y hasta Maritornes se priva de sus bromas sangrientas; aman como si las sombras de la muerte los envolvieran en un hálico de frío y resonaran en sus oídos los perversos consejos de una Trotaconventos; aman hoy ingenuamente, con candor de niño que se aferra a la vieja ama, cuyos consejos y cuentos de aparecidos fueran el rescorte para aumentar su amor... Aman y aman y aman tenuemente, como si la busca de su amor pudiera herir el recuerdo indeleble de Aldonza Lorenzo.

Címbalo Lúgubre

A mi hermano Reinaldo, que ata sus besos bajo la tierra del Sur.

Claudio Solar.

HASTA CUANDO OCULTAIS VUESTROS MUERTOS
bajo sábanas de mármol,
pudriéndose,
Sus ojos maduran multiplicados y temblorosos
en los sepulcros
para mirarnos sin párpados
serena y fijamente.

Para auscultarnos hasta la raíz de nuestra traición,
porque en cada beso,
en cada lágrima de espeso lamento
ponemos la lengua viboreante de un puñal escondido.

¡Oh cruces!,
blancas palomas cruzadas que acompañáis
las manzanas muertas:
¡creced erguidas!

Por pasos de arena y tierras de sencilla médula
hay un canto familiar,
flautas de árboles de humana arquitectura
que emergen de atardecidas campanas
de sepultadas torres
y algunas mansiones hundidas
que trazan galerías nocturnas
debajo de la tierra.

2

OH SANGRE ENAMORADA Y SUEÑOS DESFIGURADOS
esperando,
ambiciones que bordearon los huesos de la sombra,
cómo rodáis temblando
en rosas de ceniza, elementos de cal ardiente
y llantos y viento sumergido.

Aquí vengo, murga silenciosa,
aquí vengo hacia tus enharinados retablos,
donde danza el recuerdo amarrado a sus besos.
Acudo en las mañanas a sacudir los frutos
de los ataúdes.

Qué pesado anillo rodea los restos mortales,
hundiéndolos hacia el centro,
sepultándolos en el corazón.

Cómo rueda la lluvia sobre las densas tumbas,
hasta ella llegan los cantos del océano
de sal mordida,
de presagio dividido,
y soplan en los órganos la ronda del silencio!

ESTA ES LA CIUDAD DE LOS SIGLOS
destruyéndose.

Junto a las losas arden las piras del pasado;
extrañas mujeres pasean los caracoles del olvido
en un cráneo de órbitas solemnes.

...Aquí descansa nuestro querido deudo...
aquí están sus venas confundidas con los vasos de la tierra
y sus dedos ya suben
entre las yerbabuenas
a formar una hoja maravillosamente.

Sepultureros grises van arando la tierra
entre aullidos de perros
huídos de ciertas casas, de ventanas súbitamente obscurecidas,
y siembran cabezas y ojos asombrados
y rostros pensativos
y manos de pordioseros
y a veces esqueletos espantosamente satisfechos.

Un día emergen blancas flores de las mansiones inútiles
y en un nicho se asoman a ver la luz los huesos,
a ver cómo progresá su ciudad,
cómo avanza la murga silenciosa con su música pesada,
y cómo ya hay más cruces para los pájaros y las mariposas.

Oh música delgada, con su silbo de arena
y pálidas leyendas que el pasado subsisten.
Los sepultureros dicen... Y sabemos que los muertos
sólo han muerto para nosotros.

¡Ved!
Sé que Marina me contempla desde una rosa,
formando color en los pétalos.

Ah, y no me digáis cuando en las noches
pesan sobre mí los cadáveres timidamente,
estos amigos
que quieren continuar la farsa más allá,
todavía!

EN QUE DISTANTES Y MISMAS SOLEDADES
rodáis confusamente, mis queridos abuelos.
El tiempo pasó sobre vosotros
como por mí pasa
en un invierno de enfermedades
y desilusiones
anidándose en la voz secreta de la médula doliente.

Con qué puro canto vienen todas estas cosas
deambulando, cayendo en las cavernas
en un silencio pegajoso,
como un ciempiés,
orillándonos
en una noche perdidamente desbordada.

Juanita, aún toses, ya mariposa, prendida
al polvo que cae sobre los cipreses,
sobre mis ojos,
hacia mis venas fatigadas,
cuando te recuerdo.

Cuantos viajeros siguen doblando la rotunda fatal
fieles a una cita.

Oh marchad peregrinos con vuestras pesadas vestiduras
atados al ansia,
a la sombra de estos muros,
bajo la tierra tenazmente igualadora,
en la entraña fecunda que os recoge, rechazados
por vuestros hermanos y queridas,
y os sumerge purificándoos.

Los que sufrieron,
soñadores convulsos,
oh amantes que vivisteis jugando con la vida
y os inundasteis de amarga sangre,
vosotros abrazados a vuestro último sueño,
rodáis entre los brazos de la paz y el silencio.

Y yo mismo, oh carne de siglos,
iniciaré de pronto mi último regreso.
Esperadme, esperadme cuando llegue,
iré con mi traje modesto de alegría:
Salid a recibirmee en las arenas
entre la sombra azul de las arañas,
salid a recoger mi sangre muerta
y mis sueños sin norte y sin mañanas



Un poema del mar y dos estampas de la tierra

LAS TRES OLAS

Mariano Latorre

Sólo una voz adormecedora y un sucedérse de olas y de espumas, que florecen y se extinguen, es el mar para el que no está habituado a su perenne variabilidad.

No pasarán inadvertidos para él sus colores esenciales: azul, verde y blanco, en que se funden a menudo el cielo, el mar y la espuma de las olas.

Advertirá la fuga o el reposo de las nubes en la recta acerada del horizonte, el vuelo oblicuo de las gaviotas y el acrobático zábullirse de los piqueros y pardelas, pero el ritmo de las mareas, contacto misterioso del océano con la eternidad de la vida cósmica, será para él siempre un enigma.

Si es la pleamar la que hincha las aguas y es en el verano, cuando el Sur, el viento de América, dormita con un ala sobre el horizonte, para el marino, para el pescador, para el habitante de la costa, el mar no es únicamente una voz y una gama de cambiantes colores.

Aunque no acierte a comprender el portentoso fenómeno de las mareas, sabe que hay algo superior que lo determina. Algo que está fuera de la tierra y del mar.

Para ellos, las olas obedecen a un invariable mandato: tres olas, tres mares, según su decir, que cumplen su destino, aunque el viento descomponga muchas veces su armonía.

Los ríos del sur corren pausadamente hacia el mar y el mar penetra sus corrientes tierra adentro. Las tres olas, que los ribereños denominan las tres Marias, apaciguan el ímpetu de las aguas, ensanchando las márgenes de los ríos. Y el fenómeno se repite en los ríos del valle central. Las tres olas, nacidas casi simultáneamente, no logran detener los deshielos andinos y es la barra el escenario, donde pelean las nieves y el mar.

Desde el amanecer de los tiempos, la cordillera costeña defiende a Chile, los pies hundidos en la salada movilidad de las aguas, pero el mar carcomió el granito y ha moldeado bahías y playas, que mojan las olas, decorándolas de fugaces crespuras nevadas.

En el transcurso del tiempo luches verdeantes y flexibles cochayuyos se enraizaron en las rocas y junto a ellos se cuajó el milagro del erizo, bajo su coraza espinuda y entre valvas negriazules, el tesoro dorado de los choros.

Pensemos en un mediodía y en una pleamar, uno de tantos mediodías y de tantas pleamaras en la historia de la tierra y del océano.

El aire ha disuelto su invisible oxígeno en los átomos del agua en movimiento.

La hora es propicia. Una ola acaba de nacer y sólo unos minutos ha de durar su infancia.

Enorme, plena de vital decisión, rueda hacia la costa. Se detiene, sin embargo, antes de llegar. Parece encogerse como un hombro verdiblanco que oculta el horizonte y se desploma súbitamente en un vértigo de aguas

enloquecidas: blancos mechones que se irisan al herirlos la luz, curvas cascadas que se tornan ríos, ríos que se arremasan en lagunas y lagunas que, al libertarse de su efímera prisión de espuma, inundan con estruendo la gradaiente de la playa.

En su milagrosa pesca, chillan ebrios los pájaros del mar. Suben y descienden, tajan el aire o rompen el agua sus alas ágiles y sus picos agudos, persiguiendo el plateado cardumen que nada entre los borbotones de la ola ola deshecha.

A lo largo de la costa va apagándose, poco a poco, el eco prolongado de un trueno.

La ola, como si temiese la amenaza inmóvil de la tierra, se recoge velozmente hacia el mar.

Y se yergue, corre y se comba ruidosamente la segunda ola para chocar con la que vuelve al seno del mar.

Son hermanas, hijas del océano, pero enemigas irreconciliables.

Semejan dos monstruos marinos que entrelazan con furia sus cuellos de espuma, evocando una lejana lucha de los mares primitivos.

Y ya ha nacido la tercera ola. Nada sabe de sus antecesoras, pero avanza como ellas, hacia la costa.

Ciega, rugiente, se arroja sobre las otras olas en lucha y el violento choque se reproduce en forma diversa. Penachos de espuma que se encrespan y se enredan en torbellinos de hervores. La avalancha revienta sobre la playa o se pulveriza en el cantil de las rocas.

Y el mar acalla su voz y parece adormecerse. Sólo un murmullo de burbujas que nacen y mueren sin término escalofría las aguas verdiazules, donde flotan anudados huiros y manojo de cochayuys, arrancados de las piedras.

Paradas en las rocas, sestean las gaviotas y alcatraces, hartos de sardinas y pejerreyes.

Pestañeante, fluctúa a lo lejos un vuelo de patos liles.

Retozan los lobos en esta tregua del mar. Se zabullen y alzan las cabezas, chorreando agua. Un segundo, platean en los negros hocicos las corvinas que tragan sin saciarse nunca.

Y nuevamente el mar comienza a desperezarse.

Otra ola, que luchará con la segunda y arrastrará a las dos hacia la muerte, germina ya en su vientre creador.

Es un instante y al mismo tiempo es la eternidad. Son algunas horas las de la marea y son siglos también.

La vida de la tierra y la vida universal, cuyo origen se desconoce y cuyo futuro se ignorará siempre.

Las hierbas de la Colina

En ese espolón de cerros que avanza sobre el valle, tupido bosque de boldos y pataguas hace un siglo, ha brotado la hierba con la espontaneidad de una cabellera de la tierra.

Cuando cayeron los troncos, que el filo del hacha derribó y cuando, más tarde, se desenterraron sus raíces, la hierba cubrió el lomo desnudo de la colina.

¿De dónde vinieron estas hierbas, miles de hierbas, distintas e iguales, sin embargo?

Nadie las sembró sino el tiempo y sus eternos aliados los insectos y los pájaros o el viento alegre, cómplice de todos los amores del campo.

Aún llegan los pájaros a los boldos que sobreviven en la colina, frescos refugios de la sombra durante el día: un tordo que descansa de sus aventuras entre las hojas o un zorzal, ahito de gusanos, que modula dos notas dulces, sin cesar reptidas, en su flauta rústica.

Sni embargo, ¿quién advertirá el nacer humilde y la ignorada muerte de las hierbas anónimas de la colina?

Porque para el hombre del campo esas hierbas no son sino un forraje útil y para el viajero un oasis de frescura, bajo el aire inundado de sol y sobre la tierra, roja de polvo.

Sólo un poeta o un botánico lograrán entender su vida mínima. Sólo ellos sabrán de las hierbas que viven y mueren en la colina, bajo el ala del viento.

Hojas, innúmeras hojas, redondas, agudas u ovaladas, de un verde plateado o de oro y florecillas rojas, amarillentas o rosadas, como el rocío de la aurora, que aman las abejas y los moscardones y sobre las que celebran sus nupcias las mariposas anaranjadas con las blancas, siempre vestidas de novia.

Entre sus hermanas se arrastran las guías de la gualputra, vacia en el aire la venenosa pichoga su acre aroma, mira la linaza con sus ojos azulcelestes y se asombra, al sentir la luz, la pupila de oro del corecore, retuerce el alfílerillo su índice oscuro en el aire cálido y la china encrespa los encajes plebeyos de sus pétalos, entre las rojinegras romazas y las hojuelas agudas de la sietevenas, tan caras a las vacas y a las ovejas.

Al mediodía, la colina es una ola verdeoro, peinada por el viento; al atardecer, un reposo de sombras violetas en el cuerpo de la noche.

Hierbas, útiles o nocivas, conocidas o anónimas, modestas hierbas de la colina, amadas de los insectos y del viento, yo os admiro y os quiero.

Vuestras hermanas del valle, de más alcurnia, nacen y prosperan para engordar panzudas lecheras de Holanda y caballos de raza; no andariegas ovejas y cabras ágiles.

Al llegar Abril, abrasa el otoño las frescura de las hierbas de la collina y agota su savia olorosa. Semillas y tallos rotos yacen sobre la tierra fatigada. Las hormigas, diligentes, siegan y trillan, llevándose a sus negras galerías la cosecha pacientemente acumulada.

Y en vano cruza, ahora, el viento por las hierbas de la colina.

Sólo un crujido leve, un cascado roce de cálices deshechos, de élitros trizados, de hojas marchitas responde a su llamado, a su rumoroso mensaje sin edad.

La Bandurria y el Chuncho

La bandurria es vega y selva, al mismo tiempo.

Para caminar en el fango posee unos tarsos finos, ágiles, incansables; para volar, unas alas poderosas.

En el tremedal verdinegro borbotan ocultos manantiales y en el cerco de totoras y junquillos se zambullen las ranas y nadan, zigzagüeando, los resbalosos coltrahues.

Ha de ser, mirado desde lo alto, una lámina lustrosa por donde patinan las nubes y se espeja el vuelo bicolor de las bandurrias.

Hermana aristocrática del queltehue y de los huairavos es la bandurria, pero su clau clau, corneta de infantiles sones, supera al estridente alerete del queltehue y al huac huac de zorro de los nocturnos huairavos.

Huaraqui, llaman los mapuches a las bandurrias y fijaron sin duda, en esas silabas primarias la magia del sonido.

Acompasado, colorido, el vuelo de las bandurrias estiliza los altos cielos del sur, pero pierde su aérea prestancia al tocar la tierra.

Las alas, dueñas del viento, son, ahora, una pesada túnica de raso; los delgados zancos apenas sostienen la maciez del cuerpo y al andar torpemente en el pasto o en el barro, dan la impresión de obesas señoras que aún presumiesen de esbeltas.

Por el armonioso óvalo del cuerpo, por la fina cabeza de brillantes pupilas y el aguzadó pico recuerdan a los ibis del Nilo arcaico y al desierto y a las palmeras, pero la semejanza es ilusoria, porque la bandurria del sur de Chile pertenece a un mundo nuevo, donde el roble reemplaza a la palma, el arroyo al río y los caciques mapuches, enterrados en el fuego, a las momias de los faraones.

Sin embargo, su vuelo encima las copas de los árboles y se adueña del cielo, alejándose de la vega y del pasto donde merodean sus plebeyos congéneres, el huairavo y el queltehue.

Y algo misterioso e inasible, resto de las primeras edades del mundo, hay en su aislamiento, en la elegante plenitud de sus líneas y en la melodía de su canto, que los mapuches, poetas del paisaje, atribuyeron a potencias ocultas, a desconocidas divinidades que protegían la vida de las bandurrias. Un refrán del rústico idioma lo inmortaliza: El que mata a una bandurria muere en el año. Y la enigmática agorería mapuche pasó al colono mestizo y al alemán, llegados al sur a fines del siglo XIX.

A pesar de su vida solitaria, de su altiva soledad, un enemigo pequeño, solapado, la vigila y la persigue, cuando escarba en la vega o camina entre las gramíneas de los pastizales: el chuncho.

El chuncho, bolita de grises plumas, cabeza redonda, hundida en el cuello, como el maleante en su bufanda. Dos ojos circulares, igneos rayos de oro y un pico afilado, que taladra huesos y taja tendones.

Disimulado entre las ramas u oculto en el pasto o en las totoras, acecha el instante propicio para lanzarse sobre el choroy o la torcaza que duerme en el ángulo de dos ramas o perseguir sin desfallecimiento a los ratones o a las bandurrias, con las cuales no puede luchar cuerpo a cuerpo.

Si el éxito lo acompaña, su garganta se infla petulante y arroja su estrepitoso chochocho, signo de muerte para el mapuche, mientras su corvo pico casca el cráneo de la víctima y saborea con deleite sus sesos aún tibios.

No me olvidaré del drama alado que me tocó presenciar una tarde de verano, en un rincón de una selva del sur.

En viaje a las cordillares, quebrado muro de rocas azules y de blancos neveros en el fondo del paisaje, descansábamos bajo la sombra de unos robles.

El sol declinante se esfuminaba en una aurea polvareda entre los árboles.

En el pasto, en la vega y en los matorrales, sombras densas aguardaban la noche. Y en el silencio, cada cierto tiempo, dos silbos, dos notas fugaces y dulces: el huío vigilante de los bosques.

Un silencio repentino, sobrecogedor, largo escalofrío sobre el paisaje, anunció la aproximación de la noche.

¿Qué pasaba en la selva en ese instante?

Nadie habría podido decirlo con certeza. Quizá era la selva que se aprestaba a dormir, si la selva duerme alguna vez.

Talvez un zorro que llegó hasta el borde del pantano, azorando a las taguas y pollollas o el vuelo de seda de una lechuza que dejaba su escondrijo diurno o lo más seguro: un chuncho que se metió entre una bandada de choroyes, recién llegados al bosque.

Era algo vago, indefinible, pero que percibíamos claramente, sin embargo.

Oía a cada instante, el ter ter de los queltehues. Imaginaba sus sesgados vuelos sobre el pastizal, pero la clave de la agreste sinfonía era siempre el clau clau de las bandurrias solitarias.

Pasó, cerca de nosotros una bandada de seis. Oro y carmín fueron sus alas al cruzar la zona de luz; luego, retazos aleteantes de sombras.

Volaron, al principio, a ras de tierra, elevándose hasta las copas de los árboles. Se posaron en el esqueleto de un roble seco y el roble pareció germinar por arte de magia.

No se detuvieron mucho tiempo. Abrian y cerraban sus alas, presa de medrosa inquietud. Bajaban a las ramas inferiores y volvían a las más altas. Su serenidad cotidiana la trastornaba algo inusitado. Por último, se internaron hacia el corazón del bosque.

Daban, por segundos, la impresión de girar, en torno a un centro invisible. Repentinamente la bandada se dispersó. Sólo una permaneció en el aire. Movía sus alas, extendiéndolas y cerrándolas, como si hubiera enloque-

cido. Era una danza quebrada y sorprendente. Las rémiges de su ala se abrían como los traslúcidos dedos de una bruja. El equilibrio lo perdía a cada instante, pero, en un esfuerzo supremo, lo recuperaba.

Por último, se precipitó a tierra vertiginosamente.

Nos callamos, perplejos. Un camarada observó, zahorí:

—¡Es una bandurria vieja, un sincope la ha sorprendido en el vuelo! Así morirán algunas.

Asentimos, convencidos:

—Puede ser.

Pero el guía, un muchachón de voz triste y afable ademán, destruyó las sabias conjeturas con estas palabras simples:

—Cuando mueren, mueren en la tierra, su mercé, pero nunca volando. Y agregó, risueño:

—A ésa, la mató un chuncho.

—¿Cómo un chuncho?, preguntamos en coro.

—Algo igual vi cuant'há en la hijuela del finado mi paire, pa Lonco-traro. Podemos ir a verla.

Echó a andar sin esperar nuestro asentimiento y nosotros lo seguimos. Equilibrándonos sobre un puente de piedras resbalosas, cruzamos un arroyo. Sorteamos troncos, unos detrás de otros. Nuestro guía corría adelante. Se detuvo en un claro, se inclinó sobre el pasto y nos hizo señas para que nos acercáramos.

Allí estaba la bandurria, abiertas las enormes alas. Sus patas eran pequeños puños crispados; el largo pico pescador, un negro punzón colgante. La tomó el guía en sus manos y abriendo el transparente abanico del ala izquierda nos mostró los músculos interiores, ensangrentados por una profunda llaga.

—¡No ve su mercé! Al volar la bandurria, el chuncho se le metió debajo del ala y fué cortando los nervios.

Resplandecía su cara morena de satisfacción al ver comprobadas sus palabras. La cogió, luego, de las patas, poniendo en su mano derecha la cabeza. ¡No vé la quebradura su mercé?

Y daba la impresión el cráneo de una nuez cascada torpemente para encontrar el meollo.

El guía, verboso, seguía explicando:

—El chuncho se vino de alivio, su mercé, con el cuerpo de la bandurria. En el suelo le partió la cabeza para sacarle los sesos, que le gustan mucho.

Mirábamos al enorme pájaro, abatido por su mínimo enemigo.

Sin que lográsemos precisarlo, una emoción rara nos ablandaba los nervios.

Pregunté al guía: — ¡Y el chuncho?

Mis amigos me miraron risueños, porque la misma pregunta ya se la habían formulado ellos.

—Por ey ha d'estar, entre las ramas o en el pasto, contestó el guía.

Se hundían inútilmente nuestros ojos en la maraña de ramas y de hojas. Tampoco lo habríamos advertido. La luz se iba extinguendo y de las brasas del sol no quedaban sino grises partículas de cenizas, flotando entre los árboles. Y como si el astuto merodeador de la selva hubiera escuchado

nuestra palabra, resonó súbitamente su chochocho de mal agüero. A lo mejor nos anunciaba una nueva muerte. Podía ser el mismo, como podía ser otro. El drama seguiría repitiéndose, sin que nada ni nadie pudiera impedirlo nunca, mientras hubiese pájaros y chunchos.

Decidimos proseguir nuestro viaje. Fuimos en busca de los caballos. El guía tiró al pasto el cuerpo de la bandurria. Ahora le llegaba el turno a los ratones y a los jotes.

Al salir, sombras húmedas se habían posesionado de la selva. El cielo de estio estrelleaba sobre las copas de los robles. Lejano, purísimo, casi sonoro. Los astros me parecían millones de cascabeles de plata que agitase arriba un viento divino.



Lo nuevo en los Clásicos

LA SECCION que ahora inauguramos, tiene por objeto presentar al lector aquello que desde un punto de vista rigurosamente actual nos parezca más representativo de los genios poéticos de todos los tiempos. Seleccionaremos y haremos aparecer en cada ocasión no sólo las obras de escritores reconocidos como grandes en las letras universales sino también de algunos otros que no obstante no ocupar un primer rango, presentan características que a nuestro gusto actual pudieran ser valiosas.

Respecto a los clásicos y otros grandes de todas las literaturas, nos desentenderemos de las tradicionales antologías y escudriñaremos en sus obras conforme a criterio y gusto modernos. De ahí que con frecuencia daremos preferencia a obras no estimadas en cada caso como las mejores por la crítica tradicional, pero que para nuestro gusto actual son de valor.

En ocasiones próximas esperamos dar a conocer algunas traducciones originales de poetas extranjeros, contribuyendo así a dar a conocer entre nosotros, autores que permanecen ignorados por los que no conocen los idiomas respectivos.

Esta vez insertamos tres sonetos de uno de los más grandes líricos de nuestra lengua: Garcilaso de la Vega. Consideramos estas tres composiciones como lo mejor de la producción del poeta, incluso las famosas y poco atractivas églogas.

MICRO-ANTOLOGIA DE GARCILASO.

Soneto V.

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo estribistes, yo lo leo
tan solo, que aún de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mi cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.

Soneto XI.

Hermosas ninfas, que en el río metidas,
contentas habitáis en las moradas
de relucientes piedras fabricadas
y en columnas de vidrio sostenidas;

Ahora estéis labrando embebecidas,
o tejiendo las telas delicadas;
ahora unas con otras apartadas,
contandoos los amores y las vidas;

Dejad un rato la labor, alzando
vuestras rubias cabezas a mirarme,
y no os detendréis mucho según ando;

Que o no podréis de lástima escucharme,
o convertido en agua aquí llorando,
podréis allá despacio consolarme.

Soneto XXXII

Estoy contíno en lágrimas bañado,
rompiendo el aire siempre con suspiros;
y más me duele nunca osar deciros
que he llegado por vos a tal estado,

Que viéndome do estoy y lo que he andado
por el camino estrecho de seguiros,
si me quiero tornar para huiros,
desmayo viendo atrás lo que he dejado;

Si a subir pruebo en la difícil cumbre,
a cada paso espántanme en la vía
ejemplos tristes de los que han caído.

Y sobre todo, fáltame la lumbre
de la esperanza, con que andar solía
por la oscura región de vuestro olvido.

¿Qué es el existencialismo?

(Conferencia del Prof. M. Robert Salmon.— Traducción y síntesis de Mario Naudon).

A peine commence-t-on à connaître la littérature de la Résistance, a peine épuisées les rééditions de Vercors et d'Aragon, voici que nous parvient la renomée de ces nouveaux auteurs, dont le succès, le scandale, la puissance d'ébranler les esprits en les ramenant violemment aux problèmes essentiels de l'humanité, rappellent et dépasseront sans doute tout ce qu'a pu être dans ce genre le surréalisme au lendemain de la première guerre mondiale.

El personaje central de la nueva escuela es Jean-Paul Sartre, cuya obra, comenzada sólo en 1936, es ya vasta y comprende todos los géneros: novelas, "La Nausée" y últimamente "Les Chemins de la Liberté (3 vol.: L'Age de Raison, Le Sursis, La Dernière Chance)"; dos piezas de teatro, "Les Mouches" y "Huis Clos"; ensayos psicológicos, cuentos, y un volumen en que expone lo esencial de su doctrina, L'Etre et le Néant. La revista LES TEMPS MODERNES, que él mismo fundara, sirve de órgano a esta tendencia. Su desbordante actividad causa admiración, más cuando se reconoce en sus obras no sólo una gran maestría, sino también un talento brillante, una poderosa personalidad y una de esas inteligencias que no pueden abordar un problema sin renovarlo.

Sartre no tiene discípulos y no desea, tenerlos nunca; pero hay escritores que son copartícipes de sus ideas, tales como Simone de Beauvoir, autor de un ensayo titulado "Pyrrhus et Cinéas", de 2 novelas (L'invitée y Le Sang des Autres) y de una pieza teatral (Les Bouches Inutiles); Merleau-Ponty, Blanchot, Leiris, etc. Por lo que respecta a Albert Camus, el conocido autor de "Calígula", éste ha declarado expresamente que no pertenece al grupo de Sartre y que no comparte sus ideas.

Los existencialistas, como los surrealistas, no buscan sólo la belleza artística. Se sirven de la literatura tanto como la sirven, destinándola más bien para tratar de influenciar moralmente a los demás. Pretenden esclarecer en el hombre su verdadera condición, ayudándolo para que tome conciencia de sí mismo y de su destino. El objeto de esta charla es, justamente, dar una indicación sobre su mensaje.

El existencialismo francés no es el mismo de Heidegger, el cual ha declarado no reconocerse en la obra de Sartre L'ETRE ET LE NEANT, libro que por otra parte debe varias tesis a Husserl y Hegel. Otros nombres se encuentran también en la fuente de este existencialismo: Kierkegaard (poeta místico danés), Nietzsche, y aun Pascal y Corneille, lo cual no debe inducirnos a pensar que los libros de Sartre estén hechos a base de páginas plagiadas a esos autores. Sartre está muy lejos de ellos, sobre todo en lo que atañe a lo moral.

Así pues, lo que aportan los existencialistas galos es una visión asaz

pesimista del mundo, expresada en un estilo de tradición naturalista, y luego, una moral heroica, a la manera de Malraux o de Corneille.

Muchos reproches hechos al existencialismo francés provienen de una confusión entre las dos partes de la doctrina. Se cree demasiado a menudo que los autores proponen como modelo lo que es pura descripción, cuando en realidad es preciso establecer una distinción cuidadosa entre el hecho y el derecho, la comprobación y la regla moral, si se pretende comprender bien el mensaje que nos envía la nueva escuela.

El primer aspecto de su filosofía, es pues una visión pesimista del mundo; los existencialistas franceses — al igual que Heidegger — declaran que Dios no existe y que el mundo es contingente. En cada objeto, en cada situación hay siempre una parte importante que es simplemente "concedida", y por tanto, injustificable. Los seres son lo que son, sin haberlo deseado ni merecido. Es eso lo que ellos llaman el absurdo del mundo.

Verbigracia, los existencialistas se preguntan si somos nosotros responsables de nuestro rostro, que encontramos feo; de nuestra inteligencia insuficiente, de nuestros padres que nos han educado mal, de la clase social, del país en que hemos nacido. Sin embargo, sufrimos las consecuencias de todo aquello y todo aquello nos determina. Frente a este mundo de contingencias, el sentimiento que invade al héroe de Sartre no es la rebelión de Kierkegaard, sino una especie de asco o de náusea, palabra que sirve de título a la primera novela de Sartre.

Y si el espectáculo propio no es en absoluto consolador, el ajeno no lo es más. El personaje de que hablamos descubre el aspecto mecánico, absurdo y deprimente de aquél: sorprende palabras, observa gestos llenos de estulticia, cobardía y de bajo sentimentalismo. Sin duda, la realidad no es siempre tan lamentable y brinda, a veces, espectáculos más reconfortantes. Pero M. Sartre no quiere que su personaje tenga la suerte de verlos, y, ante un mundo percibido sólo de esa manera, ¿qué otra cosa podría experimentar sino cólera, amargura e ironía?

No obstante, por muy abandonado que se halle el hombre en un mundo absurdo, este hombre es libre y, aún más, es esencialmente libre, ya que según estos autores, desde Descartes, no se puede ya negar que la existencia como conciencia se distinga radicalmente de la existencia como cosa; a la realidad estereotipada de las cosas se opone el brotar siempre nuevo de la conciencia.

La conciencia es ese poder que tiene el hombre de desdoblarse para juzgarse y transformarse; el hombre se juzga en nombre de lo que él todavía no es, de aquello mismo que él quisiera ser. Este poder de sobrepasarse es la libertad, la que precisamente se encuentra entre lo que es y lo que aún no es. La libertad es, pues, propiamente, una pérdida de contacto, un intervalo vacío en el mundo de los seres, una nada. Por eso, el principal libro de Sartre se llama *EL SER Y LA NADA*, donde él estudia el mundo y la conciencia, las cosas y la libertad.

Para Sartre, la libertad es inseparable del sentimiento de la angustia; es en ella donde el hombre toma conciencia de su libertad. En efecto, ¿no es acaso angustioso tener que decidir libremente, es decir, completamente solo, lo que cada uno debe hacer con sus energías? Sartre ha dicho, sin embargo,

que la angustia no es para él un sentimiento depresivo, sino, por el contrario, un sentimiento de exaltación, una especie de embriaguez de poder.

Tales son, pues, las dos claves de nuestro destino, según Sartre: por una parte, la libertad de nuestra conciencia; por otra parte, la absurda contingencia del mundo que se nos impone desde el exterior y que constituye el obstáculo contra el cual se estrella nuestra libertad, o, como dice Sartre, la situación de hecho que la libertad debe tomar en cuenta.

Esas dos entidades, nuestra libertad y su situación, no son concebibles la una sin la otra. Con más generalidad se puede decir que el mundo, que el momento histórico es bueno o malo de acuerdo con el proyecto de cada hombre. Es, pues, el hombre quien le da un sentido. De allí que pueda pensarse, sin paradoja, que si el hombre no interviene para nada en su situación actual, él es, sin embargo, responsable de ella. De allí también que pueda decirse que es el porvenir el que da su sentido al pasado, que tal suceso será juzgado propicio o nefasto según la perspectiva histórica en la que tenga cabida. En consecuencia, la historia está perpetuamente a la espera de su sentido, y el pasado se explica por el porvenir, tanto como éste por aquél.

De aquí surge también la oposición entre existencialistas y comunistas: si la situación de hecho, si el concatenamiento material de éstos sólo encuentra sentido en relación con la libertad de cada uno, los hechos no pueden dictar a los hombres, en ningún caso, la conducta a seguir. Para los existencialistas toda política válida es idealista, por estar subordinada a un fin que, por definición, no se halla inscrito en la realidad. Al afirmar que la necesidad histórica nos dicta nuestro deber, los comunistas se equivocan: olvidan que los acontecimientos históricos no tienen sentido en sí mismos, porque no tienen otro que el hombre les da, al encontrar en ellos obstáculos o facilidades según los fines que persiguen.

Esta proposición implica una recíproca: no hay libertad concebible sino delante de una situación de hecho que le sea opuesta. Para Sartre, nunca se es libre en abstracto; nuestra libertad es nuestra libertad de reaccionar frente a la situación en que nos encontramos; nuestra libertad presupone, pues, una situación de hecho. Es por eso que Sartre se burla de los que se quedan al margen de su época, que pretenden desligarse de todo y conservar la disponibilidad gidiiana. Pues, la libertad de indiferencia no es la libertad, sino su caricatura. La verdadera libertad es la libertad de actuar, de comprometerse. Sin duda, no hay que comprometerse más que para realizar la libertad, pero ésta sólo encuentra su realización en el compromiso.

Abandonemos las relaciones entre la conciencia y el mundo y volvamos a las relaciones de la conciencia consigo misma. Dijimos que ésta analiza lo que ella es en virtud de lo que aún no es; en otros términos, ella ya es lo que no es, deja de ser lo que es. Hay en ella una duplicidad profunda, que se traduce en el mundo de nuestra observación cotidiana por lo que llamamos la mala fe. Y esta mala fe será uno de los temas más frecuentes de la nueva literatura.

Según los existencialistas, no sólo los seres viciosos o ruines dan muestra de mala fe, sino todo el mundo. Y esto, que podría llamarse también inauténticidad, es esencial al hombre, es inevitable.

Hay aún otra especie de mala fe. Evitable ésta sí. A menudo, la conciencia se equivoca con respecto a sus posibilidades. Nos mentimos constan-

temente a nosotros mismos. Somos "mitómanos" como diría Sartre, cuando no queremos admitir que ciertas cosas nos son imposibles.

En la base de esa conducta mitómana se halla este hecho metafísico, que la conciencia no se ha hecho a sí misma, que no es ella su propio fundamento (si nos hubiésemos hecho nosotros mismos, nos habríamos creado perfectos). Pero somos imperfectos, y, entonces, o nos convencemos de que somos perfectos, o bien, de que no queremos serlo. Sin embargo, al disimular la verdad hacemos imposible toda acción eficaz nuestra, paralizando nuestra libertad. La cordura está en reconocer, primero, lo que somos, de manera que podamos hacer todo lo que haya que hacer.

Esta pintura de lo "inauténtico", ha levantado muchas protestas. No obstante, no es cosa nueva en la literatura. Nosotros, que tan fácilmente admitimos que "la perfección no es de este mundo" o que "el hombre no es ni ángel ni demonio", ya no vemos el lado doloroso e irritante que esas máximas poseen. Pero los personajes de Sartre tienen viva conciencia de sus limitaciones, y talvez, por ello, escandalizan tanto. Precisamente, esta viva luz proyectada sobre problemas eternos en los cuales ya no pensábamos constituye, con seguridad, la característica esencial de los existencialistas, en un plano puramente literario.

Así, contingencia y absurdo del mundo, libertad del hombre, mala fe e ilusión; tal es el estado de hecho que los existencialistas comienzan por comprobar. Pero, si bien es cierto que lo registran, no es verídico que nos lo propongan como modelo. El existencialismo afronta la realidad para poder sobrellevarla mejor e imponerle un sentido, por muy difícil que sea y aún al precio de su vida. Tal es la moral de los existencialistas franceses, la que los separa radicalmente de los existencialistas alemanes, como Heidegger, cuya doctrina no funda ningún imperativo, contentándose sólo con mostrar el carácter irrisorio de nuestra condición.

Es ese existencialismo, el de Heidegger, el desesperado. El francés, por el contrario, es una filosofía optimista, pues, afirma que es el hombre mismo el que construye su destino. Es libre para elegir su ruta y, en consecuencia, es plenamente responsable. No tiene que elegir entre valores que le sean propuestos desde el cielo y la eternidad, sino que él determina, por su libre elección, lo que es deseable. En la ausencia de Dios, el bien no puede ser sino lo que el hombre quiere; y la moral consistirá en saber lo que el hombre quiere realmente y en hacerlo, cueste lo que cueste.

No importa el éxito material. Como Guillermo el Taciturno, piensan que no es necesario tener esperanza para emprender, ni tener éxito para perseverar.

Se ve hasta qué punto esta moral está emparentada con la moral corneliana, hasta qué punto un personaje como Nicomedes podría ser héroe en la nueva escuela. Y como Corneille tenía sobre la libertad, o, más bien, sobre el libro albedrío, como se decía entonces, las mismas ideas que Descartes, sucede que el Existencialismo, que es un irracionalismo (puesto que el mundo es absurdo) adopta la moral del fundador del racionalismo moderno. Pero, si es cierto que Descartes ya había dicho que sólo podríamos ser alabados o reprobados con razón, nada más que a causa de las acciones que dependen de nuestro libre albedrío, es cierto también que no llegó a las aplicaciones concretas que ahora nos presentan los existencialistas. Por ejem-

plo, el hecho de tener miedo no es en sí mismo ni moral ni inmoral, sino indiferente, pues lo moral o inmoral es la conducta frente al enemigo, los actos consumidos a pesar del miedo. El combatiente no puede estimarse por no sentir miedo, ni despreciarse si lo tiene, pues ello no depende de su voluntad: él no es responsable más que en la medida en que acepte o rechace esa situación de hecho.

El valor de estos ejemplos es que no permiten a nadie declararse irremediablemente cobarde, que evitan al hombre la desilusión, precio corriente de las mentiras demasiado fáciles.

Y así en todas las circunstancias de la vida. Verbigracia, el complejo de Edipo no es en sí moral ni inmoral, es un hecho que es necesario contrarrestar, y sólo lo será cuando esté desenmascarado. Porque las tendencias y los complejos que constituyen un temperamento son situaciones de hecho, por las que, de acuerdo con Descartes, no podríamos estimarnos ni desestimarnos legítimamente, ya que no dependen de nosotros. La moralidad no reside más que en la actitud que se adopte frente a dichas situaciones.

Pero esas verdades son ignoradas, — y las novelas existencialistas muestran personajes que tienen asco por cosas de las que no son responsables, o que, inversamente, por cosas que han recibido como herencia y, como el héroe de "La Nausée", no logran zafarse de la mentira, detrás de la cual se refugian, y quedan atascados en la inauténticidad. Estos últimos son, para Sartre, unos cobardes o unos "salands" y sólo los muestra para que produzcan asco a los demás.

Tal es, pues, la moral individual: consiste, esencialmente, en conservar el dominio moral de cada destino; sus prescripciones, formales todas, no aconsejan aun ninguna acción particular y no prohíben ninguna, con tal que, al cumplirla, uno cumpla con su libertad. Sin embargo, la libertad de cada cual no es el único valor que debe respetarse. Existe también la de los otros y el respeto por la libertad del prójimo llevará a precisar más concretamente cuál debe ser la acción.

Una pregunta surge: "¿Puede uno hacer algo por los otros?" Se puede, seguramente, vestir, alimentar, educar a los otros, pero todo eso es secundario, pues una sola cosa es necesaria para los existencialistas: encontrar su destino y realizarlo, y uno no puede hacer eso en lugar de otro! El hombre está siempre solo en las circunstancias capitales de la vida: solo para nacer, solo para morir, solo para sufrir, y para realizar su libertad también está solo. Así, pues, nadie puede hacer nada directamente ni en pro ni en contra del prójimo.

Claro que en el estado actual de nuestra organización social, hay casos en que la elección de un destino acarrea la muerte. Pero, declara Sartre, hay que obrar de tal manera que en adelante el hombre pueda siempre optar por la vida.

Y si es cierto que nadie puede tomar una decisión en lugar de otro, por lo menos, uno puede ayudarlo en el sentido de que su elección resulte más fácil, suprimiendo los más serios obstáculos, la miseria, la enfermedad, la ignorancia. De este modo, los existencialistas franceses se han enrolado en una política de progreso, repudiando al torremarfilismo y asumiendo responsabilidades. Siguiendo este criterio, Jean-Paul Sartre combatió en las barricadas parisinas de 1945.

Esta es, con pocas palabras, la moral de los existencialistas; desde luego, formal, ya que el bien es la voluntad del hombre, cualquiera que ésta sea, la que conduce a prescripciones bastante concretas. Esta trayectoria moral no deja de recordar la de Montaigne, quien, partiendo de un escepticismo alcanzó hasta una especie de dogmatismo. Y como Montaigne, los existencialistas franceses (separándose de sus predecesores alemanes), llegan al optimismo, puesto que Sartre recomienda siempre escoger la vida.

Erguida contra la hipocresía, exaltando la libertad y el dominio de sí corneliano y exigiendo el servicio social, esta moral existencialista es francamente la que reclama la sociedad francesa, tal como se halla hoy, cualquiera que sea su base filosófica.

En torno a la novela Europea de este siglo

Ivy Valazzi

Para hablar de cualquier manifestación artística de nuestra época aun que pudiera parecer a primera vista empresa más fácil que la de aventurarse entre obras de otros tiempos, nos encontramos, en realidad, ante graves dificultades.

En primer lugar, se presenta al contemporáneo una dificultad que no es nueva y es la de ver la viga en el propio ojo, o sea, la de elevarse lo suficiente sobre los problemas de su época como para verlos en su proporción natural.

Al problema anterior se une otro que es característico de este siglo en que se ha verificado un cambio tan fundamental en la concepción que el hombre tiene de sí mismo y del mundo. Por influencia especialmente de la ciencia, se han derrumbado los principios establecidos y no han sido reemplazados por otros lo suficientemente satisfactorios. Dice el dramaturgo O'Neill: "Ha muerto el Dios antiguo y la ciencia y el materialismo no han podido hallar uno nuevo".

Existe una desorientación general de la que no se libran el artista ni el crítico.

Ha cambiado la posición del artista en la sociedad y su influencia en ella. En épocas pasadas se encontraba en una sociedad con ideales más definidos de los cuales podía o no participar, mientras que ahora tiene que buscar un punto de apoyo entre el enjambre de doctrinas a su alrededor. Por todas partes le sale al encuentro la vacilación y la duda, hasta que llega muchas veces a dudar del valor de su propio arte y del arte en general y aún acaba por creer que éste no es más que la compensación que halla el artista por su vida frustrada.

Hoy, por otra parte, se pide al artista más que nunca, se le pide que dé una solución a los problemas del momento, que construya sobre lo que la ciencia ha destruido sin volver a construir.

Debido a la complejidad de la vida, el artista se halla ante un auditorio heterogéneo como no lo había sido nunca antes. De ahí que muchas veces se limite a dirigirse a una "élite" lo que atrae sobre él la voz de la crítica que lo incluye entre los artistas que sólo se hablan a sí mismos.

Y este problema de la expresión no es más que un reflejo del problema más profundo de los valores, ya que el lenguaje corresponde a determinados significados y no pueden los hombres comprenderse cuando no están de acuerdo sobre el significado de las palabras que usan.

Por estas razones es hoy más difícil que nunca para el crítico señalar los puntos a donde se dirige la pintura, la poesía, la novela, ya que la sociedad que muestra cada día más diferentes tendencias, encuentra como siempre su reflejo en el arte y en éste como en aquélla, se multiplican las co-

rrientes: ha dejado pues de existir la línea central que permitía caracterizar los movimientos artísticos del pasado.

Pero los males de nuestra época no son sin duda fatales, como no son tampoco insalvables las dificultades para el crítico. La obra de la mayoría de los grandes artistas, fecunda y surcada de esperanzas, es una gran ayuda para apartarnos del pesimismo. "Los problemas de esta época, dice Herbert J. Müller, son más penosos que fatales y han sido agravados por una fiebre de desilusión surgida de la guerra, enfermedad ya conocida en la historia del mundo. La historia ofrece seguramente una garantía para considerar a este período como uno de transición y no como un preludio de males irremediables, a lo más se le puede comparar a un purgatorio, nunca a un infierno".

A pesar de la gran variedad de tendencias que a primera vista parecen oponerse unas a otras, podemos anotar algunas características comunes a las grandes novelas de este siglo.

La más notable de ellas derivada en gran parte de la ciencia, es el realismo, entendido en forma amplia y no a la manera del realismo y naturalismo de fines del siglo pasado. Entendemos que hay realismo en una obra cuando las cosas suceden dentro del margen de lo posible, cuando se da la impresión de verdad. Hallamos pues entre los grandes novelistas diferentes formas de realismo que caben en esta designación, por ejemplo, el impresionismo de Proust, el de Virginia Woolf y el de Lawrence, si bien éste se acerca a lo místico, el humanismo de Thomas Mann, el unanímismo de Jules Romains. Más difícil de calificar en esta forma es la obra "Ulises" de James Joyce que se considera como novela expresionista y que en algunos capítulos emplea el método de composición abstracta al estilo de Picasso. Sin embargo, su punto de partida es realista: no pueden serlo más las descripciones del Dublín que el autor tan bien conoce.

Otra característica, también derivada del espíritu realista y científico, es el interés psicológico. En literatura como en pintura se ha descubierto el subconsciente y ha aparecido un afán de analizar las causas de la conducta, consecuencia de la desintegración de la sociedad. Los personajes se han convertido en seres complejos (Stephen Dedalus, Albertine Simonet, por ejemplo).

Por otra parte, ha ejercido gran influencia en el impresionismo la psicología de las estructuras, que interpreta a la conciencia como un flujo que sólo puede ser aprehendido por medio de la intuición.

Al examinar el tema de las grandes novelas podemos notar generalmente en ellas la preocupación por algún problema esencial de nuestra época. Si consideramos la obra capital de algunos de los más grandes novelistas europeos modernos — entendiendo por tales los que han publicado sus obras en el curso de este siglo — veremos confirmada esta afirmación.

Observaremos las siguientes obras: "La Montaña Mágica" de Thomas Mann, "Arco Iris" de Lawrence, "Ulises" de Joyce, "En busca del Tiempo Perdido" de Proust y "Los Hombres de Buena Voluntad" de Jules Romains. Los autores de estas obras que han sido publicadas entre 1920 y 1940 excepto la última aún inconclusa, tienen una trayectoria literaria bastante extensa. Omitimos a autores también grandes por no estar, a nuestro juicio, a la altura de los otros (Aldous Huxley, Virginia Woolf, Roger Mar-

tin du Gard, André Gide, Jakob Wassermann). 1) De éstos Aldous Huxley, más pensador que novelista, plantea muy bien el problema del hombre moderno que, desilusionado en un mundo dominado por la ciencia, necesita una fe para vivir. En la mayoría de estos escritores podríamos notar las características que hemos establecido en forma general para la novela moderna, con predominio de una u otra según el autor. Así el realismo, la psicología y la preocupación por los problemas del momento son muy visibles especialmente en la obra de Huxley, Martin du Gard, Jakob Wassermann.

También hemos omitido a algunos novelistas de reciente aparición y cuya importancia puede llegar a ser grande como los existencialistas y otros cuyo punto de partida se aleja del realismo, como Franz Kafka. En cuanto a los norteamericanos, su estudio, aunque fuera breve, excedería en mucho la extensión de este artículo.

Después de leer los libros anteriormente citados hay algo que salta inmediatamente a la vista y es que cada uno de ellos es una gran obra y que la fama de sus autores perdurará por mucho tiempo.

“La Montaña Mágica”, posiblemente la mejor de todas como profundidad de sentido, encierra en sí el símbolo de la sociedad europea anterior a la guerra del catorce, una sociedad enferma destinada a morir. La Montaña representa a Europa y en ella viven enfermos de diversos países y profesiones, con excepción de campesinos y obreros, lo que hace pensar que el autor cifra en ellos sus esperanzas para el futuro. El personaje principal, Hans Castorp, por una parte representa al europeo término medio con sus cualidades y defectos y, por otra parte, es el típico burgués alemán a quien el autor somete a la doble influencia del instinto de una mujer rusa y del racionalismo y la retórica de un filósofo italiano, con el fin de realizar en él la síntesis de las características de estos países diferentes.

“La Montaña Mágica” no es, como se ha insinuado, una obra destrutiva. La pregunta en que termina: “De esta fiesta de la muerte, de esta mala fiebre que incendia en torno tuyo el cielo de esta noche lluviosa, ¿se elevará el amor algún dia?”, recibe su respuesta en la tetralogía “José y sus Hermanos”, obra hermosa y de profundo significado como “La Montaña Mágica”. El autor preconiza un humanismo integral e incita al hombre a tener confianza en sí mismo.

“Arco Iris”, la obra capital de Lawrence, es donde se encuentra más claramente expresado el mensaje de toda su obra literaria. Aspira a un mundo nuevo en que el hombre viva en un estado más natural, apartándose de los convencionalismos de la actual sociedad. Todo ha de ser más natural comenzando por las relaciones entre hombre y mujer, para las cuales quiere encontrar el lazo que une espíritu y materia. Es el problema que se repite

1) NOTA. Utilizamos un criterio de valoración — que es un trabajo más extenso podremos explicar en forma más detallada, — que se aleja de lo exclusivamente estético y está basado en un concepto humanista bastante amplio. Consideramos de mayor valor la obra que penetra más profundamente en lo permanente del hombre, en los anhelos, las preocupaciones que son más propias de su naturaleza, lo esencialmente humano podríamos decir, más allá de las características superficiales.

a través de las tres generaciones de la familia Brangwen y que se presenta especialmente en los conflictos de las tres mujeres. Asistimos a los cambios y la evolución de una generación a otra y la esperanza se levanta con el arco iris que ve Ursula al final del libro, después de su enfermedad, el que no vió su madre: "Y el arco iris se levantaba desde la tierra... Sabía Ursula que los seres sordidos se despajarían de la materia de desintegración que los envolvía y que saldrían de allí cuerpos nuevos para constituir una nueva germinación. En el arco iris veía el símbolo de una arquitectura nueva sobre la tierra, pues la corrupción antigua e incurable de las casas y de las fábricas sería barrida y el mundo reconstruido en una materia viviente de verdad que armonizara con la bóveda celeste".

De las obras citadas, aquella en que es más visible el idealismo del autor, y su anhelo por un mundo diferente cuyas bases propone con las características de una fe religiosa, es precisamente ésta, "Arco Iris".

En la obra a la cual Proust dedicó su vida, "En busca del tiempo perdido", podemos notar, como en las anteriores, el descontento del autor ante la sociedad que lo rodea. Este descontento se manifiesta en el ansia de adentrarse más en sí mismo y extraer el significado esencial de las impresiones para así desentrañar la verdadera naturaleza de las cosas. La auténtica realidad no se halla pues fuera de uno mismo por la acción y la observación, sino penetrando lo más posible en su interior por medio de la meditación constante.

En el momento en que una impresión permite a la memoria recordar otra, se funden pasado y presente y se pierde la esclavitud del tiempo que encadena la personalidad y hace de la vida una rutina. "En momentos así, dice Proust, se tiene la sensación de libertad y de eternidad". Cuando experimentamos una sensación que ya hemos conocido en el pasado, dice, recibimos simultáneamente la impresión del presente y del pasado e "inmediatamente la esencia permanente de las cosas generalmente oculta, queda libre y nuestro verdadero yo que por mucho tiempo ha estado adormecido, adquiere una nueva vida y recibe este alimento celestial. Un solo minuto librado del orden cronológico del tiempo ha vuelto a crear en nosotros al ser humano que también ha quedado libre para poder vivir ese minuto".

En "Ulises", la obra de Joyce, es más difícil hallar la relación con la época presente y sus problemas. Su propósito esencial es más bien de carácter técnico y se puede observar en la preocupación constante por la forma y la simetría lógica del libro. Quiere lograr con su método del monólogo interior la mayor impersonalización posible en una obra literaria. Además, con la minuciosidad y la gran variedad de técnicas y símbolos que emplea en los diversos capítulos, se ha dicho que quiere presentar en una síntesis toda la experiencia humana y en realidad, no parece ser otra su intención cuando observamos que cada capítulo representa un órgano determinado del cuerpo humano, tiene una técnica especial y presenta alguna relación con una persona o episodio de "La Odisea" y aun a veces con un color, evocando en esta forma los símbolos de la liturgia católica. Su finalidad sería pues, sintetizar todo el pasado y el presente y en ocasiones también el futuro de la humanidad, en un día corriente de la vida de un poeta y un agente de avisos. No es necesario agregar que tal empresa no tiene precedentes en la historia de la literatura.

Sin duda que "Ulises" evidencia grandes condiciones del autor en materia de observación, erudición, aptitud para la sátira, poder de expresión, imaginación, etc., pero la obra en conjunto, en cuanto a su sentido humano, no está de ningún modo a la altura de las anteriores, es demasiado visible en ella la construcción, la preocupación formal, no se siente la vida fuera de algunos pasajes. En suma, su mérito y su fama y la causa de que la hayamos incluido aquí, se debe al aspecto técnico que ha influenciado a muchos escritores notables como Virginia Woolf, John Dos Passos, etc.

Y nos queda por hablar de "Los Hombres de Buena Voluntad" de Jules Romains. Es la obra que pretende ser diferente a todas las novelas que la han precedido y que lo es en varios aspectos. El autor, de acuerdo con sus ideas, inició en Francia el movimiento que se llamó Unanimismo, cuyos principios expone en la introducción de la obra que nos ocupa. Su finalidad es acercarse lo más posible a la realidad, interpretar en la forma más exacta que pueda la sociedad europea desde antes de la primera guerra mundial hasta nuestros días. Toma para esto como centro a París, lo cual es muy acertado, pues la civilización moderna es urbana, basada en la fábrica, en el mercado, en el ferrocarril, en la calle. Su ritmo no es ya el de las brisas, o el de los arroyos, o el del crujir de las hojas en la rutina de los pueblos, como era la vida del pasado. Pero los grandes edificios, los automóviles, la tempestad de luces y de público no son más que el exterior de la ciudad. Más adentro están el pensamiento y la emoción que son su alma y es allí donde el autor quiere penetrar.

En la obra, como lo requiere su propósito, no ha de haber uno ni dos personajes centrales sino que el protagonista ha de ser la sociedad misma. Analiza, pues, en los veinticuatro tomos que lleva publicados (en total serán veintiocho) diferentes personas y grupos sociales: artistas, políticos, hombres de negocios, sacerdotes, etc. A diferencia de las primeras obras que hemos citado, el autor se coloca de lleno en el centro de la sociedad moderna y quiere extraer de ella "de ese pulular no orientado, de esos esfuerzos zigzagueantes" el ideal que a primera vista parece no existir. Quiere encontrar a los hombres de buena voluntad para que "un día u otro puedan ser reunidos otra vez por una buena nueva y encuentren algún medio seguro para reconocerse, a fin de que este mundo del cual ellos son el mérito y la sal, no perezca".

Quiere, finalmente, escribir una obra de interés universal" hablar para todo el mundo y ser entendido por la mayor cantidad posible de público". De ahí que emplee un estilo sencillo al alcance de todos.

Por nuestra parte, creemos que aumentarán en los años próximos las novelas similares a ésta, o sea, las que tienen como centro a la sociedad y toman al individuo como símbolo de un grupo social, lo cual es explicable en la sociedad moderna en que el destino del individuo depende tan estrechamente del de la sociedad en que vive. No es extraño, pues, que el artista se preocupe de las fuerzas que en forma tan manifiesta condicionan su experiencia.

Al terminar esta breve incursión por los dominios de la novela, ahora que nos acercamos a la mitad del siglo, nos parece que podemos con confianza hacer frente a los que caracterizan a esta época como estéril en matrura no sea menos rica en obras que desafíen al tiempo. nifestaciones literarias de valor y esperar que la segunda mitad de la cen-

Poesía Erótico-Panteista de Pablo Neruda

Mario Osses

Extracto de la charla que se dictó en el Instituto Pedagógico, en Junio de 1946, auspiciada por el Centro de Castellano.

(EXTRACTO)

A un poeta debería estudiársele siempre desde el punto de vista del minuto en que vive, en conexión estricta con su medio, con el ambiente que lo limita, que rige su existencia. Y desde la obra de un poeta básico debe poderse llegar al ámbito de cultura de la época en que anida su voz. Por ejemplo la poesía de Fray Luis de León, junto con reflejar el ambiente físico de Castilla contiene todas las aspiraciones platónico-cristianas del siglo XVI. Este no es el único ejemplo que puede citarse en la historia de la poesía desde Homero hasta nuestro contemporáneo Pablo Neruda. Penetrar en la mente y el corazón de éste último no es tarea fácil, pues se sabe que el terreno que no se ve es en el que se pisa, que a toda contemplación conviene la perspectiva de la distancia.

La tarea de un poeta se hace cada día difícil en grado sumo, porque la creación exige que se mire la realidad como si nadie la hubiera visto antes. El poeta tiene la commovedora castidad mental del niño, la capacidad de asombro del niño, el pavor cósmico del niño y también como el niño se siente el centro del Universo. Está convencido que el mundo ha sido creado para regalo de su imaginación.

Pero no sólo es un niño sino que es también su contradicción y el poeta de mayor calidad lírica es el que tiene infancia más madura. El poeta es un niño-hombre, su ingenuidad es el brote de su sabiduría. La infancia suprema es la suprema madurez.

Cada día los poetas actuales tienen mayores dificultades para la infantilización poética. Pero no es necesario que el poeta estudie sistemáticamente lo que su época produce. El poeta ventea y aspira el aliento de una época, aflora en las sociedades como los cráteres que le nacen a la tierra para poner de manifiesto el subyacente fervor. En el alma de un poeta pesa no sólo hasta aquello que no pudo aprender, sino también lo que tal vez ni pudo sospechar. Un poeta no tiene ni siquiera la culpa de serlo.

Ocurre con Pablo Neruda. Es el intérprete del inconsciente colectivo de una época, sin proponérselo. Está como Cervantes entre una época que declina y otra que nace y es amo de ambas. Hasta RESIDENCIA EN LA TIERRA su obra resume las características de las escuelas romántica y simbolista que le precedieron y las lleva a su más cumplida expresión. Desde Residencia hasta hoy su poesía es de naturaleza *sui-generis* y el poeta

se ha convertido en maestro. En su poesía respira con absoluta autenticidad la atmósfera actual.

Son de la 1.a etapa: CREPUSCULARIO, EL HONDERO ENTUSIASTA, 20 POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN DESESPERADA, TENTATIVA DEL HOMBRE INFINITO, ANILLOS Y EL HABITANTE Y SU ESPERANZA.

Todos estos libros tienen el sello de la frontera y en especial de Temuco. Y en sus títulos se descubre su común filiación abstracto-romántica.

"CREPUSCULARIO" señala una gran puesta de sol: la del Romantismo, y como en el ocaso combaten la luz y la sombra, es éste un libro de claroscuro, un libro de aérea sensualidad, de melancólica y clara filosofía, donde la transparencia del amor se arrebata a veces con una virtuosa brasa de cinismo.

El amor en "CREPUSCULARIO" es más bien un presentimiento, una inexperience que suscita un lenguaje simple que traduce la ternura y magnanimitad adolescentes. Por ejemplo, el poema "Pelleas y Melisanda" y aún más el denominado "Grita" que significa la pura trasluminación erótica de un adolescente de ingenua y asombrada sabiduría.

En "FAREWELL" el adolescente quiere alejarse para conocer, en Morena, la Besadora", el adolescente presume de sensual y el adolescente es un Quijote que campea por el galardón de las mujeres de vida airada, en el poema "Oración".

Farewell junto con el "Poema 20" son las producciones más célebres de Neruda. El que escribió "Farewell", o no estaba enamorado o estaba desamorado ya. Hay en él un evidente Don Juan de cuño novísimo que al declararse incapaz de persistente amor de mujer y consentir que ésta sea amada por otro, románticamente desprestigia por exceso de romanticismo el amor también romántico. "Farewell" es la despedida del Romanticismo y siendo un gran poema erótico contiene elementos de juicio y actitud tan asexuada y liviana que disonaría estridentemente si por acaso se le incluyera en los Veinte Poemas de Amor. ¿Hay en el fondo de este poema la confesión de una incapacidad erótica?

Evocar "ANILLOS" Y "EL HABITANTE Y SU ESPERANZA" es evocar ebrias páginas de panteísmo en que la pluma del poeta parece humedecerse en una hoja de Otoño llena de melancolía, de nostalgia, de matices indefinibles.

El despegó erótico de "Farewell" es en el fondo una afirmación panteísta que va a llegar a la cima de la estridencia en el "HONDERO ENTUSIASTA", libro de expresión eruptiva donde se ensaya el Infinito. Aquí aparece un poema de extraordinaria vegetal sensualidad: "Amiga, no te mueras". Difícilmente se podría encontrar en la producción del primer período otro que nos tradujera con mayor exactitud el poder que ejercen sobre el adolescente, el color local, la galanura del medio, la floración de la tierra. De la tierra que es la verdadera hembra que le embelesa los sentidos alertas, insobornables y traslúcidos.

Embarcado en este poema se está ya a breve distancia de una costa célebre: son los "VEINTE POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN DESESPERADA". El asunto ha sido tratado por millares de poetas, se han abreviado tantos labios en la fuente del corazón, que raya en lo ilusorio el

empeño de restituirlo a su natural castidad. Los poetas, pues, han tratado mucho el amor, pero por lo común lo han reducido a lo que no es, porque el amor no existe en los objetos, sino que éstos existen en el amor.

Podrá decirse y con mucha razón que la única ley que impera en los predios eróticos es la de que no existe ninguna. Existen demasiadas formas de amor. Pero bajo esta pluralidad hay una esencia: la temperatura o clima erótico. En este clima de atmósfera viva brotan los "VEINTE POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN DESESPERADA".

No existe libro alguno bajo la misma inspiración que posea fuerza tan arrolladora, tan tumultuosa, tan opaca y tan melancólicamente insistente.

En rigor, parece que el poeta no tiene nada que contarnos. Su lenguaje es de franciscana pobreza, el verso alejandrino y monótono predomina en la mayor parte de las composiciones, los poemas se caracterizan por la irregularidad métrica. La rima es por lo común asonante y no constituye preocupación esencial. Prescinde de ella, a veces en absoluto. O bien es azarosa. O alterna y uniforme desde el comienzo al término, con lo cual adquiere el poema un extraño poder de sugestiva insistencia, como el que en la soledad adquieran las campanas crepuscularias, el derrumbe de las hojas en otoño o el corazón en la espera tenaz.

Toda la poesía deja la impresión de algo que quiere ser, quiere expresarse, pero que es inefable, escurridizo, proteico. La de Neruda es en esta obra voz con sordina, voz para el oído de la mujer amada, absoluta voz para su ámbito sentimental.

El poema veinte se considera como la cifra y culminación de los anteriores. Dice en él: "es tan corto el amor y es tan largo el olvido". Aunque la verdad es precisamente lo contrario. Neruda padece la ilusión ontológica como corresponde al enamorado. El amor acompaña a la vida toda. El olvido es la intermitencia fugaz. Debe decirse: "Es tan largo el amor y es tan corto el olvido".

"La Canción Desesperada", canta el fracaso de la sensualidad como fin. Es la experiencia que rotura hondo la tierra del alma para sembrar semillas de altos valores.

El conocimiento de sí mismo fructifica sólo en clima erótico. Debajo de las cenizas del amor sensual, se halla la desesperación y el hastío.

Perdido el amor de la amada, se transforma en buceo dentro de sí propio, en angustioso esfuerzo por encontrar una raíz de donde emerja el sentido de la vida. Esa raíz es la que crece con la savia del altruismo y el poeta comprende que el amor de mujer es un camino de trascendencia, es una flecha que debe dispararse en una obra masculina: la del conocimiento metafísico. Y sucede la poesía metafísica y la poesía social.

En rigor la poesía más espiritualizada es la llamada poesía material o impura, denominada más francamente metafísica y social.

La etapa anterior a "RESIDENCIA EN LA TIERRA", puede, pues, llamarse erótico-panteísta, a pesar de existir en "CREPUSCULARIO" poesía de intención social y metafísica. Ejemplo de esto podrían ser poemas como: "Oración", "Barrio sin Luz", "Un hombre anda bajo la Luna", "Mariposa de Otoño", "Agua dormida", pero son sólo embriones.

Al hablar de erótico-panteísta se expresa el dominio de ambas determinaciones. Lo que interesa al poeta es en primer término, la mujer, pero su-

fre el determinismo físico de la frontera, que lo subyuga, que lo entusiasma, que lo endiosa, quemándolo en el brote de sus designios adolescentes.

Todo lo anterior no permite tener la pretensión remotísima de considerar que se ha explicado la poesía de Pablo Neruda. El arte no puede explicarse, el que lo consiga sería capaz de matarlo. La poesía de cepa no se explica; se siente, ni el valor estético se demuestra: se muestra.

Y este valor debe ser atacado por los que no lo tienen. Todo valor sufre el relativismo histórico de la incomprendición de la mayor parte de los que creen vivir en su época.

La poesía española consta de dos elementos característicos: ingenio y realismo. Neruda carece de ingenio, precisamente porque le sobra genio creador. Su poesía es alta, profunda y opaca, en oposición a la romántica: superficial y coruscante.

¿Y qué decir del cuño simbolista en la primera etapa de la poesía Nerudiana? Una muestra clara es el poema "Mariposa de Otoño". Neruda es de Temuco, pueblo como una aventura, por eso tiene la fuerza propicia que lo empuja de la montaña al mar. La melancolía europea romántico-simbolista se le transformará en los surcos ingenuos del alma americana, en fruto cada vez más capítoso de salvajismo sabio. Su voz tomará el tono elemental de nuestra tierra.

Pablo Neruda no es el poeta de impresiones ni de estridencias, sino de la intuición profunda. Es el poeta de la vida agónica, vida total, vida de angustia y de desesperación de la vida. Y es tan poeta romántico-simbolista como Cervantes autor de libros de caballería.



Nueva poesía Española

Luis Nicolini

...Alejadme ese tristísimo pedagogo, más o menos ilustre,
ese ridículo y enlevitado señor,
subido sobre una tarima en la mañana de primavera,
con los dedos manchados de la más bella tiza,
ese monstruo, ese jayán pardo,
vesánico estrujador de cerebros juveniles,
dedicado a atornillar purulentos fonemas
en las augustas frentes imperforables,
de adolescentes poetas, posados ante él, como estorninos en
los alambres del telégrafo,
y en las mejillas en flor
de dulces muchachitas con fragancia de narciso,
como nubes rosadas
que leyeron a Pérez y Pérez.

Sí, son fantasmas. Fantasmas: polvo y aire.
No conozco a ese niño, ni a ese joven chacal, ni a ese triste
No los conozco. No sé quienes son.
pedagogo amarillento.

Y, ahora,
a los 45 años,
cuando este cuerpo ya me empieza a pesar
como un saco de hierba seca,
he aquí que de pronto
me he levantado del montón de las putrefacciones,
porque la mano de mi Dios me tocó,
porque me ha dicho que cantara:
por eso canto.

Como lo dice en esta terrible y franca confesión poética, Dámaso Alonso, rompe con toda su vida de erudición y quiere, sobre todas las cosas, su canto poético, "Hijos de la ira", que lo ha llevado a las primeras filas de la poesía española.

Y como él han cantado muchos jóvenes que se ven animados por tan alto ejemplo que se hermanan con el de Vicente Aleixandre, dueño de una maravillosa poesía: "Sombra del Paraíso".

José Luis Cano, joven poeta, los ha reunido en una selecta y hermosa colección poética, quizás la más importante de España: ADONÁIS. Tomos pequeños, bien editados, mensualmente nos traen una nueva voz de España, de otro joven que se ha sentido trastornado por la belleza. Y, José Luis Cano es un ser arrebatado a otro mundo, poblador instantáneo de un mágico país, como él mismo se define, antes que el editor o profesor universitario. A él le debemos esta colección poética de la España eterna y siempre joven.

Salmos sombríos, salmos puros forman la obra lírica de Carlos Bousoño. Hemos escogido el poema final de su Subida al Amor, libre lleno de angustiado misticismo, ansioso de alcanzar la gracia, la verdad y la alegría, la luz del amor fundido en la luz de Dios.

De Joaquín Romero Murube, sabemos que es el Conservador de los jardines del Alcázar de Sevilla, y a esta ciudad poética, ha dedicado todo su amor, toda su obra. Lo dicen sus obras anteriores a la Kasida del Olvido: Sevilla en los labios y Canción del amante andaluz.

Nos ha sido difícil presentar una muestra ínfima de la obra, lograda en muchos aspectos, de José Suárez Carreño. En Edad de hombre, nos presenta el dolor y el amor que tienen herida su carne mortal, angustiada en una vida que es una estrella helada.

Los Sonetos apasionados de Vicente Gaos, vienen presentados por Dámaso Alonso, para una lectura pública de ellos. Confesamos nuestra simpatía hacia este ingenuo y entusiasta poeta. Estamos seguros de que su vida—, Dios, un amor total, darán a su obra un sello de hermosura eterna.

A continuación, presentamos los primeros frutos poéticos de estos jóvenes españoles.

Voz de la muerte

He visto en semblantes de ayer
dibujada la melancolía
de no saber si en el viento serán
pálidos espejos sin vida.

He visto cómo el ala de un sueño
pesa en un hombre tristemente
al contemplar en su propia mano
la línea rosa de mi suerte.

He visto cómo palidece
el aire cuando beso un cuerpo
que acaso esperaba con ansia
mi helada caricia sin deseo.

La axila de una adolescente
que dulcemente respira
la humedad acariciadora
de mi presencia fugitiva.

Los bellos ojos de la cobra
que miran indolentemente
ese cuerpo que el tigre devora
en medio de la selva ardiente.

La saliva que se arrastra con odio
por ese labio sin destino,
como un río que busca sin prisa
el ávido mar infinito.

He visto mi propia sonrisa
en los labios de una muchacha muerta,
Allí espero que el aire olvide
el triste beso del poeta.

De VOZ DE LA MUERTE
José Luis Cano



La luz de Dios

Dios está entre los aires vivo y puro,
pero durante el día
su presencia de luz se desvanece
ante la claridad que dulce gira.

Cuando llega el crepúsculo,
lenta aparece en la vibrante cima
de los aires su forma en resplandores,
su presencia purísima.

Hace falta la noche para verte
entero, oh Dios. Entre la noche viva
quiero tenerte, ver tus ojos puros
que lucientes me miran.

Mucha noche hace falta en las estrellas,
pero más en el alma se precisa.
Mucha noche hace falta
que caiga grave en su honda mina.

Tu aparición entonces sobre el cielo
del alma en vasta noche oscurecida,
allá en el más profundo firmamento,
luce bondamente y sin medida.

Tu luz desciende clara,
trémula, pura: el aire se ilumina.
Toda mi alma en el amor se empapa,
y tiembla y brilla.

Oh alma traspasada,
bebés luz que desciende, luz divina,
y te levantas sosegadamente
y oreas a Dios como una brisa.

Dios en la brisa. Puros cielos limpios.
No existe el mundo. Espacio sólo brilla.
El alma llega ,toca, pasa gime
de amor y se retira.

Dios hecho luz cubre los cielos.
Tú ya no existes, alma mía.
Sólo el espacio iluminado.
Sólo la luz se extiende limpida.

De SUBIDA AL AMOR
Carlos Bousoño.

Como el mar

Desnudo el corazón, desnudo llego
a tu soñar de Luna iluminada.
Y siento entre tu carne delicada
secreto un aletear dulce de fuego.

Como morir, amor, es este ciego
y oscuro frenesí de sombra helada;
este latir de flor arrebatada,
esta sangre sin voz con que me entrego.

Es sentir como existe tu hermosura,
como un cuerpo desnudo en primavera,
cómo amar es perderse enajenado.

Sin límites, feliz, como en locura,
mi vida como el mar se extiende entera
en un largo latido enamorado.

De EDAD DE HOMBRE
José Suárez Carreño

Kasida de la muerte

Sevilla, cuando yo muera
no quiero ser tierra tuya.
Aire fino de tus barrios.
Soledad de tus clausuras.
Vuelo y canto de campanas
que suben a Dios su música.
Luz de la tarde dormida.
Jazmín de novia. Ternura
de madre joven, contenta.
Caridad dulce y oculta
que besa llagas y heridas
y no pregoná sus luchas.
Casta de tu señorío.
Claridades sin penumbras.
Aroma, canto, saeta,
júbilo, oración profunda,
sabiduría sin norma.
sencillez que nada oculta.
Sevilla, cuando yo muera
quiero ser tu gracia pura.

De KASIDA DEL OLVIDO
Joaquín Romero Murube.

"LA CIUDAD DETENIDA EN EL TIEMPO" de Claudio Solar y la actual generación literaria del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile

LUIS DROGUETT ALFARO

No podríamos desentenderos de la actual generación del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile al glosar el primer libro con el cual, Claudio Solar, estudiante de estas aulas, poeta venido del Sur, inicia su camino por la desconcertante vía del arte. Esta Escuela Universitaria, que ha sido el baúl sin mancha ni claudicaciones de muchas generaciones de intelectuales, escritores, poetas, etc. de Chile; esta escuela que vió surgir al Teatro Experimental en el tabladillo de la Sala de Conferencias, ahora y siempre mantiene abierto el vocablo y la lucha en la transmutación del hombre en heroico receptáculo del Universo.

En la actualidad, el Instituto Pedagógico, además de contar con un constante fervor auténticamente universitario, tiene el calor siempre dispuesto a la realización de las empresas culturales y artísticas de verdadero valor. Se ha creado recientemente un Centro de Estudios Literarios que, sin duda, dará los frutos que sus fundadores esperamos. En él actuarán las actuales generaciones, u otros que mantienen erguido el fervor universitario y cultural junto a esta escuela.

Los nombres de Jorge Jobet, de Julio Molina, que publicara en 1944 su libro "Primavera del Soldado", el poeta y joven autor de teatro Zlatko Brncic, Fernando Cuadra, y otros con los que estamos encaminando un movimiento de Teatro con el fin de poner en el escenario del Instituto Pedagógico nuestras propias obras; Germán Sepúlveda, ensayista; Washington Silva, Alfonso Zelada, etc. y tantos otros que mantienen su actitud de espera tras un trabajo artístico ignorado, pero sí, entusiasta, constituyen nombres de la Generación del Instituto Pedagógico. Agréguese a esto el apoyo de los profesores, del actual Director, el escritor chileno Mariano Latorre y su decidido aporte, de los profesores Ricardo A. Latcham, Antonio Doddis y Uribe Echeverría, que estimulan la labor de todos nosotros.

En un clima propicio, pues, ha publicado Claudio Solar su elegía, "La Ciudad Detenida en el Tiempo". Valga, ahora, escribir la historia de esta elegía. Claudio Solar, nuestro compañero y amigo, llegó a Santiago en 1945. Vino del Sur, de las aulas universitarias de Concepción que comienzan a descascararse en un ambiente de negación y charlatanería. Mario Osse, el ensayista que ha superado este mal, nos ha contado este otro terremoto profundo, que no agita, sino la gran estupidez de un sector penquista. Bien, Claudio Solar también se salvó de esta conmoción de estulticia. Pero su salvación tiene doble significado.

Ya en 1939, el poeta con la piel desollada casi sucumbió en el terremoto de ese año. Despues vino a Santiago a continuar sus estudios en la asignatura de Castellano del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En 1945, en el curso de Literatura Chilena (Epoca Colonial) tuvo que realizar un trabajo de Seminario sobre los movimientos Sísmicos en la Literatura Chilena. "El Temblor de Lima", de Pedro de Oña y el contacto con toda esa literatura comenzaron a hacerle experimentar un nuevo desgarrón en las entrañas líricas. Con la evocación vivida de su ciudad natal que empe-

zara a elevarse sobre sus raíces dolorosas, nació la elegía a esa ciudad anónima de las Provincias del Sur de Chile, que ahora viene a darnos Claudio Solar.

"La Ciudad Detenida en el Tiempo" nos viene a desvelar la pupila con ese metaforismo no entibiado en "meros vasos de ensayo", sino que a comunicarnos la experiencia verdadera del artista sobre cogido ante el mundo caído y subterráneo de lo inerte. No podemos negar en los jóvenes ninguna influencia, menos si ella viene de la cordillera nerudiana. Claudio Solar ha recibido en su mar este gran impulso vital del poeta de lo trágico de las cosas y de la sangre. Pero esta influencia no ha sido a regañadientes, sino augurante y espléndida con plena conciencia de sus caballos desbocados y con la rienda pronta a evitar caídas en el precipicio obscurantista y rebuscado.

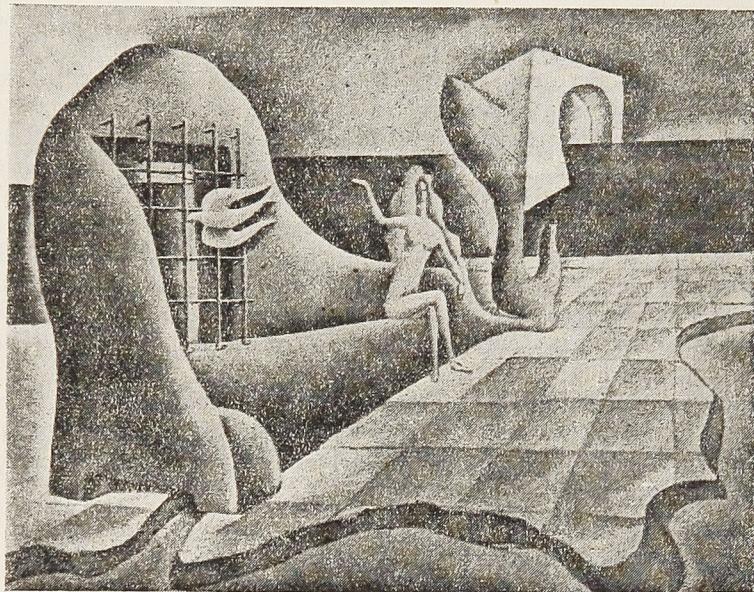
Sabemos que ésta su primera obra impresa junto a los momentos de la actual juventud chilena que levanta su voz para conmover la tierra misma de la nacionalidad, será un llamado también para todos los jóvenes escépticos que esperan la bienaventuranza, manteniéndose en su torrecilla de marfil, cuando, abajo en el mundo, la juventud anega los caducos formalismos.

Para los escritores inéditos de la generación, el libro de Claudio Solar ha de significar un nuevo impulso hacia la superación de nuestro medio literario.

La "Ciudad Detenida en el Tiempo", ahora, justamente con la publicación de esta obra, empieza a elevar sus cimientos, sus manos, sus piedras, el andamio que refortalezca la convivencia del hombre social y la cultura. La Ciudad inicia su caminata de nuevo.



2. Arte



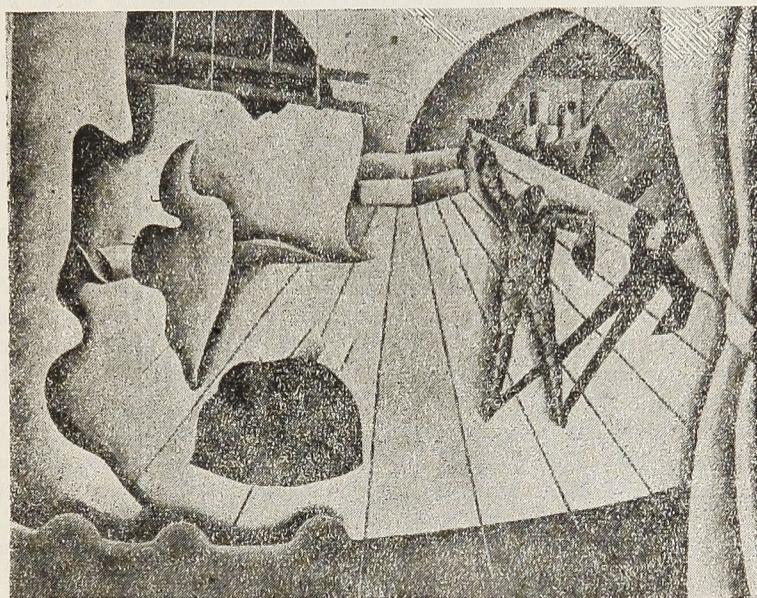
Vigilia del Silencio

La poesía plástica de Edmundo Campos

Washington Silva Tapia

Al examinar la pintura poética última del chileno Edmundo Campos puede decirse con Rilke: "No todas las cosas son tan asibles y expresables como generalmente se quisiera hacernos creer. Frente a cuadros como "Vigilia del Silencio" y "Vacio Animado", por ejemplo, uno se siente desconcertado al principio y luego poderosamente conmovido. En "Vigilia del Silencio" la poesía hecha mujer nos invita a evadirnos hacia lo inconmensurable, hacia el silencio oceánico, hacia la región infinita donde se conjugan mar y cielo, realidad y fantasía en un nuevo y extraño universo. Pero nuestra "fuga de plumas" — como diría Góngora —, debe atravesar antes el corazón de los objetos, la reja imantada de la lógica, y lo que parecía una empreza acabada se convierte en un intento frustrado y conmovedor. Nuevo Moisés a veces, el poeta tiene que conformarse con divisar a la distancia la Tierra Prometida.

Según confesión propia, Campos ha evolucionado gradualmente desde una etapa primeriza de impresionista hasta llegar, pasando por la expresionista, realizada en su mayor parte en Europa, a una concepción artística individual. Esto hay que recalcarlo debido a que no faltan nunca espíritus obtusos, empecinados en buscar en la obra de un auténtico creador sólo influencias y resonancias ajenas. Hay mucho Edmundo Campos en esta pin-



Vacío Animado

tura para ver en ella una mera derivación de la modalidad surrealista o expresionista. Ciento que tal o cual elemento del cuadro induce al observador superficial a considerar en primer término estas analogías, pero un examen más profundo nos permite sintonizar la nota personal.

En la mayoría de los cuadros predomina la tonalidad nostálgica gris-azulada, coloración que no resulta fría porque traduce sentimientos intensos. La "lesión sentimental", son sus palabras, sufrida en la Guerra Civil Española — estuvo en Madrid durante la resistencia heroica —, aparece a menudo objetivada en sus poemas plásticos: restos de muros en "Correspondencia Vegetal", vestidos perforados en "Varón Taciturno", rotura de aguas oceánicas en "Partida de Cristal". Como en Neruda, el mar es una constante en su pintura. Cuando pequeño construía barcos y ambicionaba, como Juan Ramón Jiménez y Rafael Alberti, cabalgar en su espuma sonora.

Es asombrosa la capacidad creadora de Campos. Día a día su producción se acrecienta inconteniblemente. No hay duda de que es una artista en la plenitud de su destino. Sus manos se mueven con elegancia y su expresión es apacible cuando está pintando. Le agrada trabajar oyendo música y esto tal vez explique por qué algunos cuadros producen una sensación auditiva.

No cree que el artista sea un hombre distinto de los otros, a no ser porque su vida es más intensa, con vivencias más profundas. Nunca lo ha preocupado el proceso por el cual ha llegado a pintar un cuadro, pero estima que se trata de un mecanismo casi subconsciente. Cree distinguir en su obra pictórica tres elementos igualmente importantes: razón, sentimiento y fantasía.

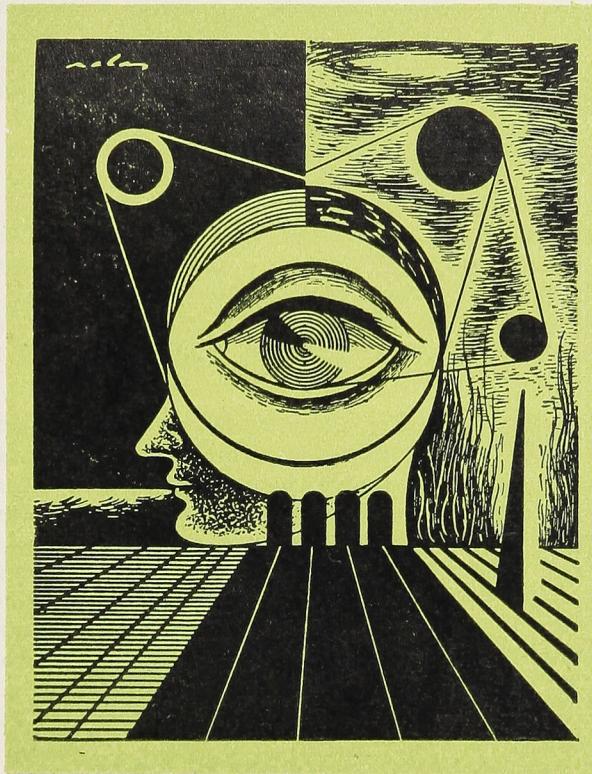
Si consideramos que el autor "está" o "debe estar" sumergido en su obra, como advierte Pedro Salinas respecto de un grupo de escritores españoles, es indudable que pueden advertirse nuevos puntos de vista. Para mí constituyen el estilo de Campos dos direcciones no únicas, pero sí fundamentales: una proyección cósmica del ambiente habitual, como el desolado fragmento de habitación a orillas del océano en "Vigilia del Silencio", y una conjunción de objetos reales con otros fantásticos, el barco y el arlequín hueco de "Vacío Animado". Son tan precisos los límites de cada objeto, en tal forma se destacan los perfiles, que no parecen cumplir otro propósito que contener una imaginación desbordante.

Urge antes de terminar, la aclaración de un concepto. He llamado poeta a Campos y poesía plástica a su pintura. ¿Hasta qué punto se justifica esta manera de pensar? En la "Exposición de arte contemporáneo italiano", presentada hace poco en Santiago por Pietro Zuffi, célebres pintores de vanguardia como Giorgio De Chirico, Carlo Carrá y Giorgio Morandi rotulan sus obras con nombres inexpressivos y prosaicos, como "La Caduta dei Cavalieri", "Paesaggio Marino" y "Natura Morta" respectivamente. A la inversa, Campos denomina sus obras de un modo sugerente y poético. Son orientadores los títulos de la mayoría, entre los cuales encontramos, por ejemplo, algunos como "Lasitud Sucesiva", "Vuelo Roto" y "Partida de Cristal".

Me parece que Roger Hinks, crítico de arte londinense, es el que mejor ha conseguido trasladar a la pintura los conceptos literarios de prosa y poesía:

'Así como en la prosa escrita diríase que nuestra mente se detiene en las palabras, y que en la poesía escrita anda por entre ellas, de la misma manera en la prosa pintada descansan nuestros ojos sobre la superficie del lienzo, mientras que en la poesía pintada la atraviesan de parte a parte, hasta situarse en esos imaginarios intervalos que el artista insinúa, pero que no llega a describir jamás. La diferencia entre un pintor prosista y un pintor poeta no está en la tradición técnica o la evolución histórica, sino que reside en la visión personal del artista como individuo. Todos los pintores poéticos producen la impresión de que se ha dejado algo por decir y que, no obstante, han conseguido sugerirlo: de aquí la disputa perenne, aunque vana, acerca de qué es lo que significa un cuadro. Cuanto se halla en el lienzo es un pretexto: trampolín de la fantasía, y todo habrá de ser leído entre líneas'.

Resulta, pues, evidente que Campos es un poeta profundamente sugestivo y de una fantasía amaestrada en la construcción de universos multiformes, en los que confluyen el sueño y la realidad, el presente y el futuro en una vibración armoniosa y magnífica. Múltiples sensaciones producen sus cuadros, y ante ellos surge la asociación poética que "tiene como característica el ser positiva y difusa, puesto que la impresión que causa en nuestra mente, siendo peculiar, e inconfundible, es no obstante, inexplicable".



Sobre la dialéctica

José Ferrater Mora

Los trabajos de los Sres. Jaime Castillo (**Ontología y Dialéctica**) y César de León (**Dialéctica**) que a continuación se publican representan la prosecución de un debate cuyo resumen y sentido podrá encontrar el lector en el N° 3 de VERTICE. Sería, pues, baldía reasumir el hilo del mismo y reiterar, una vez más, por qué motivos se suscitaron esa serie de trabajos como consecuencia de "n seminario de filosofía moderna sobre Hegel. Tanto

menos necesario es esto cuanto que en los trabajos mencionados se hace la debida referencia a tales motivos. Pero si una "repetición general" de todo lo debatido sería inútil, acaso no sobre alguna referencia al mismo problema que, a la postre, ha constituido la palestra donde se han estrellado todas las posibilidades de un acuerdo: la dialéctica.

El término dialéctica ofrece una primera y grave dificultad, que nos obliga a ser cautelosos en su empleo: el ser extrema y desesperadamente equívoco. Declararse, pues, partidario de la dialéctica u hostil a ella no significa, por lo pronto, nada bien determinado. Y ello no sólo, desde luego, porque el mismo vocablo haya tenido desde Platón una larga y complicada historia. Aun en el caso de que prescindieramos de los significados que tiene la dialéctica — para no mencionar sino los principales momentos — en Platón, en Aristóteles, en la Edad Media, en Kant o en Schleiermacher; aun cuando, para decirlo de una vez, nos centráramos en torno al sentido propiamente hegeliano, el empleo puro y simple de la dialéctica no nos aclararía demasiado lo que ella propiamente significa. Así, lo primero que nos compete decir acerca de la dialéctica es que sólo una suficiente delimitación de su propio ámbito nos podría poner en claro acerca de lo que aproximadamente es.

No hace falta advertir que aquí sólo se pueden hacer a este respecto algunas apresuradas indicaciones. Por lo pronto, ésta. Dialéctica significa en Hegel el momento negativo de toda realidad. Se dirá que por ser la realidad total de carácter dialéctico, este carácter afecta a lo más positivo de ella. Pero, en verdad, si nos atenemos a los resultados más generales que se desprenden de la filosofía de Hegel, advertiremos que lo dialéctico representa, frente a lo abstracto, la acentuación de que esta abstracción no es sino la realidad muerta y vaciada de su propia substancia. Para que así no suceda, le es preciso a lo real aparecer bajo un aspecto en el que se niegue a sí mismo. Este aspecto es justamente el dialéctico. De ahí que la dialéctica no sea la forma de toda la realidad, sino aquello que le permite alcanzar el carácter verdaderamente positivo. Que esto es así, ha sido afirmado, por lo demás, muy explícitamente por Hegel: "Lo lógico, escribe, posee en su forma tres aspectos: a) el abstracto o intelectual; b) el dialéctico o negativo-racional; c) el especulativo o positivo-racional". Pero no sólo esto. Lo más importante es que "estos tres aspectos no constituyen tres partes de la Lógica, sino que son momentos de todo lo lógico-real" (*Enzyklopädie*, § 79). Así, lo que tiene realidad dialéctica es lo que tiene la posibilidad de no ser abstracto. La dialéctica es, en suma, lo que hace posible el despliegue y, por consiguiente, la maduración y realización de la realidad. Sólo en este sentido se puede decir que, para Hegel, la realidad es dialéctica. Pero lo que importa en esta dialéctica de lo real es menos el movimiento interno de la realidad que el hecho de que esta realidad alcance necesariamente su plenitud en virtud de ese su interno movimiento. En otras palabras: Hegel no se declara "partidario" de la dialéctica, porque sienta una irreprimible tendencia a ver la realidad desde el punto de vista del movimiento, sino que aspira a ver la realidad desde el punto de vista del movimiento, porque sólo éste le permitirá verdaderamente realizarla. Por lo tanto, es la "realidad realizada" lo que interesa a Hegel y no sólo el movimiento dialéctico que la realiza. No sólo está, pues, en la base de la dialéctica de Hegel una ontología

de lo real, sino que, además, y sobre todo, tal ontología está basada en una voluntad de salvación de la realidad misma en lo que tenga de real, es decir, para seguir empleando el vocabulario de Hegel, en lo que tenga de positivo-racional o de "especulativa".

Ahora bien, si miramos las cosas desde este punto de vista, acaso no será del todo imposible sentar pie en aquel territorio en que puedan convivir sin excesivos tropiezos el fundamento de la dialéctica hegeliana y el de la dialéctica marxista. El Sr. Castillo afirma que el marxismo no puede basar la dialéctica en una mera experiencia de lo real, porque esta experiencia se funda, a su vez, en una ontología sensiblemente coincidente con la hegeliana. El Sr. de León sostiene que el marxismo no pretende eludir la ontología, pero afirma que, en todo caso, esta ontología debe fundamentarse en una experiencia que sea precisamente dialéctica, esto es, que reconozca en la realidad un proceso dialéctico. Y, en verdad, cuesta esfuerzo imaginar un acuerdo entre los dos siempre que se mantengan en los puntos de vista opuestos de que la ontología de lo real fundamenta la dialéctica de la realidad (Hegel) o de que es la misma dialéctica de la realidad — de la realidad material — lo que da origen, en Marx, a una ontología. Pero la dificultad consiste tal vez en partir de estos opuestos ángulos en vez de fijarse más bien en su común vértice. Si así lo hiciésemos podríamos ver que este vértice se apoya, por cierto, en aquel mismo punto del cual surge, tanto para Marx como para Hegel, la voluntad de salvación de lo concreto — la voluntad de salvación de lo concreto sin el sacrificio de lo universal. Digámoslo de una vez, con la fórmula inevitable: sólo porque hay en ambos la entrevisión de que únicamente la realidad verdaderamente plena puede ser, a su vez, verdadera, hay la posibilidad de que la ontología de uno incluya una concepción de lo real y de que la teoría de la realidad del otro suponga una ontología. Porque aquí nos hallamos ante uno de esos "círculos viciosos" en que tanto abunda la filosofía, quizás porque son, en último término, al mismo tiempo fecundos e ineludibles. Pero es un círculo vicioso a lo largo del cual se mantiene una misma actitud que podríamos designar como la de "el sentido de lo real" si no fuese que esta expresión resulta también demasiadamente equívoca. Y, sin embargo, es "el sentido de lo real", necesario para incluir un "sentido del ser", el que hace posible la hermandad antedicha, la cual no consiste en un monstruoso entremezclamiento de doctrinas, sino en la visión de aquellos territorios donde hunden sus raíces, muchas veces sin saberlo, las más opuestas doctrinas.



Ontología y dialéctica

Jaime Castillo

I

En el último número de "Vértice", César de León ha tratado el problema de la dialéctica, en un artículo que sirve de respuesta a mi trabajo de Seminario, correspondiente al Curso de Historia de la Filosofía Moderna del año pasado.

Quisiera aquí hacerme cargo del fondo de sus observaciones, ya que ellas me parecen apoyarse en un desconocimiento casi literal de lo que, por mi parte, había escrito en el mismo número de esta revista.

Por lo demás, estoy cierto de que, al insistir sobre los aspectos ontológicos de la Dialéctica (tema de esta discusión) estamos tocando puntos muy importantes de la filosofía marxista, pero que, por lo general, son casi completamente ignorados en las obras de sus partidarios.

II

Me es indispensable, sin embargo, recordar previamente los propósitos de mi trabajo. Así resaltará mejor el sentido de las críticas que me atreví a dirigir contra la Dialéctica y, por consecuencia, el de la refutación intentada por De León.

Se trataba allí de poner en descubierto las raíces ontológicas de la Dialéctica. Esto me parecía y me sigue pareciendo una tarea indispensable, ya que la Dialéctica no es una concepción unívoca, cortada más o menos de acuerdo con la línea de los problemas y de las disciplinas filosóficas. Por el contrario, la Dialéctica comprende una serie de cosas distintas. Ella incluye, en efecto, tanto una mera actitud mental, como una Lógica, una Filosofía de la Naturaleza y del Espíritu, una Metodología y una Ontología.

En tal caso,— y a fin de encontrar un hilo que permitiera formarse una idea del conjunto,— me pareció necesario descender hasta sus raíces ontológicas. Allí fué donde nos encontramos con la teoría del ser, del no ser y del devenir. En ella reside, indudablemente, la base de la teoría de la contradicción y sus leyes. La Dialéctica, pues, se halla íntimamente unida a la Ontología hegeliana.

Este hecho, en verdad, no ha ofrecido jamás dudas a los autores marxistas. Fuera de una frase incidental de Gutermann y Lefebre (*¿Qué es la Dialéctica?*, pág. 56), en absoluto desacuerdo, por lo demás, con el espíritu de la obra, ellos, en general, se limitan a aceptar explícita o implícitamente las especulaciones hegelianas sobre el ser. Véase al respecto el trabajo de René Maublanc "Hegel y Marx", en la colección: "A la luz del Marxismo" pág. 24 y 25. Por lo mismo, no podía yo ni siquiera sospechar que mis estimados amigos marxistas viniesen a hacer consistir la defensa de la Dialéctica en la afirmación de que sus fundamentos ontológicos, es decir, su

teoría sobre el ser y el devenir, equivale a "supuestos metafísicos", reñidos con la experiencia y la realidad.

Así ha sido, sin embargo, y se hace preciso explicar tan insólita afirmación.

III

Si quisiéramos aquí insistir sobre esa infortunada expresión encontrariamos muchos motivos para atacar la "Defensa" de que hablamos. Bástenos considerar dos cosas:

Si ella pretende significar que toda tesis metafísica es un "supuesto", un a priori arbitrario y carente de sentido, — (interpretación que parece deducirse de los párrafos c-2 y c-3) — llegamos de inmediato al problema de la legitimidad de la Filosofía y no será posible plantearlo aquí. Este debate supone, en efecto, que la discusión filosófica es legítima. Y eso debería bastarnos sobre el particular.

La segunda observación es la siguiente: si al hablar de "postulados metafísicos", que sirven de base a la Dialéctica hegeliana y de los cuales estaría libre el marxismo, De León entiende — (como parece desprenderse de los párrafos b-3, b-4, c-3 y c-4) la teoría de la Idea Absoluta y si, en consecuencia, su defensa de la Dialéctica se reduce a mostrar que ésta última es independiente de aquella y que los errores que allá se pudieran señalar no afectan al marxismo, en este caso, digo, no existe discrepancia alguna entre nosotros. En eso consiste la llamada "inversión de la Dialéctica" intentada por Marx. Mas, en mi trabajo anterior, me permití indicar, en forma expresa, lo mismo que ha venido a decírnos de León, esto es, que la tarea de Marx consistió en pasar de la Metafísica idealista y espiritualista de Hegel a una Metafísica realista y materialista.

Este es, entonces, un hecho que no se duda, pero que no está en discusión. Por mi parte, sólo me he referido a la esencia de la dialéctica, es decir a la teoría de la contradicción y sus leyes, y, en ningún momento, al sistema metafísico en que pudiera hallarse injertada. La respuesta dada por De León aparece, en consecuencia, sin relación alguna con el problema. En verdad, lo que ocurre aquí es, según mi parecer, que él confunde lo que yo llamaba "aspectos ontológicos" de la Dialéctica (o sea, la teoría del ser) con los fundamentos metafísicos generales del hegelianismo. Así se explica que, sin referirse para nada al fondo de mis observaciones, haya creído librarse de ellos diciendo sencillamente que los defectos de la doctrina de la Idea Absoluta no afectan al marxismo...

IV

Pero, el error fundamental — y más de fondo — que creo advertir en el trabajo de César de León radica, al parecer, en su ausencia de comprensión respecto de la naturaleza de la Ontología.

De León cree, en efecto, que le basta con oponer al punto de vista ontológico la tesis gnoseológica del empirismo y afirmar, en consecuencia, que el ser deviene, pero que tal descubrimiento no se debe a "postulados

metafísicos", sino a una larga experiencia, a la experiencia de todo el género humano.

Es posible que esta posición sea exacta. Por nuestra parte, nos sentimos inclinados a admitirla también. Sólo que el problema acerca del origen del conocimiento no es el problema ontológico del ser. Cualquiera que sea la solución que demos al primero de ellos no dejaremos de tener que enfrentarnos con el segundo. La Ontología puede ser estática, como en Parménides, o dinámica, como en Aristóteles y Hegel, pero, de todas maneras, sigue constituyendo la ciencia de los conceptos fundamentales y sin ella no hay pensamiento humano, sea filosófico o vulgar. Cuando De León nos habla de derivar la Dialéctica, — la idea del devenir —, de la experiencia, no dice, en realidad, nada que pudiera oponerse a los fundamentos ontológicos de que parte Hegel ni se ha librado tampoco del problema del ser. Por el contrario, recae en él a cada paso, pues se ve obligado a usar sus conceptos y expresarse en el sentido de la Ontología. Más aún, podemos agregar que la Ontología aristotélica tiene la misma base empirista y realista que agrada al marxismo y que, en este sentido, la única diferencia está en que los marxistas hacen Ontología del modo en que, según la frase tan conocida, Mr. Jourdain hablaba en prosa...

V

De todo esto se siguen, a nuestro juicio, una serie de errores de menor importancia, sobre los cuales sería largo discutir. Refiriéndonos de pasos sólo a la afirmación de que el marxismo sabe que lo esencial en el ser (*¿postulado metafísico?*) es su existir deviniendo y que rechaza toda explicación estática de la naturaleza. A frases semejantes se reduce, por lo general, el aporte de los dialécticos. Ellos piensan que este "descubrimiento" se debate a Hegel y Marx, o que, por lo menos sólo Hegel y Marx han sabido utilizarlo.

Por nuestra parte, habíamos indicado expresamente en nuestro trabajo anterior que la Ontología aristotélica llega a la misma conclusión. No hay duda de que, para Aristóteles, es el ser lo que deviene. Pero el problema entre la Dialéctica y la Lógica tradicional no está en la negación o la afirmación de esa tesis. De lo que se trata, es de si el devenir ha de ligarse a una Lógica basada en la contradicción o si, por el contrario, ésta última no hace otra cosa que sacrificar la posibilidad del pensamiento humano, sin mejorar en absoluto la comprensión del devenir real.

Esto era el fondo de nuestra tesis y ella, naturalmente, afectaba por igual a la Dialéctica hegeliana y a la marxista. Pero, para eso, no hubo respuesta alguna por parte de César de León.

DIALECTICA

César A. de León

El artículo intitulado ONTOLOGIA y DIALECTICA, escrito por Castillo, y que aparece en esta misma sección, nos ha inducido a volver sobre el tema de la Dialéctica. Nos hemos creído en la obligación de darle respuesta, con el objeto de aclarar puntos de vista, y ver el alcance y el valor de las observaciones que allí aparecen. No está demás señalar desde ahora que la falta principal de Castillo parece ser leer demasiado de prisa todo lo que sea marxismo o se refiera a esta teoría. Lo decimos por el hecho — que haré patente en las líneas que siguen — de que al exponer las ideas que ha leído tanto en los libros marxistas, como artículos y demás escritos, lo hace en forma manifiestamente errónea. El hecho de que Castillo se equivoque tan flagrantemente no puede atribuirse sino a una falta de una nueva lectura.

I

En primer lugar, el sentido de mi artículo anterior — aparecido en el último número de "Vértice" — era señalar el hecho de que la teoría marxista sobre el ser, es decir, la Ontología Marxista, no es la teoría hegeliana del Ser. Esto nos parece tan claro, que nos sorprende que el compañero Castillo diga que "ellos (los autores marxistas), en general, se limitan a aceptar explícita o implícitamente las especulaciones hegelianas sobre el ser". Lo que ocurre es que Castillo se atiene única y exclusivamente a René Maublanc, y no se ha preocupado de leer todo lo que se dice del ser y de la dialéctica hegeliana en Guterman y Lefebvre (la cuestión del papel de la negatividad, la concepción del ser y del no ser, etc) Con respecto a la posición del mismo René Maublanc se hace alusión específica en el libro de Guterman y Lefebvre, en la página 20.

Por otro lado, a nosotros nos es francamente increíble que Castillo diga en otro párrafo: "al insistir sobre los aspectos ontológicos de la Dialéctica (tema de esta discusión), pero que, por lo general, son casi completamente ignorados en las obras de sus partidarios". En este punto creemos que la única explicación posible de esta afirmación es que, en realidad, en ningún libro de marxismo haya algún capítulo que se titule "ONTOLOGIA MARXISTA". Al no ver este título por ningún lado, Castillo ha pensado que los marxistas ni siquiera saben lo que es Ontología.

II

Fuera, de esto, se me achaca a mí personalmente, el haber confundido la Ontología con la Gnoseología. La exposición que hace de mis frases en su párrafo cuarto es una manifiesta tergiversación de lo que yo decía. Desde luego, compañero Castillo, el conocimiento de que el ser es en última instancia materia en movimiento por cauces contradictorios es el producto de

una larga experiencia humana. Pero, ¿cree Ud. que se habría podido hacer tal descubrimiento si no existiese el objeto conocido, antes de ser conocido. Se ve, pues, claramente, que no confundimos el proceso de concimiento (gnoseología) con la realidad conocida (ontología). Lo que ocurre es que Castillo cree o piensa que yo en mi artículo quise decir que nosotros pretendemos fundar la existencia de la materia en movimiento en el concimiento que tenemos de ese hecho. A este error ha sido conducido, según todas las apariencias, por el hecho de que nosotros no aceptamos como fundamento de la existencia de la materia en movimiento, la Idea Absoluta de Hegel. Y claro está, pensara nuestro interlocutor, si no se acepta esta explicación hegelina, entonces la existencia de la materia en movimiento no tiene ninguna explicación, ni fundamento en la filosofía marxista. Lo que el compañero Castillo no sabe es que, precisamente, los marxistas ponen como **ULTIMA REALIDAD**, a la materia en movimiento.

Después de atribuirme esa pretendida "confusión", se complace en decir que yo no puedo escapar al problema ontológico. Tal vez se sorprenderá mucho al saber que ni yo, ni ningún otro marxista pretende librarse del problema del ser. Y más aún, no sólo no pretendemos librarnos de dicho problema, sino que se le da una solución que, por cierto, es muy diferente a la que da al mismo problema Aristóteles.

III

Y aquí nos encontramos con el verdadero problema, al que hemos llegado después de haber tenido que detenernos a responder las aseveraciones del compañero Castillo.

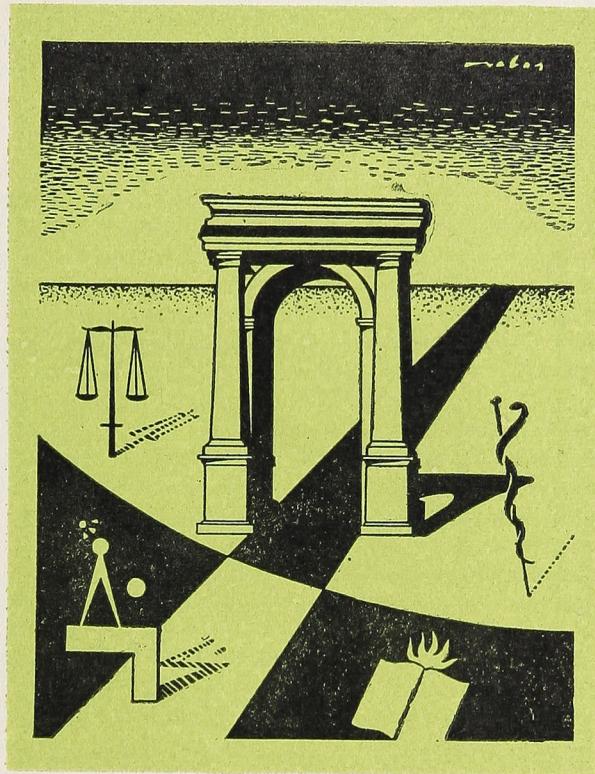
La tesis que sostienen los marxistas es que la realidad es, en última instancia, materia en movimiento, y que en el mismo seno de esa realidad radica la contradicción. (En esto los marxistas hacen ver su parentesco con Heraclito). Aristóteles no niega el movimiento (sólo en casos como el de Parménides sucede esto), pero — y aquí está el defecto que le señalan los marxistas — no admite la contradicción dialéctica como la explicación y fundamentación de dicho movimiento. De aquí que desemboque en una lógica de la no-contradicción, en una lógica estática, incapaz de explicar y hacer comprensible la realidad.

Los marxistas, partiendo de que la contradicción es ontológicamente real, llegan de manera natural, a una dialéctica, como método de desentrañar esa realidad. No ven los marxistas cómo sería posible llegar a una realidad esencialmente contradictoria con una lógica que excluye la contradicción (lógica aristotélica).



HOMENAJE DE LA REVISTA "VERTICE" AL EXCMO. SEÑOR
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA D. GABRIEL GONZALEZ VIDELA

4. Universidad y Educación



Misión de la Universidad Americana

EDUARDO HAMUY

Cuando el análisis penetra su objeto, inmediatamente se presentan a su consideración dos elementos distintos: por una parte, un cierto número de leyes, decretos, reglamentos y normas de todo orden que reflejan en la letra una cierta organización universitaria, estatuyen determinados poderes, fijan atribuciones, organizan lo docente y lo administrativo, dan reglas relativas a los bienes materiales de la universidad y, en definitiva, descubren lo jurídico en el hecho social; por otra parte, se encuentra que este hecho social y jurídico destinado a la educación superior — la institución de la universidad — posee una determinada orientación, se propone fines específicos, y está siendo espiritualmente alimentada por hombres que sienten, piensan y actúan en función de las grandes coordenadas tiempo-espacio.

Si bien ambos elementos existen intimamente entrelazados, su diferencia esencial hace imposible confundirlos.

Una teoría de la universidad deberá siempre comenzar por distinguir claramente estos dos elementos.

El primer elemento es de orden estructural y el segundo de orden conciencial; llamamos conciencial a este último elemento porque la orientación de la universidad es conciencia de sus fines y ésta permanece estrechamente ligada a la conciencia de los hombres — estudiantes y profesores — que le dan vida.

Evoquemos a José Martí:

“ no hay universidad donde se enseñe el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América. A adivinar salen los jóvenes al mundo con antiparras yankees o francesas. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda sino para el estudio de los factores del país en que se vive.

“ La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. “ ni el libro europeo ni el libro yankee daban la clave del enigma hispano-americano. Se ponen de pie los pueblos y se saludan. ¿Cómo somos? se preguntan y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema no van a buscar la solución a Danzing. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en las masas, y las levantan con la levadura del sudor. Entienden que se imita demasiado y que la salvación está en crear”. (Nuestra América. Págs. 15-16 — Losada — Buenos aires— 1939).

Palabras de Martí escritas en 1891 para la América de ayer y que, sin embargo, les son aplicables tanto o más a la América de hoy. La imitación subsiste integralmente como estilo de vida en América, como falsificación de la vida americana, como mordaza que ahoga la libre expresión de la conciencia de nuestro continente.

La imitación procura un vivir inauténtico falsificado: donde se imita hay anroniación de algo creado para otras necesidades, para expresar realidades que no son exactamente las que vive el imitador. Imitar es el aprendizaje nuro y simple de elaboraciones ajenas. La actitud mental del imitador es la de pasividad ante la cultura en general y ante su medio originario en particular. En el fondo, la imitación no es sino una forma del egoísmo social puesto que el que imita utiliza el conocimiento, no con la finalidad de conocer, sino para cumplir objetivos puramente personales ('hacer carrera' una de las lacras del medio ibero-americano); la cultura deviene en instrumento de dominio personal, perdiendo su carácter fundamental de herramienta necesaria para aprehender la desconocida realidad americana y que, sin embargo de desconocida, de urgentes solicitudes vitales. Además, el que imita lo hace por incapacidad de no imitar, porque su espíritu tiene una formación burocrática, está acostumbrado a la pereza, al discurrimiento por los más fáciles caminos, y no ha adquirido la formación mental, ni los conocimientos, ni las técnicas, para ir a las existencias con probabilidades de descubrir las esencias. Por otra parte, el imitador no ve la necesidad de cam-

biar su estilo de vida pues en el medio americano se triunfa holgadamente con una pedantería más o menos ilustrada.

Sin embargo el imitador vive su propio drama; como la imitación es apropiación de ideas maduras, acabadas, frutos de investigaciones pretéritas, sucede que por la ley característica del conocimiento: su extraordinaria movilidad — cuando tales ideas se comienzan a imitar y a enseñar, otras las están suplantando o las han suplantado por entero. Es destino, pues, del imitador, el vivir atrasado, fuera del tiempo.

El fenómeno de la imitación presenta una doble exterioridad: la imitación "culto" y la imitación "ignorante". La imitación "culto", como ha quedado dicho, consiste en la apropiación de ideas elaboradas o, expresado de otro modo, en el acomodarse a un sistema de pensamientos que no tiene plena validez en América. Pero no es ésta la única forma que reviste la acomodación; existe otro acomodarse que es una especie de mimetismo, una forma de imitación "sui generis" y que consiste en entregarse o acomodarse a las cosas, en vivir enajenado, no ya a una conceptualización foránea, sino al mundo natural que rodea al hombre. Este fenómeno se verifica en la parte no-ciudadana de América, en los campos, en las montañas, en las mesetas, en las selvas, donde el hombre se entrega y adapta a la geografía, y es la conciencia inconsciente de la tierra, por así decirlo, la que dirige, ordena y conforma la espiritualidad de los hombres que la pueblan.

Así como el hombre de la ciudad transfiere su conciencia a otras culturas, el hombre no-ciudadano de América se la enajena al paisaje, pero ambas partes coinciden en un punto principal: la inconsciencia; inconsciencia pedante, inconsciencia ignorante. En el fondo: imitación pura.

"La salvación está en crear" (Martí), pero crear supone la valentía de mirar con ojos propios la realidad en que se vive, supone la producción de una obra distinta a las conocidas, que refleje con exactitud los imperativos de un cierto tiempo histórico singular. Crear es una gran palabra; sin embargo, el hecho de la creación admite gradaciones de lo grande a lo ínfimo, y en cualquier grado, infinitas formas de originalidad, razón por la cual no existe hombre de mediana capacidad que no pueda crear, que esté al margen de la originalidad, y además porque la creación se fundamenta, antes que nada, en el movimiento del espíritu, en el esfuerzo de la mente, en la armónica integración de la personalidad.

Quizás frente a la imitación se encuentre la disconformidad como actitud de espíritu; el pensar que la razón de las cosas hay que buscarla en las cosas mismas y que si una supuesta razón es aprendida de otra cultura, no conformarse sino después de su comprobación real. Se llega así a un concepto fundamental para nuestra América, el concepto de re-creación que es la operación de dar contenido concreto a las formulaciones universales y la verificación de la singularidad concreta de las formulaciones particulares.

El problema espiritual de la América Ibera gira en torno a los conceptos de imitación y creación. Toda nuestra educación está enderezada hacia la imitación, pero el hombre nuevo, el que rescatará el destino que América está perdiendo, no podrá surgir sino de la creación.

Ahora nos encontramos en el centro de nuestro problema: la misión de la universidad americana. No nos será posible ir muy lejos si no abordamos

una tamaña empresa, la de polemizar con José Ortega y Gasset, pero en un polemizar que casi nada tiene de tal y que en el fondo no es sino un intento de precisar ciertas ideas que Ortega y Gasset, por alguna razón que se nos escapa, no consideró o se refirió a ellas de un modo incompleto en sus sustantiva obra "La Misión de la Universidad".

Resumamos la posición de Ortega y Gasset: la universidad obtiene su dimensión del estudiante medio y se propone hacer de éste un hombre culto, en primer lugar, y un profesional en seguida, sin perjuicio de depararle posibilidades de convertirse en investigador si el estudiante pertenece el escaso número de los hombres con vocación científica. La universidad es inseparable de la ciencia pero la investigación científica no pertenece a la esencia de la Universidad; ésta es, además ciencia.

Con la afirmación de Ortega y Gasset de que la Universidad debe preparar **ante todo, entendida como su principal misión**, un hombre culto, comienza el problema y el equívoco.

¿Qué entiende Ortega y Gasset por hombre culto? Aquel que posee la cultura de su tiempo. Entonces ¿qué es cultura? Cultura, para Ortega y Gasset, es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee; el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive. El repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los próximos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuáles son más estimables, cuáles son menos. Y para tener una visión más concreta de la cultura, Ortega y Gasset nos presenta un cuadro con sus grandes divisiones:

- 1.— Imagen física del mundo;
- 2.— Los temas fundamentales de la vida orgánica;
- 3.— El proceso histórico de la especie humana;
- 4.— La estructura y funcionamiento de la vida social;
- 5.— El plano del universo (filosofía).

Hombre culto (objetivo primordial de la universidad) sería aquel que poseyera estos sectores culturales esenciales.

Supongamos ahora que la universidad americana se impusiera como función primaria y central, la enseñanza de las grandes disciplinas culturales (algo que, desde luego, no hace puesto que ni siquiera ha logrado superar totalmente el precario utilitarismo profesional). Si la universidad cumpliera bien sus funciones, formaría un cierto tipo de hombre americano: el profesional culto, para decirlo en términos generales. Pues bien, este hombre americano, poseedor de una vasta cultura, se encontraría ante un serio problema pues se sabría perteneciente a un mundo desconocido —América Ibera— y participante de una cultura elaborada por hombres que viven un mundo conocido, racionalizado, o, por lo menos, donde no hay esfera susceptible de ser conocida que no haya sido explorada por el pensamiento. Tal sería el caso del europeo que vive su cultura con vitalidad, por dentro; para el hombre de la universidad europea la cultura posee un profundo sentido concreto y una finalidad precisa. En cambio, para el hombre de América su abstracción, sin referencia alguna a su realidad propia; sería una cultura sería solamente la posesión de los valores universales de la cultura, en toda estéril, desnuda de vitalidad, sin contenido eurístico ni finalidad útil.

De las cinco grandes divisiones de la cultura, mencionadas por Ortega

y Gasset en su obra "Misión de la Universidad", existen a lo menos tres que ilustran muy bien lo que se ha tratado de decir. Son:

- A.— El proceso histórico de la especie humana (historia);
- B.— La estructura y funcionamiento de la vida social (sociología); y
- C.— El plano del universo (filosofía).

En lo que toca al primer tema (A), el hombre culto de América ignorará su historia singular porque la historia americana es desconocida en cuanto historia objetiva y racionalizada, opuesta a la de episodios, fechas y personalidades providenciales. La historia verdadera de América no puede ser sino aquella que indique en el tiempo el proceso de formación de la conciencia americana, la historia del gradual acercamiento a la conciencia social de un cierto destino histórico. Esta historia — la historia social de América — está aún por escribirse.

En lo referente al segundo tema (B), vivimos casi en tinieblas. No existe una sociología americana que dé forma concreta y singularidad a los valores universales de la sociología general. Está por fundarse en América la conciencia de lo social, entendida como una sistematización, más o menos completa de la estructura y ritmo de las sociedades ibero-americanas; poseemos valiosos aportes aislados pero nada de conjunto ha sido aún formulado. Quizás los mejores intentos de penetración de nuestra realidad social se encuentren en la novela americana.

Ni que decir tenemos que la tercera gran cuestión (C), está absolutamente intocada en América Ibérica. La filosofía, definida fundamentalmente como una concepción del mundo y como una respuesta al problema del puesto que al hombre corresponde en él, es fruto de una madurez cultural que estamos lejos de alcanzar. La filosofía aparece cuando el pensamiento del hombre comienza a moverse entre las esencias, cuando surge la posibilidad intelectual de dar inteligibilidad al mundo del hombre.

En consecuencia ¿qué sería el hombre culto de América?

Lo que es en la actualidad; un hombre que conoce muy bien el proceso histórico de la especie humana, pero que ignora el suyo propio.

Un hombre que está muy bien informado sobre la estructura y funcionamiento de la vida social pero que no conoce su propia sociedad.

Un hombre que domina las concepciones más modernas sobre el universo, pero que ignora su universo más inmediato.

¿Qué sería el hombre culto de América, superior producto de las universidades americanas?

Sería un hombre enajenado que viviría otras culturas concretas, que resbalaría por su desconocido continente con la inconciencia de un soñáculo.

Sin embargo, esta crítica a "Misión de la Universidad", tiene validez exclusivamente referida a la cultura objetivada, esto es, a la cultura en cuanto "lo creado", lo formado y lo transformado" (Ferrater Mora — Dicc. de Filos.); no logramos advertir el por qué Ortega y Gasset omite lo relativo a la cultura subjetiva, es decir, "al acto de esta transformación, al proceso de la actividad humana que se objetiva en bienes" (id.), que supone una teoría de la vida o, concretamente para nosotros, una teoría de la vida americana.

Ortega y Gasset fija su concepto de hombre culto como aquel que ha adquirido una universalidad de bienes culturales que le permiten formarse una concepción del mundo a la altura de los tiempos en que ese hombre vive o desde los cuales vive. Pero un hombre culto así concebido, mantiene una actitud pasiva frente a su mundo originario, puesto que vive en función de la adquisición de valores ya elaborados. Un hombre culto así concebido no es útil a América porque no ha desarrollado particularmente su capacidad de creación, de descubrimiento, de búsqueda angustiada de su verdad, en una realidad que no ha sido pensada, reducida a valores o incorporada a la cultura; en una realidad donde casi ningún valor ha sido creado, formado o transformado.

La universidad de América está en una encrucijada: o forma un hombre culto que posea la mayor cantidad posible de bienes culturales o forma un hombre culto cuya mejor cualidad residirá, menos en la posesión de una cantidad de valores objetivos, como en una actitud mental, conciencial, apta para la creación de valores culturales.

Esta actitud espiritual original, de sentir la urgencia de encontrar su propia verdad, de hacer racional su realidad, no puede ser conseguida mediante la mera absorción de valores elaborados sino principalmente por el contacto con esa misma realidad, contacto que procura la ciencia, que es técnica de acercamiento a ella, que es espíritu que la acoge en su verdad, que es finalidad en cuanto va a sustancializar un esquema objetivo de lo real.

Naturalmente que no es posible convertir al universitario medio en investigador de las ciencias, pero lo que es posible es que la universidad americana forme un hombre culto cuya cultura la adquiera en contacto directo con las ciencias; es decir, que es posible que ese hombre culto de América posea una cierta **formación científica**, una actitud científica frente a su mundo, que se traduciría en un constante interrogatorio a su realidad, eliminando el libro como instrumento **exclusivo** de la cultura y la pereza mental que toda educación libresca implica.

Por estas razones, no sólo es indispensable que la universidad americana cultive la investigación científica, sino que es muy importante que se lígue la investigación de las ciencias — (concebida como creación y recreación también) — a la docencia, con la finalidad de lograr una cierta formación científica del estudiante **medio**.

Concebida la misión de la universidad americana de este modo, sería imposible separar las disciplinas culturales, de las científicas y de las profesionales. La universidad cumpliría sus fines totalmente en cada instante, en cada instancia y en todos sus alumnos. Si se jerarquizan las funciones de la universidad es por razones puramente didácticas pero, insistimos, la universidad cumple sus funciones totales en cada acto de conocimiento. Las disciplinas que conducen a un mejor conocimiento de la realidad americana tendrán preferencia marcada sobre las otras. Y los premios de los certámenes no serán para "la mejor oda sino para el estudio de los factores del país en que se vive". (Martí).

Hombre formado en los hábitos de extraer de la realidad multiforme y confusa, la regularidad y la armonía que encierra, en contraposición a aquel

que encuentra la razón de las cosas en los textos foráneos; hombre que crea en lo grande y en lo pequeño, que tiene la voluntad de encarar su realidad y buscar por sí mismo para arrancarle las soluciones; hombre que ha renunciado a los esquemas importados en cuanto solución concreta de sus problemas; hombre que redescubre en sus formas y estilos precisos los valores de la cultura, que les da un contenido, vivificando su abstracción; hombre que en fin transforma la cultura en una teoría de la vida americana.

Ese es el hombre que deben formar las universidades americanas.
Ese es el hombre de América.

Manifiesto al país de la Revista "Mástil"

En el mes de Agosto apareció el número dos de la revista "Mástil" del Centro de Derecho, dirigida por Carlos Naudon y Andrés Aiwyn. Este número contiene un interesante "Manifiesto al País" del cual extractamos algunos trozos: He aquí las primeras "Dos palabras":

DOS PALABRAS

La Universidad no es torre de marfil. Vive en medio de un mundo y debe responder a su modo, a las exigencias sociales de cada hora.

Frente a la encrucijada en que Chile se encuentra en estos días, los universitarios, como tales, y cualesquiera que sean las particulares ideologías y preferencias de cada cual, tenemos algo propio que decir. Es la voz de nuestras comunes aspiraciones y esperanzas, forjadas en el duro choque de nuestras ansias de ideales con nuestra visión de la realidad.

La Dirección de "Mástil" ha creído oportuno recoger en este número extraordinario esa voz universitaria, que representa no sólo un nombre, ímpetu de juventud, sino también un esforzado y serio afán de clarificar ideas y definir posiciones ante los problemas fundamentales de nuestra patria. Es lo que hace al publicar el "Manifiesto al País" que hallaréis en sus páginas, palabra sincera y meditada de estudiantes universitarios, que el Centro de Derecho y el Consejo Ejecutivo de la Federación de Estudiantes de Chile han hecho suya, dirigida a toda la nación y muy especialmente a los hombres que pretenden gobernarla.

EL MANIFIESTO AL PAÍS SE INICIA EN ESTA FORMA:

Frente a la nueva lucha de conciencias que se aproxima, y en la cual se decidirán seis años del destino de Chile, los estudiantes universitarios tenemos el derecho y el deber de expresar nuestro pensamiento.

Vivimos un instante en que el pueblo ha perdido la confianza en sí mismo, en que los hombres carecen de fe en su destino. Por lo mismo es hoy más que nunca necesaria la acción ejemplar de los gobernantes en la realización

de una política de proyecciones que sea capaz de movilizar la voluntad colectiva tras objetivos generosos.

Creemos que es momento oportuno para hablar con franqueza. Esto significa no rehuir ni disimular nada de nuestra verdad actual, por amarga que ella sea. Los hombres y jóvenes no podemos tener temores y reticencias para reconocer y señalar los errores, defectos y pecados de que adolece nuestra organización social. La constatación de lo mucho que hay de malo no nos torna pesimistas sino que nos parece sólo la labor previa indispensable para determinar la tarea de rectificación que tenemos por delante. Pues sabemos que la riqueza difícil de extraer, pero real, que la naturaleza ha dado a nuestro suelo, y las virtudes tradicionales de nuestros hombres, abren a Chile un repertorio nutrido de posibilidades que permite afrontar su destino con fe y con entusiasmo.

Lo anterior basta para precisar el espíritu que anima esta exposición, que ni al hacer crítica ni al preconizar soluciones, entraña propósito partidista alguno. Sólo queremos bosquejar, en breves trozos, la verdad del Chile que hoy es, tal como se presenta a nuestros ojos, y lo que nuestra conciencia nos dice que es necesario para construir el Chile que a nuestro juicio debe ser.

LO PRIMERO: DETERMINAR LOS OBJETIVOS.—Así como la vida de los hombres, la de los pueblos es constante actividad. La historia de las naciones se traduce en una gran tarea colectiva. Es función de los gobernantes definir, en cada momento histórico, los fines que esa tarea ha de buscar, y dirigir en seguida su ejecución. Aquello es sin duda lo primero, pues para emprender cualquier tarea preciso es conocer sus objetivos. Antes que nada el estadista ha de captar, de los elementos vivos que encuentre mirando hacia el pasado de su pueblo y de los anhelos colectivos que su sensibilidad social descubra como fundamentales en la hora que se vive, los fines u objetivos que el esfuerzo común debiera perseguir. Sólo cuando esto se haya hecho será posible perfilar los caracteres de "esa tarea nacional", determinar los medios de realización.

En la parte final del Manifiesto se habla de

EL DEBER DE LA JUVENTUD

No podríamos terminar este manifiesto al país sin expresarle a la juventud, sin decirnos a nosotros mismos, lo que nos corresponde hacer en el presente en cuanto a realización y movilización de conciencias, o en el futuro en cuanto al nacer de un nuevo régimen de convivencia humana o un nuevo espíritu de fraternidad. Creemos vivir uno de aquellos períodos difíciles de la historia humana, uno de aquellos períodos en que la grandeza del ideal o del sentimiento muere impunemente ante la indiferencia colectiva. Pero estamos convencidos que ese mismo hecho nos impone hoy más que nunca el deber de luchar por Chile e incorporarnos con todas nuestras fuerzas a sus sentimientos y dolores.

Es deber de las juventudes impulsar y colaborar en todas las reformas que signifiquen un avance social. En tal sentido son motivos de especial desarrollo para los hombres jóvenes todos los grandes problemas que ya hemos señalado: la lucha por la reforma agraria o el afianzamiento de nuestra personalidad internacional, la defensa contra las tiranías o los gobiernos de opresión.

Es también deber de la juventud convertirse en vigorosa e implacable

celadora de la moralidad pública y de la honestidad política. Hoy más que nunca se hace indispensable que se cumpla con esta responsabilidad. Al grito trió de la máquina y al golpe brutal que la guerra ha dado a las fuerzas del espíritu debemos responder reafirmando nuestra fe incombustible en todo lo que significa respeto a la persona o defensa de la moralidad.

Para el resguardo de esos principios fundamentales en las sociedades humanas, debemos convertir a los organismos estudiantiles en los grandes paladines de la justicia y la virtud. Deben ellos ser jueces de los que con el fin de lucro explotan el dolor ajeno, para que allí mueran sus campañas de perfidia y envenenamiento colectivo. Esos organismos estudiantiles deben ser los encargados de imponer el castigo de la vergüenza y del desprecio colectivo a los gobernantes que no cumplen con sus deberes, a los políticos inescrupulosos o a los gestores.

Es necesario enseñarle a la Nación a despreciar a los miserables y a reanimar a los virtuosos. A ello debemos contribuir las juventudes de Chile. Las naciones son fuertes cuando son capaces de castigar sin necesidad de recurrir a las cárceles, a la fuerza o al destierro.

Esta obra de fiscalización e impulso de todo lo que signifique progreso será totalmente imposible si los hombres jóvenes no nos destacamos ante el pueblo por nuestra rectitud y preparación. Vivimos un instante de transformaciones que necesitan de hombres revolucionarios; y para ser tal no basta con ser partidario de una idea sino que es necesario también luchar por ella, y prepararse conscientemente para su realización.

Desgraciadamente, la indiferencia, la apatía general, y el calculismo político han penetrado también en nuestras filas juveniles. Nos culpamos a nosotros mismos, pero culpamos también a los gobernantes. Porque debemos decirlo con amargura: no es verdad que nos contentemos con el puesto público, no es verdad que estén tranquilos nuestros espíritus ante la imposibilidad de actuar. Hace ya mucho tiempo que nuestra juventud viene pidiendo sordamente que le den herramientas para abrir los horizontes de su quietud.

Para que influyamos debidamente en el destino de Chile, es indispensable que los universitarios seamos capaces de oponer a la pequeñez de la época los ya tradicionales sentimientos y virtudes de la juventud. Es necesario que todos nosotros nos sintamos depositarios de un deber imperioso, de una misión ineludible, de una gran tarea que debemos cumplir implacables, fervorosa y tenazmente. Es preciso que despojemos nuestros espíritus de toda complicidad con los errores de un pasado que nosotros no hemos construido. Que sea nuestra palabra y nuestra acción levadura fecunda de la Sociedad, acicate incesante de los que viven la inercia, fermento renovador siempre presente en toda realidad que deba ser modificada. Porque sólo entonces estaremos en nuestro verdadero lugar, sólo entonces seremos adalides intachables de las grandes causas, sólo entonces llevaremos nuestra juventud como un grito de victoria, de pureza, de justicia, de verdad y de auténtica vida. Y marcharemos firmes y serenos, batalladores incansables del ideal, avanzando en la ruta viva de una historia que estamos construyendo, renovando y adaptando a una nueva época, a esta época nuestra que espera tanto del brío, la energía y la nobleza, que espera tanto de un remozamiento total de la vida.

El problema de la generación actual

El directorio de la Revista "Vértice" ha enviado la siguiente comunicación a diversos intelectuales, políticos y estudiantes universitarios:

"La Dirección de la Revista "Vértice" del Instituto Pedagógico ha organizado una encuesta sobre "El Problema de la Generación Actual". Esta encuesta obedece al intento de definir el rumbo que sigue la actual juventud de nuestro país.

Si cada generación tiene un deber que cumplir, queremos contribuir a dilucidar cuál es este deber — o deberes — que imponen a nuestra juventud las modalidades del momento histórico.

Si nuestro país tiene serios problemas que resolver, ¿qué puede hacer la juventud de hoy?

Iniciar la búsqueda del ideal y de la actitud que habrá de darle fisonomía a la generación del año cuarenta y tantos, es el objeto de esta encuesta.

Y para caracterizar a la generación de hoy queremos establecer un paralelo entre ésta y la del año veinte.

He aquí la razón de las cuatro preguntas que hemos enviado a diversos intelectuales, políticos y estudiantes universitarios:

1. ¿Cuáles fueron las principales características de la generación del año veinte?

2. ¿Qué características observa Ud. en la generación de hoy?

3. ¿Cuál debería ser a su juicio, la tarea fundamental de la generación actual?

4. ¿Quiénes cree Ud. que son los guías de esta generación?

Publicamos a continuación algunas de las respuestas enviadas por estudiantes universitarios. En el próximo número daremos a conocer otras respuestas, por lo cual agradeceríamos a las personas que aún no han enviado su contestación, la remitieran a la Dirección de la Revista.

1) Respuesta del Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, **Jorge Iván Hübner**.

"No podemos considerar una generación desconectada de la realidad histórica de su tiempo.

La generación del año 20 recibió la influencia del despertar social del mundo. Fué inquieta, romántica, bohemia. Quería reformar la sociedad, sin saber cómo hacerlo. Y malgastó sus energías confundiendo el agitarse con el obrar, sin dejar de su paso una sola huella duradera".

"La generación actual está ante un mundo diferente. La interdependencia de las naciones es cada vez mayor, hasta tal punto que hoy día nadie puede realizar un destino diverso de las grandes corrientes universales. Somos, por desgracia, una insignificante ruedecilla en la inmensa maquinaria que mueven las grandes naciones.

Nuestra juventud parece inerte, como si no tuviera líderes ni ideales. Pero es que su rol, en un país pequeño, no ha podido ser otro que el de espectadora pasiva del doloroso movimiento de transición que se operaba en el mundo y que aun no ha llegado a su término.

Creo que está cercano el día en que nuestra generación, después de este angustioso compás de espera, reanudará la marcha hacia adelante para forjar el porvenir de nuestra patria, dentro de las orientaciones mundiales de la post-guerra. Su principal misión estará entonces en la implantación de un orden social más justo y en el resurgimiento de los valores espirituales y morales, que hoy pasan en Chile por una grave crisis".

Respuesta del Presidente del Centro de Pedagogía, **Hernán Godoy Urzúa.**

Antes de responder a las preguntas sobre este tema de apasionante interés y trascendencia, creo necesario aclarar previamente algunas premisas.

1.— Una generación está constituida por un núcleo de hombres, movidos por una misma pasión, que actúa en un momento histórico determinado. El elemento definidor de una generación es su dirección espiritual, su inquietud vital, que hemos llamado su pasión. Y esta pasión o motivo no se elige voluntariamente ni surge de consignas, sino que es determinado por el devenir histórico.

2.— Lo que une a los miembros de una generación es la pasión, la problemática común, aunque difieran en las soluciones.

Naturalmente, pensamos en una generación histórica, cuya acción deja huellas en la vida de la comunidad nacional. No en la simple sucesión cronológica de hombres de aproximada edad. Por esto las generaciones históricas suelen distinguirse con una fecha, símbolo del momento en que esa generación actuó.

3.— Hay que precaverse del error — caro a los integrantes de cada generación — de considerar a determinada generación como absolutamente distinta y desvinculada de la anterior; la verdad es que, por afirmación o negación, hay una línea que va atando a las diversas generaciones.

Características de la generación del año veinte.

El sentido y la actitud de esa generación estuvieron determinados históricamente por la influencia de dos fenómenos: la primera guerra mundial y la revolución rusa. La guerra facilitó en Chile el desarrollo de la industria manufacturera y, consecuentemente, se incorpora a la vida política el proletariado industrial. La revolución rusa produce en nuestros países un impulso hacia la organización y reivindicación del obrero.

De aquí nace la "pasión" del equipo del año veinte: el pueblo. Sus componentes creen constituir la avanzada del proletariado en su lucha por alcanzar dignas condiciones de orden económico, social y cultural. Su tribuna fué la Federación de Estudiantes de Chile, perseguida con la misma saña que las organizaciones obreras.

Esta fué la pasión exclusiva de ese grupo. Los problemas universitarios o latinoamericanos fueron apenas soslayados o transfigurados en tópicos literarios.

Caracterizan también a esa generación su infecundidad y su prematuro desaparecimiento.

La generación muere, pasado su cuarto de hora, dejando apenas una vaga actitud; ni hechos ni obras definitivas.

Sus componentes se dispersan prematuramente y hoy los hallamos ubicados burguesamente, complaciéndose en lamentaciones hacia la generación actual y en nostálgicos recuerdos de su cuarto de hora juvenil.

Características de la generación actual.

La determinante histórica de la nueva generación es la segunda guerra mundial y la experiencia dejada por los regímenes totalitarios. Consecuencia inmediata de la última guerra y del progreso técnico es la creciente interdependencia económica de los pueblos, fenómeno que facilita enormemente el desarrollo y la consolidación de los imperialismos de las grandes potencias. Frente a esta situación, el problema para la nueva generación es extraordinariamente grave: no sólo subsisten los obstáculos para la mejor organización de nuestro pueblo, sino que aparecen los obstáculos para constituirnos en pueblo realmente independiente, cuyo camino es la confederación política de Latinoamérica.

El momento histórico en que actuará la nueva generación es, pues, de mayor complejidad que en el año veinte. Hablamos de una nueva generación operando sobre la intuición de que ella se está formando. Señalar sus características será, pues, entrar en el terreno de meras hipótesis.

Confrontada con la generación del año veinte, la que se está formando parece caracterizarse por su menor activismo. Se advierte entre los nuevos una cavilación promisora de mayor madurez y claridad; hay también razones para suponer en ellos un basamento doctrinario más sólido que el de los hombres del año veinte.

Se advierte, por una parte, una real preocupación por descubrir la esencia de la realidad chilena y americana, por medio de la definición de sus más graves problemas.

Me parece, además, que la generación que se está formando quiere realizarse a través de su propia profesión u oficio, hecho desconocido para los hombres del veinte, que quisieron operar directamente sobre la realidad social; para ellos la Universidad contaba poco al lado de su pasión exclusiva.

Creo que es común a la juventud actual la falta de fe en los marcos partidistas. La gran masa de los jóvenes no está adscrita a los partidos y contribuye este hecho a la quiebra de las fronteras de partidos, por falsas e inoperantes. En todos los bandos se reconoce hoy la esterilidad de una lucha entre izquierdas y derechas por no corresponder a una división real.

A juzgar por el camino en que se orienta la acción universitaria, puede presumirse una nueva ubicación de fuerzas políticas y una formación de partidos sobre nuevos fundamentos.

En síntesis, creo que el problema fundamental de la nueva generación es: 1º consolidar la democracia chilena, por una reestructuración económica, social y cultural del país y para ello será necesario la unión de los chilenos que puedan sobreponerse a los viejos intereses partidistas o personales.

2º La afirmación de la independencia nacional por medio de la integración

ción política de los países iberoamericanos, única forma de defendernos en contra de los viejos y los nuevos imperialismos.

Respuesta de la Vicepresidenta de la Federación de Estudiantes de Chile, **Isabel Moreno**.

¿Qué características observa Ud. en la generación de hoy?

Vivimos una época de profunda crisis política, económica y social. Chile, como todos los países del mundo, ha sentido el golpe tremendo que el choque de sistemas económico-políticos antagónicos ha provocado en la humanidad.

Y junto a esto nuestro país suma su propia crisis: política, social, económica, intelectual. Y por sobre todo: **crisis moral**, porque han fracasado en su intento de resolver los grandes problemas nacionales tanto la izquierda como la derecha, la una, por inexperiencia e incapacidad, la otra, por reaccionaria, ambas, por haberse apartado de la juventud y del intelecto cuya sanción moral pesaba sobre ellas.

Como consecuencia de este grave estado de cosas, nos toca vivir un momento histórico decisivo, en el que el chileno aporta su amarga experiencia impregnado del más trágico **escepticismo**, scepticismo que caracteriza a nuestra generación. Ya no cree el hombre que trabaja en sus dirigentes políticos, porque su incapacidad y su inmoralidad aparecen denunciadas por los hechos, ya no espera el hombre de nuestra clase media nada de los gobernantes y, lo que es más trágico, el joven que ingresa a la Universidad se da cuenta muy pronto de que aun sus profesores a quienes quisiera llamar "maestros", han caído también, y se asfixian en esta densa atmósfera de mediocridad y degeneración. Hemos perdido la fe en nosotros mismos, la fe en el porvenir de nuestros hijos, la fe en el destino de Chile.

El cambio de la época que nos toca vivir nos ha sumido en el desconcierto. Y navegamos sin rumbo. Ni siquiera hemos tenido la fuerza necesaria para aferrarnos a nuestro pasado. Chile fué en el siglo XIX el país americano que gozó del más sólido prestigio, prestigio que se basaba en su inatachable política externa, en el criterio y honradez de sus estadistas y gobernantes, en la calidad de sus intelectuales. Hoy olvidamos lo que fuimos e ignoramos lo que seremos.

¿Cuál debería ser a su juicio, la tarea fundamental de la generación actual?

Hemos hablado con crudeza de la situación a que tiene que hacer frente la juventud en el momento actual. Ante esta realidad nuestra generación aún no ha reaccionado. Sin embargo, ya se puede sentir un despertar que ha de llevarlos a asumir pronto una actitud viril y patriótica.

Por encima de izquierdas y derechas debe alzarse nuestra voz para exigir justicia social, justicia que sea algo más que el ejercicio de un derecho hoy innegable al campesino y al obrero. Pero, para que pueda ejercer sus derechos con corrección y clara visión de su responsabilidad, hay que educar al hombre de nuestro pueblo. Esta es la misión fundamental que corresponde a nuestra juventud.

Porque es nuestro deber recuperar al hombre, hoy perdido en la sociedad de tipo capitalista y también en los régímenes estatales. Cada día tenemos la visión más clara de que la solución integral de la vida del hom-

bre contemporáneo va más allá del reajuste económico-social. Es necesario volver los ojos a nuestra historia y de allí extraer los más altos valores espirituales que nos caracterizaron en el pasado, para que ellos nos sirvan de faros en este mar embravecido por la convulsión agónica que sacude a nuestra civilización.

Debemos depurar todos los círculos de la vida nacional, reintegrando a nuestro hombre, hombre-masa y hombre-dirigente, al cauce recto de los valores morales. En el sindicato, en los círculos profesionales, en la Universidad y en el comercio, debe restaurarse la conciencia cívica de responsabilidad social. Sólo barriendo la politiquería, mancha nefasta de intereses mezquinos y restaurando la responsabilidad del grupo, del gremio, podremos resurgir. Y resurgiendo, naciendo por segunda vez a la vida, doblemente puros después del gran golpe, nos habremos recuperado como pueblo y como nación y sólo entonces podremos realizar la misión salvadora, con carácter de verdadera cruzada, de unirnos sólidamente a nuestros hermanos ibero-americanos. Porque hoy más que nunca el imperativo es unirnos o perecer, pero sobre la base honrada de la independencia política que como pueblos nos corresponde. Debemos luchar contra todo tipo de imperialismo.

Este es el sentir de un fuerte sector joven e idealista, que está hoy día acumulando fuerzas para realizar la gran renovación nacional. Pero es imperativo que esta juventud, nuestra generación, se encuentre a sí misma y se defina, sólo así podrá ser eficaz. Porque además de ser sanos, fuertes, capaces y poder ¿por qué no? ser heroicos, debemos como premisa saber qué somos. Y esa respuesta ya está en el corazón y en la mente de muchos: antes que nada, y por sobre todo somos chilenos.

Respuesta del Director de la Revista "Clio" Julio Molina M.

¿Cuáles fueron las principales características de la generación del año veinte?

Cuando los hombres de la generación del año veinte que todavía actúan tienen ocasión de manifestarse, no podemos dejar de escuchar de parte de ellos cierto gallardo lirismo.

El movimiento juvenil de ese año fué dinamizado por "gente de combate", y se nos presenta ahora como una acción en pro de la politización de la vida chilena, siendo su génesis fundamentalmente estudiantil. Es interesante observar cómo esta mentalidad dirigidora hacia el texto político (Marx, los escritores anarquistas, social-demócratas o comunistas) está matizada con un pintoresco gesto de lectores del realismo literario de moda en la época (Balzac, Zorrilla, Galdós, los novelistas rusos del siglo XIX, hasta llegar a Gorky, los grandes escritores vernáculos de las dos Américas, la generación española del 98, todo ello junto a un abundante y no muy clasificado material de teorías y literaturas de cuño ultra-modernista principalmente francesas). De allí nació sin duda la tendencia a dramatizar el instante que ellos vivieron de la vida chilena, y la difusa emoción humanitaria de sus luchas.

Hijos al fin y al cabo del primer movimiento social mundial de postguerra que conociera la Historia, ellos lucharon por un mundo más internacionalizado en lo político-económico. Respecto a lo cultural parece que no tenían ideas muy claras. Y no sería extraño constatar que muchos de esos

jóvenes mostraron frente a ese problema una sensibilidad rutinaria y lamentable, en resumen: reaccionaria. En ese aspecto sí que no hubo una educación refleja de la lucha social. Por ello mismo, sin esta vital orientación, parte del movimiento tuvo que caer en manos de cierto tipo de demagogo personalista, cuya nefasta simpatía ahogó dulcemente el lírico revuelo auroral de aquella joven generación.

Sociológicamente hablando, también es de notar que la generación del año 20 tiene un valor representativo como vanguardia juvenil intelectual antes que nada. Sus raíces se hunden en el llamado movimiento literario modernista, tomado por la antología "Selva Lírica" y, más lejanamente, en los intentos de la Colonia Tolstoyana, de principios de la centuria. Como contrapartida valiosa desde el punto de vista del "mester" literario hay que mencionar al grupo de Los Diez.

Siempre la poesía aparecerá como su más valioso fruto colectivo. Hoy tiende a afirmarse la necesidad de una generación de logrados prosistas. Así habrá de contestarse al reclamo de una nueva generación creadora en el camino de Chile,

2.— ¿Qué características observa Ud. en la juventud de hoy?

3.— ¿Cuál debería ser a su juicio, la tarea fundamental de la generación actual?

4.— ¿Quiénes cree Ud. que son los guías de esta generación?

Antes de contestar, debo establecer qué entiendo por joven generación a aquel sector juvenil que se prepara para dirigir al país en un momento dado de su devenir.

La juventud de hoy parece estar mucho más condicionada que la de 1920 por el nuevo mundo de post-guerra. Así, es dable observar que la especialización (división del trabajo) se opera en ella determinando varios sectores con problemas específicos: a) Jóvenes estudiantes y profesionales técnicos, b) Jóvenes estudiantes y profesionales intelectuales y artistas, condicionados por una tendencia humanístico-artística.

Al sentido de grupo de la generación del 20, la actual responde con una tendencia diferenciante, ya en los aspectos de la labor de creación o ejecución. Se vive hoy en cerrados e incomprendidos gremios juveniles, por así decirlo. De allí que caracterizar a la presente generación joven es labor que incide en el detalle y en la matización.

En cuanto a la juventud intelectual y artística, ella es la que más ayuda necesita de manos del Estado, ayuda que es tanto más difícil de obtener si se considera que ella no debe atentar contra el libre desarrollo de la persona humana en su aspecto más invaluable pecuniariamente, cual es, en detalle, el saber humanístico, la erudición paciente, la libérrima capacidad crítica y las más desenvueltas tendencias que hoy pueda presentar la literatura, la historia, la poesía, las artes plásticas, musicales y dramáticas, el periodismo, el ensayo en su más amplia consideración. Uncirla al oficialismo es matar su tesoro de originalidad, tan necesario para la formación del estilo y el colorido de Chile. A la Universidad le cabe la difícil tarea de forjar el destino de cientos de jóvenes que ya han elegido este desinteresado camino, tan menospreciado por políticos, burócratas y poderosos del dinero.

Del equilibrio de los tres sectores de la joven generación actual puede fluir cabalmente lo que imaginamos para Chile. Acentuar la preocupación

por lo científico-técnico, abandonando la medida intelectual, nos compromete a caer en el prosaísmo y en la falta de formas y tradiciones. Un mundo así concebido, según el padrón de ciertos imperios poderosos nos expondría a chapotear en el viscoso océano de la monotonía y de la mediocracia.

Todo esto plantea como labor previa el que la joven generación nuestra, principio por tomar conciencia de sí. Y una de las maneras de hacerlo es que haga bien lo que se refiere a su oficio mismo. Por eso siempre harán sonreír los programas reformistas que no parten de esta base de mayor trabajo de formación personal de la juventud. La solución política de los principales problemas de los jóvenes se verá venir solamente en proporción al esfuerzo que, como individuos y como gremios, den ellos a su actividad vocacional. Un Chile moderno e importante, sin prejuicios de izquierda o de derecha en el aspecto a que me refiero, habrá de ser testigo del gran hecho moral de la restauración de su historia y del respeto debido a los maestros sabios, intelectuales o artistas. Ellos representan la continuidad pedida más que las habituales banderías políticas, tan perdidas en la improvisación como en la rutina.

La tarea del Estudiante del Pedagógico

Manifiesto del Presidente del Centro de Pedagogía
Hernán Godoy U. a sus compañeros.

Sacudamos el polvo que se juntó en la marcha, hagamos un alto en el camino y reunidos otra vez en apretadas filas destinemos un momento a meditar sobre la jornada recorrida. Recobremos el sentido del movimiento reformista, avivemos el fuego de la mística inicial y juntos formulemos como conclusión el justo juicio de valor sobre el estado de nuestra casa de estudios y sobre la forma en que nos estamos preparando para nuestra misión docente.

Hace tiempo que no lo hacemos y es urgente intentarlo, para tener conciencia de nuestra tarea y para contestar a los que cada día nos preguntan: ¿Cómo está el Pedagógico, es cierto que los estudios van peor que antes y que la reforma se evaporó en nada? O bien: ¿Es cierto que la indisciplina no permite trabajar? ¿Cuándo va a terminar esto; qué persiguen los estudiantes?

Como las circunstancias cambian rápidamente, es preciso examinar las actuales y dar la respuesta justa. Decir a todo el que quiera oírnos cuál ha sido el sentido de nuestra lucha, qué hemos obtenido y qué falta por conseguir.

Y hagamos este examen delante de los nuevos compañeros, delante de los que deben recoger la bandera que hemos llevado durante mucho tiempo. Para ello será bueno que no ignoren la tradición del movimiento reformista, que conozcan su sentido y sus objetivos para que los acrecienten y mejoren.

Empecemos pues este examen recordando algunas de las bases de nuestro movimiento.

Creemos que Chile sólo puede ser salvado, moral y económicamente, por la acción de una o dos generaciones que con voluntad heroica lo entreguen todo por la patria. Hay en Chile problemas tremendos frente a los cuales son inoperantes las divisiones en los bandos tradicionales; hay que unir a todos los hombres de buena voluntad y reavivar una conciencia nacional por sobre divisiones partidistas.

El problema educacional de Chile es grave: hay un problema relativo a la calidad y adecuación de la enseñanza y otro relacionado con la reducida extensión de ella comparada con la población joven del país. Es pues, por una parte, un problema de hombres — de profesores — y por otra, un problema económico.

La reforma de la educación secundaria debe comenzar con la reforma del Instituto Pedagógico. Los defectos de la enseñanza liceana corresponden en gran parte a errores de nuestra Escuela. Se requiere no sólo un profesor

especialista en una asignatura, sino principalmente un forjador de espíritus chilenos. **El problema educacional no reside en cuestiones metodológicas, sino en la gran cuestión de hacer de la educación una herramienta eficaz para la construcción de una patria mejor.**

Iniciar la reforma del Pedagógico es tarea de los que tengan conciencia de esto, especialmente de sus estudiantes. La responsabilidad de dar el primer grito para denunciar lo caduco y lo inoperante ha sido siempre responsabilidad de la juventud.

En último término, la reforma del Pedagógico — como la reforma de la Universidad — tiene por objeto la reforma del espíritu universitario: las reformas estructurales y de planes de estudios son sólo medios.

Si los estudiantes tienen responsabilidad primordial en la reforma universitaria, el medio de realizarse es el cogobierno, cuyo sentido profundo es **incorporar activamente al estudiante en la realización de las aspiraciones y propósitos de la Universidad**. Por medio del cogobierno en todas sus instancias: cursos, departamentos, escuelas, facultades y consejos, se hace efectivo el ideal antiquísimo de ser la Universidad una corporación de maestros y discípulos para alcanzar el saber. No puede haber vida universitaria fecunda sin una real cooperación y simpatía entre profesores y estudiantes, sin una común y clara conciencia de lo que se está realizando y del para qué se está realizando, es decir sin cogobierno. (Yo sé bien que un anacrónico y sospechoso prejuicio hace recoger el ceño de muchos dómines al oír las palabras cogobierno universitario. Se oyen los graves conceptos de orden y autoridad y por último la negación de la competencia del estudiante universitario para comprender y ayudar a realizar la esencia de la Universidad. Pero como los estudiantes universitarios no somos niños de pecho sino hombres de 18 a 25 años — incluso con derechos políticos — sabemos que la mayoría de las veces el rechazo del cogobierno, así como el rechazo de la provisión de cátedras por verdaderos concursos — de oposición complementados con el de antecedentes — ocultan o a un profesor mediocre o a un defensor de intereses sectarios inconfesables: nunca a un verdadero maestro).

Ahora bien, si éstas fueron las líneas orientadoras de nuestro movimiento; si fueron estas pocas ideas sencillas y claras; pero vividas apasionadamente las que constituyeron nuestra mística inicial, veamos cuáles fueron los medios elegidos para realizarlas y veamos si se han realizado o no. Pero analicémoslos como medios, sin perder de vista el fin esencial: obtener un nuevo tipo de profesor.

Nuestro movimiento reformista, iniciado en Octubre de 1944, ha querido transformar el Instituto Pedagógico — para que aquí se forme un nuevo profesor — atendiendo a los siguientes aspectos:

1. Reforma en los fines de la Escuela
2. Reforma en la organización de los estudios.
3. Reforma en el contenido de la enseñanza.

4. Reforma en el método docente.
5. Reformas relacionadas con el gobierno de la Escuela para conseguir que se realice:
 - a) el cogobierno estudiantil
 - b) la provisión de cátedras por concurso,
 - c) la cátedra paralela,
 - d) la práctica rentada y
 - e) la construcción de un nuevo edificio.
6. Reforma en los organismos estudiantiles, para hacer de ellos centros gremiales de estudio y de acción, donde se unan los altos intereses estudiantiles para impulsar y corregir la reforma.

Para abreviar esta revisión señalaremos esquemáticamente lo que ha sido conseguido y daremos mayor desarrollo a lo que aún no se ha realizado.

1. En cuanto al primer punto, reforma de los fines de la escuela, se reconoce ahora oficialmente que la función primordial del Instituto Pedagógico es formar al profesorado de la enseñanza media. Como subproducto el Pedagógico formará a especialistas o servirá a quienes desean realizar estudios sin fines profesionales. O sea, se ha invertido el orden de los fines, jerarquizándolos debidamente.

2. La organización de los estudios ha experimentado un cambio radical. Fusionados los estudios en una sola escuela — Instituto Pedagógico — se ha terminado con la división en años de estudios y se han organizado éstos en cierto número de unidades que tienen la duración de un semestre universitario cada uno. El estudiante tiene libertad para cursar estas unidades en el orden que desee, con las excepciones necesarias para respetar la precedencia lógica de ciertas materias. Las posibles ventajas de este sistema, o sus inconvenientes, se apreciarán en la práctica. En principio significa que el estudiante no se cargará de estudios heterogéneos durante un año, sino que los agrupará libremente con el fin de profundizarlos mejor y los distribuirá en el tiempo que juzgue conveniente. El mínimo de tiempo para efectuar los estudios es de cuatro años. (Ocho semestres).

Los exámenes finales de año han sido abolidos. Para aprobar cada unidad el estudiante debe cumplir cierto número de exigencias en lecturas y trabajos, y obtener calificación satisfactoria en dos pruebas. Naturalmente esta nueva organización de los estudios, sancionada en los reglamentos, aún no rige plenamente en la práctica, por el necesario reajuste que ha debido realizarse en todas las asignaturas.

Los requisitos para recibir el título de profesor han sido también modificados, suprimiéndose los exámenes que se rendían en realidad por segunda vez. Ahora se requiere haber terminado regularmente los estudios, ser aprobado en una tesis o memoria de prueba y en dos trabajos de seminario, y rendir un examen que consistirá en una discusión en torno a la tesis y a los trabajos de seminario presentados.

3. El contenido de la enseñanza ha sido modificado al reformarse el plan de estudios. Entre el plan antiguo y el nuevo hay notables diferencias, en general muy convenientes. Falta todavía modificar seriamente el contenido de ciertos ramos. Para esto es indispensable que cada profesor confccione el programa de materias de su ramo, el cual pueda ser revisado cada año.

4. En cuanto al método activo de trabajo se ha avanzado algo, menos de lo que esperábamos, porque no es fácil para el profesor cambiar rápidamente su método. Cabe aquí toda la buena voluntad de los estudiantes para tomar iniciativas que los lleven a participar más activamente en la enseñanza.

5. El cogobierno estudiantil debe ser perfeccionado por los mismos estudiantes, tomando más interés en cooperar a la solución de los problemas que se presenten y poniendo cada vez más responsabilidad en sus actos.

6. La provisión de cátedras por concurso aún no ha sido conseguida; hay todavía oposiciones que vencer. Cada vez que se debe proveer una cátedra se advierte el juego de intereses de los que se perfilan como postulantes. Aún no se comprende que la única forma de salvar a la Universidad del dominio de bandos políticos, hoy de un color, mañana de otro, será exigir siempre como norma inviolable la demostración del saber, por medio del concurso de oposición complementado con el de antecedentes, y en el cual se juzgue objetivamente y de antemano, el porcentaje justo a cada uno de los antecedentes del candidato. Debemos permanecer vigilantes para que nadie penetre a nuestra escuela por la puerta falsa.

7. La cátedra paralela ha sido una conquista definitiva, que será necesario extender en la medida en que aumenten el número de alumnos y los medios económicos.

8. La práctica rentada ha sido ya sancionada por la Facultad y será una realidad a partir del próximo año, según reiteradas promesas del Decano. Este año quedará establecida en el presupuesto la suma de dinero que demanda este objetivo.

9. Es promesa también del Decano dejar iniciada este mismo año la construcción del edificio para el Pedagógico, objetivo tan largamente perseguido y cuya realización facilitará en varios aspectos el progreso de la reforma.

10. Pero el punto más decisivo del movimiento reformista, el de la acción de los estudiantes a través de los centros de alumnos, ha fallado lamentablemente en el presente año. En el Centro de Pedagogía ha habido sólo la acción del presidente y de un reducido número de directores. No se ha realizado una acción eficaz y persistente del Centro como corporación, por culpable desidia de la mayor parte de sus miembros; las sesiones han fracasado por falta de quórum y los delegados no han tenido contacto con el alumnado. Así, no es raro que la reforma, que es un proceso dinámico, de realización cotidiana, se resienta de languidez. No basta la acción aislada de los dirigentes; se requiere la unión férrea de todas las voluntades estudiantiles y la conciencia, siempre despierta, de lo que significa la reforma.

Con todo, después de este examen, vemos que mucho se ha realizado, pero falta mucho más por realizar. Nuestra escuela no es la que soñamos, pero ha dado significativos pasos hacia el ideal. Subsisten muchos problemas que afectan a los compañeros, y todos permanecen sin solución, no ya por la oposición de la Facultad ni de los profesores, sino por el debilitamiento de la conciencia reformista de los estudiantes. Contribuir a reavivar esta conciencia es el objeto de este manifiesto.

Lo que se ha realizado no es todavía la reforma profunda que hemos perseguido. Tal vez porque en el fondo la verdadera reforma es la que cada estudiante debe realizar personalmente en sí mismo y en cada momento,

aprovechando los nuevos medios creados por la reforma para cultivar lo mejor de su personalidad.

No diría todo lo que es necesario, si no terminara llamando la atención de todos los compañeros sobre los enemigos que han amenazado y aún amenazan al movimiento reformista.

El primer enemigo está en estos momentos en nosotros mismos. Es la apatía y el cansancio, la falta de fe y de acción reformistas. Esto es la muerte de la reforma por inanición de los reformistas.

El segundo enemigo es la división estudiantil, tentada y conseguida por los otros enemigos. En los mejores momentos de la reforma, se han fomentado hábilmente las divisiones partidistas entre los alumnos, disfrazadas bajo diversas formas, pretextando ya la defensa de un profesor, ya el desacuerdo por insignificantes formas de procedimiento, ya la defensa de intereses ajenos a la Universidad.

El tercer enemigo lo constituyen los intereses creados, de diversa naturaleza, que ven una amenaza en la reforma. Han actuado preferentemente con motivo de la provisión de cátedras, provocando la división estudiantil. Ante este enemigo permanente debemos estar vigilantes y oponerle con decisión los altos intereses de la Universidad.

El cuarto enemigo lo forman los que nos han engañado, prometiéndonos realizar la reforma, y luego la han traicionado, usufructuando de ella.

El enemigo final — pero no el último, — es la imposibilidad de reformar a gente con demasiados quinquenios. Por la acción de este, y de los otros enemigos, la reforma ha caminado lentamente y ha pasado por trances de agonía. Pero están en nosotros mismos los medios de salvarla y de impulsarla.

Os invito a hacerlo sin perder un minuto.

Los estudios de Francés y la Universidad de Concepción

En Octubre del año pasado, el Centro de Francés del Instituto Pedagógico comisionó al alumno don Mario Naudon de la Sotta, para que se trasladase a la ciudad de Concepción y expusiese en ésa la situación creada a la enseñanza de la lengua francesa en el proyecto de Reforma de la Educación Secundaria. El Sr. Naudon de la Sotta, después de dar charlas por radio y una conferencia en la Universidad, recibió de los profesores universitarios el siguiente manifiesto, que es prueba no sólo del interés que ellos concedieron al problema, sino que constituye también un valiosísimo documento en lo que respecta al estudio de las lenguas extranjeras en nuestro país, a la formación intelectual chilena y a la defensa de la latinidad en nuestro continente.

(El Manifiesto aparece firmado por numerosas personalidades de la Universidad de Concepción y por la mayoría de los profesores):

Hemos tomado conocimiento de la circular que los estudiantes de francés del Instituto Pedagógico han dirigido a muchos de nosotros, por la que manifiestan su disconformidad con el nuevo Plan de Enseñanza para los liceos, sobre todo, en el acapite que se refiere al estudio de idiomas extranjeros.

Creemos, en verdad, que ellos tienen toda la razón y compartimos ampliamente sus claros puntos de vista acerca del particular. Por tratarse, según nuestra opinión, de un problema de interés nacional, no hemos podido menos de adherirnos públicamente a la campaña que desarrollan en favor de los estudios de francés, tanto más cuanto que, como profesores universitarios, estemos — tal vez — capacitados para opinar con conocimiento sobre cuestiones educacionales.

No sin profunda inquietud y asombro, nos impusimos, por la lectura de la nota-circular aludida, de la disposición contemplada en el "plan común" del Proyecto de Reforma de la Enseñanza Secundaria, que acuerda el estudio de un solo idioma optativo en las humanidades.

Preciso es confesar que el sentido mismo del Plan de Renovación Gradual de la Educación Secundaria (tal es su verdadero nombre) basta para producir inquietud en todos aquellos que aún aprecian — con justa y sobrada razón — los amplios beneficios y el alto provecho que significa en todo sentido para el país la formación intelectual de sus liceanos; en todos aquellos que aún creen que el liceo debe impartir principalmente, de acuerdo con su esencia, una cultura humanística, y en todos aquellos que, teniendo especial respeto por la persona de los jóvenes educandos, temen hacer de la mayoría de ellos, en vez de hombres verdaderos, meras herramientas de producción material, al imponerles una especialización prematura, cuando aún pueden despertarse en ellos tantas aptitudes, hasta entonces ignoradas.

Empero, es en la disposición ya indicada donde más se hace notar este extremado afán de llevar a los jóvenes hacia los dominios de la práctica y de la técnica. Estimamos desde luego, absolutamente indispensable la enseñanza de dos lenguas extranjeras en humanidades dignas de tal nombre — como hasta ahora lo han sido las nuestras — lo que, por otra parte, no es atentar en forma alguna contra una educación más bien práctica, ya que

tanto se la desea. Creemos, por el contrario, que hacer optativa esa enseñanza equivale, si no a desplazar del todo de las aulas del liceo el estudio del idioma francés, a tornarlo muy precario, dando así un rudo golpe a la cultura humanística y a la formación intelectual, base del liceo chileno, y a los intereses espirituales y materiales de profesores y estudiantes de esa lengua. Aún considerando como real la utópica posibilidad de que fuese el francés el idioma preferido por la mayoría, no podría tolerarse tampoco que la lengua inglesa tuere así abandonada, porque ello significaría un vacío profundo e importantísimo en los conocimientos que se brindan a los alumnos del liceo.

Por eso frente a peligro tan agudo y antes de que se cometiera — según nuestro juicio — tan tunesto error docente, no hemos vacilado en adherirnos a la campaña iniciada por los estudiantes de francés del Instituto Pedagógico en defensa de la lengua francesa.

Ellos han puesto claramente de manifiesto apoyándose en argumentos reales y concretos, de indudable valor psico-pedagógico, el peligro que encierra una posible aplicación de las teorías del Plan Gradual para el futuro de la nación entera; el ataque de que se hace víctima a la latinidad en el continente americano, al suprimir, de una manera indirecta, el estudio del francés en los liceos, ya que, la inmensa mayoría de los padres de los educandos — a la postre, los verdaderos electores — elegirán el idioma de Inglaterra y de los Estados Unidos impulsados por razones muy conocidas, prácticas y muy atendibles, pero que no son las únicas dignas de consideración; al mismo tiempo han puesto de relieve el valor y el contenido eterno y actual del idioma francés, lo que significa su conocimiento y los múltiples y variados problemas que acarrearía su parcial supresión, cosas éstas que — aunque sabidas de todos, en especial de los que se preocupan de reformas educacionales — es necesario repetir una vez más, en vista de que son tantos los que pretenden olvidarlas. Ellos no han hecho, en fin, una simple defensa de la lengua francesa, sino una verdadera — y necesaria ahora — ilustración de la lengua francesa en Chile.

Nosotros, profesores universitarios, estamos plenamente de acuerdo con sus ideas al respecto, las que han dado a conocer en notas-circulares, artículos, conferencias y audiciones radiales.

Como ellos, manifestamos no estar contra la Técnica ni contra la Práctica, tan necesarias, hoy como siempre, a nuestro Chile; pero creemos que su enseñanza debe impartirse en establecimientos especiales, a jóvenes egresados, por lo menos, del primer ciclo de humanidades, a fin de evitar que se haga del liceo una entidad híbrida. Como ellos, encontramos indispensable que tanto el inglés como el francés sean obligatorios desde el primer ciclo de humanidades, ya que ambas lenguas, por ser tan diferentes y capacitar tan differently, son igualmente necesarias para lograr, en mejor y más acabada forma, el amplio contenido vital de la palabra humanidades.

Por otra parte, creemos que al apoyar decididamente la campaña de los estudiantes de francés representamos también el sentir casi unánime de nuestra patria, puesta en pie para defender y reconocer los méritos indiscutibles de un idioma que, humano por excelencia, es el habla de los habitantes de un país de cuya cultura y civilización somos verdaderos y dignos hijos. Pretender suprimirlo, aunque tan sólo sea indirectamente, nos parece un gra-

ve desconocimiento, no sólo del valor que el idioma francés representa como sucedáneo del latín en nuestros liceos, sino también de nuestro origen latino.

Pedimos, pues, a las autoridades educacionales chilenas que, con el buen criterio que las caracteriza, reconsideren tan apresurada medida — en caso de que el Plan Gradual fuese aprobado — declarando obligatorio el estudio del inglés y del francés en las humanidades.

Insistimos en ello, en virtud de la misión que cumplimos y de la facultad con que el Gobierno y el país nos han investido, porque estamos seguros que de ello depende, en gran parte, el prestigio docente y cultural de Chile — que siempre ha mantenido tan alto — y el porvenir de la cultura y civilización latinas en América, de la que Chile ha sido siempre un muy valioso exponente, tanto más cuanto que es en ella donde ha encontrado su verdadera personalidad como nación”.

5. Actualidad

En el Cincuentenario de la muerte de Paul Verlaine

Me parece oportuno rendir un homenaje en este número de "Vértice" a uno de los más grandes poetas modernos, a Paul Verlaine, ya que este año se ha celebrado el cincuentenario de su muerte. Solo quiero dar unas breves consideraciones sobre la vida y la obra del "pauvre Lélian" recordar la imponente conmemoración que se llevó a efecto el 16 de febrero en la Sorbona. En ese templo de la sabiduría francesa, los poetas Pierre Emmanuel y Fernand Gregh, el crítico André Billy y el Ministro de Educación Nacional, Marcel Naegelein unieron sus voces para ensalzar a un bohemio, a un delincuente, que murió carcomido por el alcohol y la luxuria. Es halagador para la cultura francesa el que se haya realizado tan solemne acto en honor de un poeta, a poco del esplendido homenaje tributado a otro insigne poeta, Paul Valéry. El reconocimiento del hondo contenido humano de la poesía del autor de "Romances sans paroles" y de "Sagesse" no debe extrañarnos, por otra parte, en estos tiempos de post-guerra en que el entusiasmo por la poesía pura parece decaer en el país del abate Bremond, después de las producciones de combate de Louis Aragon o de Eluard durante la "ciudadanía", y las recientes obras de Pierre Emmanuel, de Leiris y de René Char. Y en efecto, Verlaine aparece antes que nada como un gran poeta lírico que expresa sus tristezas, sus esperanzas, sus sufrimientos, sus indignaciones, en una palabra, todo su corazón, toda su mente. Después del "Parnaso", sus poemas abrieron "un mundo nuevo, mundo de frescor, de sencillez, de sinceridad, de exquisita naturalidad, una primavera de la poesía". Basta recordar los versos que están sobre todos los labios, "les Sanglots longs des violons", "le Ciel est par dessus le toit, Voici des Fruits, des Fleurs, "Beauté des femmes, leur faiblesse", "Mon Dieu n'a dit". Estas confidencias, susurradas en un tono hasta entonces desconocido nos conmueven aún hoy por su profundo sentido humano, su extraordinario poder de sugerión y su penetrante musicalidad; es significativo el hecho que varios compositores, en especial Debussy y Faure, se hayan inspirado en las poesías del autor del "Art Poétique". En realidad, como Villon, como La Fontaine, Verlaine conservó siempre, en medio de sus bajezas, un alma de niño, de primitivo. Para él sólo existe el momento actual, la sensación presente; se entrega del todo a las solicitudes inmediatas según los vaivenes de la fortuna. De ahí esa gran facilidad para experimentar intensamente los acontecimientos más humildes, más cotidianos de la vida, de ahí ese paso continuo de una fuente de inspiración a otra a veces antagónica, que se advierte en toda su obra y particularmente a partir de "Parallélement", cuyo título mismo indica bien la alternancia de temas paganos y piadosos. Y en este sentido, la influencia de Rimbaud no desvió mayormente la naturaleza íntima de la visión poética de Verlaine. Este ha hecho al respecto declaraciones perentorias

rias en diversas épocas de su vida: "Prends l'éloquence et tords-lui son cou" (Art Poétique); "L'Art, mes enfants, c'est d'être absolument soi-même" (Oeuvres Posthumes, T. IIp. 259). Se comprende pues que el convertido de Mons haya sido, antes de Claudel, el más grande poeta místico francés, el autor de "Sagesse".

Sin embargo, sus primeras obras, "Les Poèmes Saturniens" y "Les Fêtes Galantes", en que ya, a trechos, apuntaba el verdadero estro del poeta, son más bien de índole parnasiana. Estaba, por aquellos años, de moda afectar cierta impasibilidad y Verlaine se sintió obligado a disfrazar su sensibilidad bajo ese ropaje. Pero, muy luego, las circunstancias adversas de su existencia hicieron que su canto se tornara más hondo y se matizara de un acento que lo emparenta mucho con Baudelaire y que parece ser otra de las características de su genio. Se trata de un sentimiento complejo de fatalidad, de desgracia, de desesperanza y de tristeza, que se encuentra muy parecido en Villon, Vigny, Schopenhauer y Nietzsche y que el poeta expresó en los versos tan famosos:

C'est bien la pire peine
De ne savoir pourquoi
Sans amour et sans haine
Mon coeur a tant de peine

Semejante actitud puede explicarse por cierto complejo de inferioridad, o más bien por cierto sentimiento de debilidad muy comprensible en quien fuera hijo único y niño mimado, se sintiera con razón feo, no tuviera éxito alguno con las mujeres y desviara hacia su madre todas sus ansias de amar y ser amado. Esta peculiaridad del carácter de Verlaine aclara bastante la verdadera naturaleza de sus amistades con dos adolescentes, Rimbaud y Lucien Létinois, en las cuales trató de satisfacer su deseo de dominar, de actuar como hombre. Ahondando en este aspecto de la personalidad del vate se pueden entender sus rasgos más anormales, colindantes con la psicopatología. Por otra parte, sus fracasos ante el bello sexo ya señalados, lo indujeron desde muy temprano a buscar el olvido en el alcohol. Y es por eso también que el "pauvre Lélian" se casó entusiasmado a la primera demostración de aprecio de parte de la señorita Mathilde Mauté de Eleurville. Desgraciadamente con su matrimonio comienza la larga serie de sus percances y tribulaciones que exacerbaron paulatinamente una sensibilidad ya bastante agudizada por una herencia materna muy fuerte, en cuanto a afectividad.

En efecto, Verlaine no fué comprendido por su esposa demasiado joven, casi una adolescente. Además sintiéndose solo en un medio extremadamente burgués, huyó con Rimbaud. Como era de esperar, este último, "l'époux infernal", que vivía una de las más tormentosas crisis de pubertad que conozcamos, lo cansó. El poeta quiso entonces recuperar el cariño de su mujer, pero ésta desoyendo las súplicas del arrepentimiento, logró obtener el divorcio. Este golpe contribuyó a producir el drama sangriento de Bruselas. Si a estos últimos sucesos se añade su encarcelación, sus repetidos reveses de fortuna consecutivos a sus tentativas de hacerse una situación, la pérdida de Rimbaud y la muerte de Létinois, su otro amigo, el fallecimiento de su madre, la enfermedad y la miseria, adversidades que fueron desesperando al poeta y debilitando su voluntad, se comprende que Verlaine haya caído en

las peores abyecciones. Pues acabó por refugiarse en la compañía de las rameras, en busca siempre de la ternura y contortación que reclamaba su corazón. Y no hay que olvidar que fué esa bohemia que lo hizo célebre; pues sus obras habían pasado casi inadvertidas antes que se le conociera en los cafés del barrio latino y en los hospitales que lo albergaban muy a menudo.

En cuanto a la influencia del "poeta maldito" sobre el simbolismo, es preciso admitir que ella se manifestó sobre todo por el extraordinario poder de sugestión que emana de la música de sus versos. Y en esto reside casi exclusivamente la originalidad de Verlaine, quien supo combinar genialmente todos los recursos poéticos de que disponía el verso francés, desde los poemas líricos de la Edad Media hasta "Les Fleurs du Mal". De ahí que sea uno de los pocos poetas que no ha tenido discípulos, por ser realmente y excepcionalmente inimitable. Sin embargo no dejó de influir sobre todo el movimiento poético de su época y en especial en Inglaterra y en España. Cómo no evocar, por ejemplo, a Rubén Darío, cuyas "Prosas Profanas" están inspiradas directamente en la obra del vate francés, especialmente en "Les Fêtes Galantes", tan notables por la iniciación originalísima de la obra del gran Watteau como por la singular fuerza de sugestión de esos poemas. Para que estas consideraciones sobre Verlaine fueran completas, habría que haber citado abundantes trozos y hasta poesías enteras; como no es posible hacerlo en tan pequeño espacio, ojalá estas líneas sirvan de incitación a una primera o segunda lectura de uno de los más auténticos poetas de la humanidad.

Semana de Castellano

Del 7 al 13 de Octubre el Centro de Castellano celebró las festividades de la "Semana de Castellano" que no se efectuaban desde 1930. Un nutrido programa de conferencias dictadas por catedráticos del Instituto Pedagógico y alumnos se realizó en la Sala de Conferencias de la Escuela. La inauguración de la Semana se efectuó el lunes 7 a las 11 horas. Hablaron el Director del Instituto señor Mariano Latorre y el Presidente del Centro de Castellano, Luis Droguett Alfaro. El ayudante Germán Sepúlveda disertó sobre "Genealogía y andanzas del Castellano". Durante el resto de la semana se realizaron las charlas del escritor Ricardo Latcham; "Sociología del Trópico"; del catedrático español señor Eleazar Huerta sobre "Aspectos del Romanticismo en España"; "El Esperanto: Mito o Realidad" del señor René García. El profesor y ensayista Mario Osses dictó la charla; "Gabriela Mistral, poetisa de la pasión"; el Doctor Luis Custodio Muñoz, "La constitución de la familia y su relación con la higiene escolar".

Las festividades culminaron con una velada el día 11 de Octubre en la Sala de Actos de la Escuela. En esa ocasión el presidente del Centro de Castellano dió a conocer el resultado del Concurso Literario organizado para celebrar la semana. Jurado del tema de Ensayo estuvo constituido por el señor Ricardo Latcham y el profesor Milton Rossel. Premio único lo obtuvo el trabajo firmado por "Filósofo" con el tema "Filosofía y Ciencia", que co-

rrespondió al alumno del primer año de Matemáticas y Física Eduardo Rodríguez G. El Tema Poesía tuvo de jurado a los poetas Jorge Jobet y Zlatko Brncic. Premio único lo obtuvo el trabajo "La estrella en el deseo" firmado por Larra y que correspondió a Claudio Solar. El Tema cuento, tuvo como jurado al señor Mariano Latorre y al profesor Juan Uribe Echeverría. Premiados fueron los trabajos firmados por Cristián y por Francisco Castro, pseudónimos correspondientes a Claudio Solar y Fernando Cuadra. Los nombres de los cuentos, "El vendedor de Sueños" y "Ana y su Fantasma". Los trabajos premiados serán publicados en el número 5 de la revista "VERTICE".

En la velada se representó la mojiganga pedagógica "Y mañana serán maestros" original de los compañeros Zlatko Brncic y Claudio Solar. Las interpretaciones estuvieron a cargo de las compañeras Maud Villacura, María Inés Gómez, compañeros Fernando Cuadra, Luis Drogueyt Alfaro, Zlatko Brncic, Claudio Solar, Félix Martínez y Marino Pizarro. Hubo números de piano a cargo de la señorita Josefa Contreras y canto por las señoritas Olga Cabello y María Cristina Mendoza.

La Semana terminó con un gran Paseo a Cartagena organizado por el Centro de Pedagogía y un Malón efectuado en el mismo Instituto Pedagógico.

Crónica del viaje al Brasil

Eugenio Araya

Al iniciar esta breve reseña del viaje que los egresados de 5º año hicimos a Brasil, los recuerdos inolvidables se agolpan en mi mente y apretujándose entorpecen aún hoy, después de varios meses, su exposición serena. ¡Con cuánto "saudade" rememoramos aquellos días!

Desde que nos separamos del grupo de 12 compañeros que bajo la dirección del profesor Sr. Cabrera quedó en Buenos Aires, la turbulenta inquietud por conocer el Brasil maravilloso se acrecentaba más y más. Hasta ese momento el foco de nuestro interés había sido la grandiosa capital argentina y sus alrededores. Ya habíamos visitado el Parque Palermo, el Tigre, Luján y sus museos, los muelles y las calles céntricas, etc. Al acervo de nuestras experiencias ya se habían agregado algunas tan interesantes como la jugada que le hicieron a uno de nuestros compañeros quien fué víctima de la malévolas cortesía de un peluquero el que, venciendo con sutil arte la débil resistencia de nuestro buen amigo, lo hizo pasar al negocio y con pañiques propios de un experto figaro, lo colmó de atenciones, para pasarse al término de ellas una cuenta por cinco nacionales que nuestro camarada no esperaba y, lo que es peor, no tenía cómo pagarla.

Teníamos una visión de la capital argentina que, aunque incompleta no por eso era menos valedera.

El día 25 de Enero, nuestro grupo presidido por el distinguido profesor Sr. Piga y la Sra. Carmen Santa Cruz, partió con rumbo a Montevideo,

vía Colonia. Tanto los dirigentes nombrados como los 15 egresados, llevábamos pintada en el rostro la dicha que nos embargaba.

Aposentados en Montevideo, nos dedicamos a conocer la ciudad durante los 4 días de que disponíamos. Visitamos las magníficas playas como Pocitos, Carrasco y otras, los monumentos entre los que se encuentra el Monumento a la carreta, un armonioso y expresivo conjunto de líneas y volúmenes de incomparable valor plástico. Pudimos admirar también el imponente y soberbio edificio del Congreso, el Estadio, los parques y las escuelas universitarias.

Uruguay nos pareció un país muy interesante y Montevideo se parece a Santiago en sus cualidades y defectos.

De especial interés era, para nuestras compañeras especialmente, la gran cantidad de negros que se veían. Nosotros los varones no nos cansábamos de pasearnos por la calle 18 de Julio, la Ahumada de Montevideo, donde se podía admirar algunas beldades tan sobresalientes, como las que en Chile constituyen la admiración de los viajeros.

En la mañana del 29 dejamos la capital uruguaya y en el ferrocarril central nos dirijimos a Rivera, ciudad fronteriza. Rivera constituye la mitad de una curiosa ciudad por el medio de la cual pasa la línea divisoria entre Brasil y Uruguay, quedando al Sur Rivera y al Norte Santana do Livramento. En Santana fué donde por primera vez pisamos tierra brasileña.

En cualquiera de las dos hemipolos en que uno se halle, no se puede faltar al paseo de Rivera. Allí, en la calle principal se ha suspendido el tránsito de vehículos; en la calle se han puesto mesitas para que los viandantes reposen; bajo un inmenso árbol de la orilla la orquesta tanguera de un café llena el espacio con su ritmo cortado; por la calle los grupos van y vienen; se oyen risas femeninas y los variados vestidos llenan los ojos de colores...

En aquella tarde tropical, contemplando las beldades de una ciudad que pertenece a dos naciones, en compañía de nuestra simpática amiga Sylvia Muñoz, sentí la vaga e imprecisa sensación de la felicidad.

Al día siguiente emprendimos viaje por tren en dirección a Río. Durante 5 días viajamos por el interior del Brasil. Nuestros ojos quedaron saturados de verde. ¡Cuánto color! ¡Cuánto matiz de verde, de amarillo o de rojo! Cada visión era una sincromía: verde, rojo, rojo de la tierra roja, amarillo y, en lo alto, un cielo profundamente azul. De trecho en trecho, los pinheiros con su elegante silueta aristocrática, se erguían en lo alto de las colinas o en las profundas hondonadas y movidos por la brisa nos decían ¡adiós!

Recorrimos en nuestro viaje los estados de Río Grande do Sul, Santa Catalina, Paraná, San Pablo y Río de Janeiro. Tuvimos oportunidad de conversar con gente de distintas clases sociales y admiramos el esfuerzo colonizador del Brasil. Más de una vez nos pareció estar en un punto de la Europa Central: tantos eran los polacos, alemanes, lituanos, etc., que se veían, ya fuese en Getúlio Vargas, en Puerto Unión, en Jaquariahyva, en Itapetininga o en Guaratinguetá.

El domingo 3 de Febrero llegamos a Río de Janeiro, la ciudad maravillosa. Nuestra estadía en la capital carioca fué amenizada por numerosos paseos. No hubo lugar de importancia que no visitásemos. Redundancia es decir que fueron objeto de especiales visitas el Sr. Rector de la Universidad, el Ministerio de Educación, la Biblioteca, el Parque Botánico, la usina de

Volta Redonda, las ciudades de Nictheroy, y Petrópolis, donde se recuerda el esplendor del Imperio de Pedro II y se admira la magnificencia del Hotel Quitandinna.

La canícula no nos arredraba en Río y aunque tuvimos que soportar 37 y 38 grados de calor a la sombra, no se menguaba nuestro interés por conocer la ciudad.

Por aquellos días murió nuestro embajador a quien acompañamos en sus funerales.

La Delegación debe inmensos favores al Gobierno brasileño, a nuestro estimado amigo Arturo Valdés, cónsul en Petrópolis, y a varios amigos de Chile. Me complazco en estampar aquí nuestra eterna gratitud.

Un día, acongojados por la pena y la tristeza, dijimos jadiós! a las plácenteras horas de Río. En la magnífica estación Pedro II nos embarcamos con dirección a San Pablo a donde llegamos después de doce horas de viaje. Iniciábamos así el retorno.

Desde nuestra entrada a San Pablo, nos sentimos fuertemente impresionados por el esfuerzo industrial de esta ciudad inmensa. Como dato interesante se puede recordar el siguiente: la Industria del Estado de San Pablo es más grande que toda la industria argentina.

Nuestra llegada a San Pablo tuvo en realidad una cariñosa y cordial acogida, pues nos esperaban en la estación el cónsul Sr. Merino, nuestro compatriota la familia Steembecker, Cecilia y numerosas amigas y amigos. Todas estas personas nos favorecieron con su cariñosa hospitalidad durante los 22 días que hubimos de permanecer en dicha ciudad. Pueden corroborar mis afirmaciones todos los componentes de la Delegación, especialmente Samuel, Aguirre, Carrillo, Acuña, amén de otras personas más...

Desde San Pablo fuimos a Santos, el puerto del café y de balnearios tan famosos, como el de Guaruja. También fuimos a Campinas, la ciudad de la industria sericícola y del Instituto Agronómico.

El Museo Ipiranga y el Monumento al grito de la Independencia, la Penitenciaría, el Hospital de la Facultad, los institutos Pinheiros y Butantán, la Biblioteca Municipal, la Facultad de Filosofía, el Huerto Forestal y su Museo, el Estadio Pacaembú, el imponente Jockey Club y otros lugares fueron objeto de detenidas visitas nuestras.

Cuando ya terminaba el tiempo destinado a esa ciudad y estábamos preparando nuestro viaje de regreso, estalló una huelga ferroviaria que nos impidió salir de la ciudad. Debido a este desafortunado contratiempo nos vimos obligados a prolongar nuestra estada en ella, con no poco regocijo de varios miembros de la Delegación. Esta inesperada e imprevista situación nos permitió pasar el Carnaval — período de “folia” colectiva — en la ciudad del trabajo, sirvió para completar el conocimiento de interesantes aspectos que por la premura del tiempo habían sido objeto de fugaz consideración, y, por último, nos dejó en situación económica bastante difícil la que, gracias a las diligentes actividades del cónsul Sr. Merino, tuvo una oportuna solución.

ESTA REVISTA DESEA SER-
VIR A TODOS LOS ESTUDIAN-
TES Y PROFESORES DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE

CONTRIBUYA A MEJORARLA
ENVIANDONOS SUS SUGE-
RENCIAS O CRITICAS



O. 6674—Talleres Gráficos

Casa Nacional del Niño